El tribunal de las aguas

Mireia Giménez Higón

El tribunal de las aguas

Mireia Giménez Higón

©El tribunal de las aguas. Serie Edeta Steampunk 2

Texto: ©Mireia Giménez Higón

Maquetación: ©Mireia Giménez Higón

Diseño de portada: ©Mireia Giménez Higón

Banco de imágenes: ©Shutterstock ©pixabay ©canva

©Todos los derechos reservados

1ª Edición: Octubre 2022

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento de la autora

Capítulo 1

AZUCENA

Durante nuestra infancia y tras la admisión en la Academia, nos hacen creer que el mayor honor para una vestal es ser considerada para su consagración al Templo. Siempre había sido una prioridad en mi educación, hasta que Alberto entró en mi vida y todas esas creencias quedaron en un segundo plano. La elección estaba ya cerca, no sabía cuál sería mi decisión y el lago resolvió el dilema en mi lugar. Ahora ya no importaba, nunca llegaría a consagrarme al Templo, ni a disfrutar de una vida junto a Alberto.

El Templo Vestal de Edetania consiguió ser el más importante del Imperio Romano tras la destrucción del Foro en Roma y todo gracias al emperador Nigrino, quien la historia cuenta que sufrió el dolor de la pérdida y del amor cuando servía en los ejércitos de Domiciano.

Corría el año 89 de nuestra Era, cuando un consumado general de los ejércitos de Roma se enamoraba de una vestal ya madura. Ambos habían consagrado sus votos, uno a la que era su esposa y otra a la diosa Vesta. Lucharon contra sus sentimientos, pero éstos eran demasiado fuertes y en una noche de vestalias, cuando todos disfrutaban de las fiestas, las luces y los manjares, sucumbieron el uno para con el otro en las sombras del

Templo.

Nadie jamás lo supo, hasta que los meses pasaron y la que fuera la Vestal Máxima cambiara su aspecto e intentara disimular su prominencia bajo las ropas.

Fue entonces que, el emperador Domiciano, quien de la vestal siempre había estado también enamorado, descubrió su secreto. Ella ya no era pura, un hombre la había mancillado y ahora esperaba en su vientre el fruto de aquel horrible delito.

Intentó descubrir quién era aquel que había yacido con la Vestal. Usó su autoridad como Pontífice Máximo para convocar al resto de pontífices en su villa de Alba Longa y ser juez y testigo en un sumarísimo juicio. No encontró razón ni testimonio, pero, de igual modo, declaró que la Vestal Cornelia, Máxima del Templo en Roma, era culpable de quebrantar sus votos de castidad.

La mujer no tuvo siquiera oportunidad de audiencia y solo pudo implorar y rezar a la diosa que la protegiera por dar a luz a la vida que ya crecía en su interior. Debió la diosa apiadarse de ella y del general, pues la vestal parió aquella misma noche y de sus entrañas nació una hermosa niña que fue entregada, de nuevo entre las sombras, al general Nigrino que huyera, entonces, hasta Edetania para salvaguardar la muestra viva de un amor tan sincero como secreto.

Hasta Edetania llegaron las noticias de la terrible condena. Cornelia sería castigada con la máxima pena: el enterramiento en vida. Nigrino lloró en silencio el trágico final de la Vestal y lamentó su error, pues tan solo dos años faltaban para que ésta fuera liberada de sus votos, para que Cornelia fuera libre y vivir su amor.

Por ella mandó construir el Templo en el lago sagrado y por ella llamó a la pequeña por el nombre de Cornelia. Así los años pasaron y el Templo creció, convirtiéndose en referencia para todas aquellas mujeres cuyos dones despiertan en la adolescencia.

Y dicen, que entre los sagrados tesoros que los duques guardan en su hogar, existe un testamentum que ordena a la familia mantener siempre el buen estado del Templo y a sus sacerdotisas.

—Máxima, disculpe que le moleste, pero debe recibir a la concurrencia. —Isabel era una joven de veinte años, tan solo dos más que Azucena, que había sido consagrada al templo hacia apenas tres años. Era agradable, encantadora y con una voz dulce y armoniosa. Su don era sanar y era una de las custodias del lago—. Si no tiene inconveniente, abriré las ventanas y dejaré correr el agua por los canales para que la recepción comience.

—Isabel, ¿conoces la historia de todas estas mujeres? —Azucena, sentada en el borde del viejo *impluvium,* convertido ahora en una pequeña piscina donde las vestales suelen relajarse en el atardecer, mojaba sus pies desnudos y contemplaba las paredes que la rodeaban. En ellas la imagen de cientos de mujeres la observaban desde los lienzos.

—Solo de algunas, Máxima —respondió Isabel desde su posición, con sus manos cruzadas a la altura de la cintura—. Aunque tengo entendido que en su libro debería estar escrita la vida de cada una de ellas.

Azucena se giró para ver a la joven que permanecía quieta a su espalda y observó sus ojos azules. Sonrió al recordar a Violeta, ambas parecían tener la misma mirada y una agradable sensación le indicó que quizás Isabel era la amiga que buscaba en aquella casa que regentaba sin derecho ni voto.

—Está bien, Isabel, en breve me presentaré en la recepción y podrán dar paso a la concurrencia.

Isabel asintió con un leve gesto de su cabeza y se retiró para dejar, de nuevo a solas, a una Azucena atrapada bajo las miradas severas de las vestales máximas de todos los tiempos.

Extrajo los pies del agua y se calzó con unas suaves sandalias cubiertas por algodón y seda. Se levantó y se dirigió hacia la misma puerta por la que había recibido a Isabel, entonces una energía venida de ninguna parte consiguió que frenara sus pasos y dirigiera la mirada hacia el lugar en el que me encontraba. Sin embargo, no era a mí a quien miraba, sino a una inscripción que se encontraba a mi espalda y que rezaba por el alma de la vestal Cornelia, pero no especificaba si se trataba de la que fuera juzgada en Roma, o la que fuera su hija aquí en Edeta.

—Máxima. —Claudia, la que fuera segunda de Coelia Concordia, la reclamaba desde el interior. Su porte destacaba sobre el resto como una insignia de su edad y posición. Contaba ya con treinta y cinco años, casi cumplía los veinte necesarios para el tribunal, para saber si seguiría como vestal en el Templo o como mujer libre fuera de él—. Máxima, llegas tarde. La gente espera tu llegada —dijo severa—, es hora de que vayas aprendiendo cuáles son tus funciones en este hogar sagrado.

—No lo olvido, Claudia, pero tampoco olvide cuál es el suyo.

Los oscuros ojos de la veterana se clavaron en los de Azucena quien, por un instante, creyó ver como éstos parecían arder en llamas. Intentó disimular el temor que en realidad éstos le conferían, alzó el mentón y con un valor inusitado pasó por delante de Claudia con paso firme y decidido.

Continuó con aquella actitud durante todo el trayecto por el

interior de la casa hasta llegar a la puerta secundaria que daba a la antesala del salón de audiencias. Tras ella escuchaba los pasos cercanos de Claudia, quien debía seguirla y apoyarla en esta tarea. Azucena estaba convencida que aquel trayecto seguro era mucho más ameno cuando Claudia acompañaba a la anterior vestal Máxima Coelia, que entablarían decenas de conversaciones tan pertinentes a las vestales como ajenas a ellas; sin embargo, cuando ésta falleció castigada por las aguas del lago, Claudia se vio en un clara y peligrosa posición.

—Máxima, le he preparado su *cubretúnica* y las aguas ya corren por lo canales ofreciendo un agradable sonido que resultará placentero y embriagador a los feligreses. —Isabel, quien se había adelantado a ellas, se ofrecía para vestir a Azucena con la distinguida prenda que solo las vestales máximas podían lucir bajo pena de destierro y vergüenza para las familias—. Se ha confeccionado expresamente para usted, Máxima.

—Muchas gracias, Isabel.

Azucena se dejó vestir y engalanar con las joyas sagradas como si de un ser inerte se tratara, como si ella fuera una muñeca articulada con la que las niñas podían jugar.

—Está lista, —le dijo entonces a Claudia con la mirada gacha y expresión serena—, si no tiene ninguna petición con la que deba cumplir iré a ofrecer el agua sagrada a los hombres y mujeres que esperan ya en el templo.

—Así sea, joven Isabel.

Azucena observaba la escena no sin cierto temor, había estudiado y recibido clases sobre cómo debía actuar. Había practicado, incluso, con alguna vestal, pero aquel era el primer día sagrado que recibiría a quienes vinieran del exterior, el primer día que podría ver a los que un día fueron sus vecinos, sus amigos, sus compañeras, o no.

De pronto, la puerta que la separaba del salón de audiencias se abrió y Azucena dudó en atravesarla. Al otro lado parecía que gobernara la oscuridad más absoluta, pero al cruzar el umbral descubrió que solo era una ilusión, que aquella sala, en principio austera, había sido decorada con flores de temporada, con velas e inciensos. Al lado del trono dos enormes cálices de piedra eran portadores del fuego que iluminaba la estancia.

Se acercó con cautela hasta el lugar que debería ocupar. Se trataba de una silla de madera y cuero, sin respaldo ni brazos, como una falsa seña de humildad que contrastaba con la realidad del interior donde valiosos cuadros, preciadas esculturas y ricos tesoros adornaban casi cada rincón de la casa de las vestales.

El agua, como bien había comentado Isabel, corría por unas pequeñas acequias en un circuito cerrado donde un par de pequeñas

norias acompasaban con su sonido y creaban una sensación de oquedad, como si de una cueva se tratara.

El sonido de unos engranajes llamó poderosamente su atención. Miró al frente para ver como el mecanismo accionado por otra vestal con la que apenas había hablado conseguía correr las puertas hacia cada uno de los lados. En ese instante la luz ingresó en el salón de un modo tímido, pero efectivo. Al otro lado, un pequeño grupo de hombres y mujeres esperaban curiosos para ver a la nueva vestal Máxima.

—Parece que tendremos poco trabajo esta mañana.

Escuchó que Claudia comentaba a su espalda.

—Señora doña Carmen Juárez —anunció la vestal de la puerta.

Una anciana se acercó despacio hasta llegar a un punto señalado por el mismísimo sol. Una marca iluminada gracias a una diminuta fisura en el muro que, al traspasar la luz del día, reflejaba en el suelo dos ondas en paralelo. Ahí debían parar los feligreses y esperar a que la segunda vestal diera la palabra.

—Sea bienvenida, Carmen. Tiene usted la palabra.

—Agradecida sea hoy y por eternidad mi alma a las vestales que hoy me guían —respondió la anciana como un autómata y, después, alzó su mirada para encontrarse con la de una Azucena expectante—. Máxima, he aquí una sierva de la diosa Vesta que reclama su atención.

—Sea bienvenida —Azucena pronunció las palabras que le habían sido enseñadas tan solo un par de días antes.

—Sabed, Máxima, que su predecesora jamás se doblegó ante la voluntad de esta vieja mujer que hoy se postra ante usted. —La mujer parecía casi más nerviosa que la propia vestal Máxima en su primer día como suprema del templo. Jugaba con los dedos de sus ya huesudas manos y los labios le temblaban cada vez que intentaba pronunciar un discurso que, de seguro, había preparado con anterioridad—. Verá, soy vieja y ya estoy sola. Jamás tuve hijos ni herederos que me reconozcan. —Azucena observaba a la anciana con cierto temor al creer conocer la petición que ésta le iba a hacer—. Le pido, por la diosa que nos protege, por el sagrado don que le ha sido conferido y por la misericordia que auguro guarda en su corazón, que libere el alma que este marchito cuerpo retiene contra su voluntad.

—¿Qué ofrecerá a cambio? —preguntó sin sentimiento alguno Claudia.

—Todos mis bienes serán suyos, señora —respondió la anciana.

—¿Por qué debería la Vestal Máxima liberar su alma del cuerpo que la resguarda?

—Porque ya no me queda nada.

Claudia fue a realizar una nueva pregunta, pero se vio silenciada por la propia vestal negra que alzó su mano en señal de silencio. Se

levantó de su sillón ante la expectación de todos los presentes, bajó el único escalón y recorrió la distancia que la separaba de aquella mujer dolida por el tiempo.

La anciana no sabía muy bien qué debía hacer, observaba temerosa a la vestal que se le acercaba.

Azucena cogió las manos de la anciana entre las suyas, sonrió y le susurró al oído:

—Espere dos noches y venga usted con la luna llena, cuando ésta se pose sobre el lago, sus aguas decidirán.

Le dio un dulce beso en la mejilla y regresó a su sillón.

La anciana sonrió y, agradecida, se marchó para dar paso al siguiente congregante.

—Las vestales máximas jamás se levantan, nunca tocan a los feligreses y no mandan callar en público a su segunda —susurró con cierta acritud Claudia—. Quizás deberías haber estudiado un más antes de abrir las puertas del templo. Esto te viene demasiado grande.

—O quizás debiera congregar esta misma noche a las vestales y cambiar el nombre que algunos cargos ocupan —contestó inflexible Azucena.

—No puedes…

—Los señores De Sierra y Sagasta. —Se anunció desde la puerta.

Un golpe de aire entró de la nada en el salón, las llamas del fuego bailaron con brusquedad y el silencio inundó la estancia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó asustada Azucena.

—Si tú no sabes a qué es debido, ninguno de los presentes lo sabrá. —Azucena cerró los ojos e intentó sentir qué o quién había a su alrededor—. Seguramente sea porque el alma de la persona que buscan se encuentra cerca.

—¿Pueden repetir su nombre, por favor? —preguntó Azucena.

—De Sierra y Sagasta, Máxima —dijo el hombre.

“Son mis padres”, susurré.

Azucena abrió los ojos y miró hacia el exterior.

—Ustedes son los padres de la joven que falleció en este lago.

Revivir el momento de tu muerte no es nada agradable. Sentir como el aire faltaba de nuevo en mis pulmones, el agua me impedía escapar de ella y aquellos ojos almendrados me observaban desde arriba.

Entonces lo supe. Supe quién me había matado.

Capítulo 2

VIOLETA

La proximidad de la fiesta en casa del Gobernador dará de nuevo la oportunidad a los círculos más elegantes de Edetania y parte del Reino de Valencia, ocasión de lucir sus gracias y ostentar ese buen gusto para sus tocados que tanto distingue a las damas de dichas familias.

Las calles se han llenado de incertidumbre a pesar de ser magna noticia esta que nos brinda la invitación recibida del propio Gobernador, pues las gentes se preguntan qué razones tendrá el ilustrísimo para organizar semejante recepción festiva con su primogénita y esposo encarcelados en Madrid por traición. ¿Qué celebrará entonces el Gobernador?

Sin embargo, no será este el último pues según se dice habrá otros tres más antes de que el invierno llegue a su fin. Próximamente, ya anunciado por la autoridad competente, habrá también una recepción en la Embajada de Francia, y no dudo que el Monsieur Lesseps y señora sabrán dar a esta fiesta todo el encanto que han prestado con su amabilidad y cortesanía a sus amenísimos *soirées*[1] de los años anteriores.

Sin más, se despide vuestra dama del lago.

—Tiene razón —dijo Violeta antes de lanzar el panfleto sobre su cama—. ¡Tiene razón! —exclamó enfadada mientras María intentaba

seguirla dando vueltas por toda la habitación—. No entiendo las razones que llevan al Gobernador a celebrar una fiesta cuando Marga, mi querida Marga, se encuentra encerrada en una asquerosa celda a cientos de kilómetros de aquí.

—Estoy convencida, señorita, que tendrá perfectas razones, y muy estudiadas, para organizar la recepción de esta noche. —María aprovechaba un momento de inacción para tirar con fuerza de las últimas cintas del corsé y atarlo con precisión marinera—. Perfecto —sonrió y se acercó a por la caja de joyas dispuestas por la señora Alcázar momentos antes de comenzar a vestir a Violeta. Cogió una preciosa gargantilla de perlas blancas elegida expresamente para la ocasión.

Violeta miró a María y el collar que portaba entre las manos con verdadera desaprobación.

—No.

—Pero, señorita Violeta, su madre ha ordenado que…

—He dicho que no —sentenció firme la joven Alcázar. Se acercó hasta la mesita de noche y abrió el único cajón que ésta tenía. De él extrajo una cajita de madera en cuya tapa estaba grabada la letra "V". La observó unos instantes de entregársela a María—. Esta noche llevaré esto.

La doncella cogió con cuidado la gargantilla confeccionada con cinta de seda, protegió con sus manos el delicado camafeo que colgaba de ella y lo abrochó sobre el cuello de su joven señora.

—Es precioso, señorita Violeta.

—Es su último regalo —susurró la joven sin atreverse a pronunciar el nombre de su amiga en voz alta.

—Violeta, querida, ¿estás lista? —gritó la señora Alcázar desde la escalera principal—. Tu padre nos espera ya en el zaguán.

—Será mejor que baje antes de que el resto del vecindario de buena cuenta de nuestras actividades.

María sonrió, aunque poco faltó para no reprimir la carcajada que aquellas palabras le provocaban. La señora Alcázar era una mujer de mucho gusto y elegancia en sus ropas, pero en cuanto a trato y cortesía en la privacidad de su hogar, pocos serían los que la diferenciarían de cualquier gallina de corral.

—Señor, hemos recibido un nuevo mensaje.

—¿Del norte?

—Sí, señor.

El reloj marcaba más de medianoche cuando el Gobernador recibía

noticias del frente. El joven oficial que se las entregaba permanecía quieto en uno de los rincones más oscuros mientras observaba al resto de invitados.

Toda la alta sociedad se había congregado en el castillo, parecía no haber distinción entre naciones salvo por algunos uniformes militares que acompañaban en sus bailes a las damas convocadas o mantenían resueltas conversaciones en corros cercanos a las mesas de vino.

Otros, como era su caso, observaban a través de las ventanas. En las calles las patrullas se habían multiplicado, escuchándose en la noche el paso marcado de centinelas que cubrían la zona con su fusil al hombro en los escenarios públicos o cercanos a figuras destacadas. Otros, aquellos que tenían la suerte de realizar su servicio por las calles menos concurridas, solían descansar el arma y la dejaban colgada en funerala para liberar sus manos y fumarse algún que otro cigarro.

Entre las formales y graves conversaciones mantenidas por altos funcionarios y miembros del cuerpo de diplomáticos, escuchó el fresco y alegre cantar de algunas jóvenes convidadas. Más allá de las fuentes, casi en los lindes del jardín, una cara conocida entablaba una animada conversación con otra muchacha.

Sonrió con cierta picardía ante la oportunidad que se le brindaba para escapar, por unos instantes, de la sobriedad con la que el mensaje había nublado el baile.

—Buenas noches, señoritas —saludó al acercarse al grupo.

—¡Guillermo! —Violeta se sorprendió a sí misma por el énfasis que había puesto al pronunciar su nombre.

—Vaya, me alegra el ánimo que le produce verme.

—Bueno, simplemente me ha sorprendido verle.

—¿Sorprendido? Lo extraño hubiera sido lo contrario en vista de cuántos hay en esta fiesta invitados —dijo Guillermo señalando hacia el grueso de los allí congregados. Después desvió su atención hacia las otras tres jovencitas que se hallaban en compañía de la heredera Alcázar—. ¿Señorita Salazar?

—Amber, señor.

—Es un placer verla de nuevo. Y, ustedes, son las inconfundibles gemelas Fontaine: Colette y Eléonore, ¿cierto?

—Así es, señor Nigrino —respondieron ambas al unísono con aquellas vocecitas tan desagradables.

—Supongo que le veremos el próximo fin de semana en la fiesta que se celebrará en casa —dijo Eléonore—. Invitación, por supuesto, que se hace extensiva a sus padres, los duques de Edetania.

—Por supuesto, señorita…

—Eleonor. —La francesa terminó la frase entre risas compartidas con su hermana—. No se preocupe, señor Nigrino, no es el único al

que le pasa.

—Sí, somos tan iguales que hasta a nuestros padres les cuesta distinguirnos.

—Ya veo —sonrió Guillermo más por educación adquirida que por la gracia que pudiera hacerle tal anécdota—. Señorita Alcázar, ¿tendría usted un momento para bailar y, quizás, tener una insustancial conversación con un servidor?

Violeta miró divertida a las gemelas que cambiaron, con cierta rapidez, su semblante a una especie de caricatura contraída. Para ella era casi como un príncipe que había atravesado ciénagas, luchado contra dragones y vencido a una horda de ogros para salvarla de las perversas brujas de Salem.

—Será todo un honor, señor Nigrino.

Guillermo extendió su mano y Violeta la aceptó con gusto. Juntos atravesaron, como la primera vez que se vieron, los jardines hasta llegar a la pista de baile donde decenas de ojos se posaron en la pareja.

—Creo que vuelve, usted, a ser la atracción principal de la fiesta —dijo Guillermo antes de posar su mano izquierda en la cintura de la joven.

—Más bien es usted el que provoca tal interés al prestar sus atenciones a una simple heredera de la seda cuyos valores dejó en entredicho la alcahueta de la dama del lago.

—No haga caso a cuanto en ese papel se publique. Una persona que se esconde bajo un nombre falso no tiene credibilidad alguna.

—Quizás sea temerosa.

—Razón de más para no creer sus palabras. —La música comenzó a sonar de nuevo y las parejas dispuestas en la pista se preparaban para ofrecer sus mejores pasos— No sabría si preguntar por cómo veneraba usted a su hermano, pero no podría pasar por alto la necesidad de conocer su estado. ¿Ha recibido noticias suyas?

—Pocas, señor. Tan solo aquellas que mi padre nos transmite a mi madre y a mí, solo que se encuentra ya destinado en una sección que se encuentra ahora mismo en plena instrucción.

—Todo irá bien.

—¿Cómo lo sabe? —Guillermo sintió estremecerse cuando Violeta clavó sus ojos azules en él buscando una respuesta que la tranquilizara.

—Lo sé —mintió.

Ambos bailaron y olvidaron, por unos instantes, el difícil mundo que los rodeaba hasta que la música cesó y sus miradas se encontraron de nuevo.

Guillermo miró hacia el hombre que había en la puerta que daba al interior del castillo desde el jardín. Éste le hizo una señal y el joven

Nigrino se despidió de Violeta.

—Prométeme que no te irás esta noche sin concederme un último baile.

—Te lo prometo.

Guillermo besó el dorso de la mano enguantada de Violeta, le sonrió y desapareció en el interior del castillo.

Si el Gobernador había abandonado tan pronto los salones y jardines de su castillo para encerrarse en su ostentoso despacho en el momento la fiesta se encontraba en su pleno apogeo, era porque grandes acontecimientos se empezaban a desarrollar más allá de las fronteras.

Dos fuerzas se encontraban en plena ebullición en las cordilleras que habían separado antaño dos reinos en Europa: España y Francia. Aun habiendo sido hermanados por lazos de matrimonio y sangre, la guerra había subyugado un reino a otro. Había traído promesas de una gran y absoluta modernización e industrialización, pero la realidad había sido bien distinta.

Las instituciones pronto fueron ocupadas por imperiales, las minas explotadas y la mano de obra peor pagada. Los jóvenes se adiestraban y preparaban para luchar en el ejército imperial y las batallas eran siempre protagonizadas por combatientes reclamados por las levas del Imperio.

Hacía pocos momentos que el Gobernador se encontraba de pie mirando hacia el exterior por la ventana cuando su mayordomo anunciaba al joven Nigrino.

—Entra, muchacho —dijo con voz grave—, y cuéntame todo lo que sepas sobre ese monstruo que ya imaginaba que era nuestro afamado embajador Lesseps.

—Podría decirse que es un hombre peligroso, señor —respondió Guillermo.

—¿Llegó a ostentar cargo en el ejército Imperial?

—No, señor, pero es conocido por su gran habilidad para con los negocios y la diplomacia. —El gobernador se sentó en el sillón tras su escritorio y Guillermo hizo lo propio en el que había frente a él—. Tiene garantías tanto en Francia como en Egipto, todos con un claro mensaje.

—Y, ¿cuál diría usted qué es?

—Acabar con la industria de la seda.

—Nuestra mayor fuente de ingresos.

—Y uno de los mayores patrocinios del ejército rebelde, señor.

Debe saber, gobernador, que la razón principal por la que el embajador francés llegara a este reino tras haber pasado los últimos años en la ciudad de Barcelona es la de conocer dónde y por qué podría flaquear una industria como la del Reino de Valencia.

El gobernador tiró de una de las cuerdecillas que asomaban por el borde del gran escritorio e hizo sonar la campanilla que se encontraba justo al otro lado de la puerta. El mayordomo, al oír el reclamo, entró en el despacho.

—Mande llamar al consejo personal —ordenó el gobernador.

—Sí, señor.

—Tenorio.

—¿Señor?

—Con total y absoluta discreción.

—Por supuesto, señor.

Una vez que el mayordomo había vuelto a desparecer por la puerta, Nigrino prosiguió con la información recabada.

—Al parecer, pretende crear una colosal infraestructura que consiga unificar las aguas del Mediterráneo con las del Mar Rojo siendo, además, esta infraestructura navegable. No solo supondría un acceso directo de colonización para el Imperio, sino que supondría una ruta más rápida y económica en la importación de sedas, porcelana o especias.

—Si bien es para nosotros un contratiempo indiscutible, debo reconocer que es obra de un verdadero genio.

—De ahí, señor, que le presente esta problemática como peligrosa —sentenció Guillermo—. Lesseps es un hombre de mundo, a pesar de no haber servido jamás en armas a su Emperador. De su paso por Alejandría consiguió algunos de los documentos que le llevarían a reinterpretar la posible construcción estratégica de un canal que ya fuera ideado por un tal Le Père muchos años atrás.

—Y, ¿qué le impediría realizar tan magna obra?

—Su Alteza Real Luisa Fernanda, en París.

—No comprendo.

—Ella sería su principal valedora.

—Pero, ¡si es tan solo una niña!

—Es la duquesa de Montpensier, señor. —Guillermo se levantó de su sillón y se paseó frente al gobernador—. Se siente olvidada por su gente, por su reino. Necesita saber que España sigue viva que, si ella así lo quiere, nosotros haremos que regrese y que disfrute de una vida digna de una reina en su tierra natal. —El gobernador lo observaba dubitativo—. Usted lo dijo hace unos instantes: es tan solo una niña. Ofrézcale todo cuanto una niña desea.

—¿El qué?

—Libertad.

La sociedad de cuartetos dio este domingo su primer concierto en los jardines del Castillo de los señores de Cabanilles. Cuanto edetano y valenciano que encierra de notable en el divino arte de la música clásica, se dio cita en aquella maravillosa velada, tomando parte de en la ejecución de piezas magistrales.

Sin embargo, ciertas desapariciones inexplicables llamaron notoriamente la atención de cuanto allí estuvieran presentes. Fue el propio gobernador quien dejara olvidada a la congregación en el momento más álgido de la fiesta, seguido, después, de ilustres personajes como pudieran ser el heredero de los duques de Edetania, el mayor propietario de industrias textiles o cierto comerciante de origen francés que, curiosamente, se le ha visto en varias ocasiones en compañías poco comprometidas con el Imperio.

Quiero ser bien pensada y no volcar acusaciones innecesarias en uno de los miembros políticos más destacados y queridos de nuestro reino. No obstante, ¿no es el papel de un buen periodista escribir única y exclusivamente la verdad de cuanto ve y conoce?

Espero, por el bien de nuestra gente, de nuestra tierra, que no haya oscuridad en esas reuniones clandestinas que puedan poner en riesgo la paz que nos ofrece el Imperio y su ejército.

Atentamente,

La dama del lago.

Capítulo 3

ALBERTO

A lo largo de toda mi vida he escuchado a mi padre repetir, una y otra vez, que los hombres son demasiado dados a arrebatar vidas como si también pudieran devolverlas.

Desde los tiempos más antiguos de nuestra humanidad, los hombres han sido terriblemente territoriales, excesivamente egoístas y envidiosos y, por suerte o desgracia, exageradamente codiciosos. Estas suelen ser las principales razones por las que pueblos enteros entran en conflicto, por la que hombres luchan contra otros hombres, porque nunca tenemos suficiente.

Sin embargo, le resultaba aun más curioso cuando reparaba en un excelso sentimiento del honor que había crecido de manera exponencial en los últimos años. Cualquier malentendido se consideraba un ataque al honor y, como tal, debía ser resuelto a expensas de las leyes promulgadas por los que un día fueron nuestros soberanos.

Después se encontraba bañado entre su propia incertidumbre al verse en la vicisitud de luchar por aquello que creía. Ya no importaban los valores ni el honor, sino la lucha por una libertad perdida.

—Vamos, caballeros, no tenemos todo el día.

La voz del sargento advirtió a todos los pasajeros del tren que habían llegado ya a su destino y debían desembarcar sin dilación.

Alberto cogió su petate del altillo y se lo echó al hombro. En su vagón habría una veintena de cadetes que se incorporaban, al igual que él, al centro de instrucción. No había hablado con nadie durante el trayecto, se había limitado a observar al resto de viajeros. Según sus cuentas, unos catorce cadetes eran hombres y tan solo seis eran mujeres. Ninguno parecía haber tenido experiencia previa, incluso algunos contaban con catorce o quince años. Lo más probable es que se hubieran alistado por voluntad propia arreglo a la nueva ley promulgada tras la guerra.

Bajó del tren y siguió a los que le precedían sin preguntar a dónde se dirigían. Daba por hecho que, si todos caminaban en la misma dirección, aquella debía ser la correcta.

Llegaron hasta una fila formada a las puertas del campamento, donde un cabo se encargaba de verificar a cuantos ingresaban. Alberto rebuscó entre sus pertenencias hasta encontrar la carta de reclutamiento y los papeles de identificación, así como la carta escrita por el gobernador para ser esta entregada al capitán Flavio.

Miró a su derecha y observó cómo los grupos de nuevos reclutas avanzaban como si de diversos rebaños se tratara. Un hombre, cuyo rango era incapaz de distinguir desde su posición, daba directrices claras y concisas para que los aspirantes a soldado se fueran repartiendo según avanzaban hacia el interior del campamento.

—¡Señor! —escuchó que alguien gritaba—. ¡Disculpe, señor! —Alberto se giró hacia el lugar del que provenía la voz y vio que el cabo le hacia una educada señal para llamar su atención. Dio un par de pasos hasta estar a un par de pasos del joven—. Señor, ¿podría darme los papeles? —Al ver que Alberto no contestaba, repitió—. Los papeles, señor.

—Sí, disculpe —dijo Alberto. Le entregó los papeles y el cabo buscó en el listado tecleado a máquina el nombre de Alberto Alcázar —. ¿Podría indicarme dónde puedo encontrar al capitán Flavio?

El cabo lo miró extrañado.

—Usted es técnico, señor.

—Lo sé, pero necesito hablar con él.

—No creo que tenga oportunidad, señor. El capitán Flavio pertenece a la batería de artillería y su posición es mucho más avanzada que la suya.

—Y, ¿podría hacerle llegar un mensaje?

—No podría responderle a eso, señor. Lo siento.

—No importa —dijo Alberto con cierta resignación.

El cabo regresó a su tarea hasta localizar la zona de vida de Alberto.

—Debe usted dirigirse a la tercera derecha. —Al ver la expresión de Alberto, especificó—. La tercera tienda de campaña por la derecha. En esa dirección, señor.

—Gracias.

—A la orden.

Alberto lo miró contrariado. No estaba acostumbrado a recibir semejante trato en el ejército. Ni en el ejército, ni en casi ningún otro ámbito de su vida cotidiana. Ahora era un cadete, solo como empleo transitorio, pues él ya había realizado los estudios en la academia como el resto de sus compañeros de quinta.

No fue hasta que cruzó gran parte del campamento que viera las naves que habían estado sobrevolando la zona desde hacía meses. Verlas frente a él fue una experiencia casi única, más allá de si eran naves afrancesadas o no, si eran amigas o enemigas. La magnitud de aquellos buques de guerra era impresionante y él, como ingeniero, lo sabía.

—Imponentes, ¿verdad?

Otro joven que había viajado junto a él en el tren se detenía a su lado.

—Sí, lo son —respondió Alberto.

—Me llamo Francisco —dijo el joven oficial extendiéndole la mano —. Francisco Saavedra.

—Alberto —respondió este estrechando la mano de Francisco.

—Un placer, Alberto.

—Igualmente.

—¿Cuál es tu tienda?

—Tercero derecha.

—¿Técnico?

—Ingeniero.

—Yo soy cartógrafo. —Francisco sonrió—. Estaremos juntos durante el entrenamiento.

—Eso parece. —Alberto miró hacia la entrada, ya casi no quedaba nadie—. Será mejor que nos movamos.

Ambos llegaron hasta la tienda donde tres jóvenes ya habían escogido sus camastros y guardado sus pertenencias en los baúles que se disponían a los pies de las diferentes camas.

Uno de ellos, el que parecía más joven de todos, se acercó sonriente hasta los recién llegados.

—Buenos días, señores. Mi nombre es David Muñoz, aunque todos

me llaman “tuercas”, porque puedo encontrar la solución a cualquier problema mecánico en cualquier circunstancia —dijo más que orgulloso.

—Un placer, tuercas —contestó Francisco divertido— ¿Sabrías decirnos que camas son las nuestras?

—Aquí cada uno elige según llega, señor.

—Muy bien, elijamos, pues.

—En una hora llamarán para la comida. —El muchacho seguía a los recién llegados sin dejar de parlotear—. No es que sea un manjar, pero el cocinero hace verdaderas maravillas con lo poco que le llega. Seguramente haya patatas. ¡Siempre hay patatas! Y las hace de todas las clases y con un sinfín de salsas diferentes. ¿Les gustan las patatas?

—Eh, sí —respondió Alberto entre divertido y abrumado por el chorreo incesante de palabras que salían de la boca de Tuercas—. Supongo.

—Oh, pues si no es de sus platos preferidos, le aseguro que lo será en breve. Ahí tienen las sábanas, sobre el colchón, y una manta. Pica un poco, pero pronto uno se acostumbra y la agradece en las noches, sobre todo cuando llueve. Señor, no le aconsejo que elija esa cama, —le dijo de pronto a Alberto que se disponía a abrir el baúl a los pies de la que se encontraba más cercana a la puerta—. La constante entrada y salida de los compañeros hará que nunca descanse y, cuando llueve, suele ser la única en mojarse por los pies. Yo le aconsejaría aquella de allí, es justo la que está a mi lado.

—Tuercas, deja a los recién llegados que se acomoden y se cambien. —Uno de los otros oficiales que se encontraban en el interior en aquél momento, intervino—. Será mejor que se den prisa. Si todavía no les han dado los uniformes, deberían dirigirse lo antes posible a la zona de abastecimiento. Aquí no dan de comer a quienes no van correctamente uniformados.

—Muchas gracias, señor… —dijo Francisco.

—Hernández, soy el teniente Javier Hernández. Su superior directo.

—A la orden, mi teniente —dijeron los recién llegados cuadrándose al instante.

—No se preocupen, tengo entendido que será por poco tiempo.

Y salió de la tienda seguido del otro cadete que no medió palabra ni mirada alguna con los recién llegados.

—No se preocupen —dijo Tuercas—, yo los acompañaré hasta la tienda de abastecimiento. Está muy cerca de aquí.

—Pues vayamos, no sea que nos dejen sin comer —bromeó Francisco.

Los tres salieron de la tienda a paso ligero. Tuercas marcaba el rumbo risueño y decidido, jovial como solo un muchacho de su edad

podría estarlo en una situación como aquella.

—Tuercas, ¿qué edad tienes? —preguntó curioso Alberto.

—Quince años, señor.

—¿No eres demasiado joven para estar aquí?

—No, señor. Era cadete en la academia de artillería cuando solicitaron voluntarios para la campaña.

—Sigo pensando que eres un crío todavía.

—Debo servir a mi país, señor. Al menos eso es lo que decía mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí, señor. Él era oficial de la armada, pero su barco desapareció en la Antártida con todos sus tripulantes.

—Lo siento mucho, David.

—No se preocupe, señor. Yo era pequeño y apenas me acuerdo de él, solo sé lo que mi madre me cuenta, pero le debo mi ingreso en la academia. Ahora soy el cabeza de familia, mi madre y mis hermanas dependen de mí.

Alberto miró al muchacho y pensó sobre la enorme carga que portaba sobre sus hombros. Dejó, entonces, que Tuercas siguiera hablando sin hacerle el más mínimo reproche.

Al fin llegaron a la tienda donde un suboficial ordenó a un par de soldados que midieran y pesaran a los recién llegados. Miró en el listado de tallas y prendas y les adjudicó un par de uniformes a cada uno, unas botas, una bolsa de cuero y un chaleco provisto de sendas fundas para armas de fuego cortas o trabucos.

—¡Forzad los fuegos!

Alberto se giró hacia el lugar de donde provenían las órdenes. Sobre el alcázar de unas de las naves, el oficial al mando dirigía las comprobaciones de mantenimiento.

—Es el capitán Flavio —confirmó Tuercas—. Es el más joven de la plaza y el más admirado por unos y despreciado por otros.

—¿Despreciado? —preguntó incrédulo Alberto.

—Sí. Dicen de él que es demasiado arriesgado y que no respeta las maniobras y técnicas del aire.

—Ya veo.

Alberto se distanció de sus dos compañeros y se acercó más a la embarcación aérea. Si al verlas sobrevolar las calles de su ciudad natal le parecían impresionantes, de cerca lo eran aun más.

Se trataba de un navío de nueva construcción. Todos los detalles en él corroboraban tal afirmación: la madera de cedro con la que se había

construido el armazón, los detalles en roble y pino que reforzaban y completaban la nave y el cobre con el que, desde no hacía demasiado tiempo, se armaba a la armada para proteger de las inclemencias del tiempo la madera.

No era uno de los más grandes, pues solo contaba con un par de puentes repletos de cañones, pero sí era de los más hermosos que jamás hubiera visto antes.

—¡Cuidado!

El grito de un tripulante consiguió que se apartara a tiempo para ver como una condensada nube de humo negro cubriera de oscuridad el campamento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán visiblemente indignado.

—La presión, señor. No era la adecuada y la combustión se ha visto demasiado forzada —contestó uno de sus subordinados.

—Comprobad hasta la última válvula de esta nave —ordenó—. Tiene que estar lista en cuarenta y ocho horas. ¡Ni un minuto más!

—A la orden, capitán.

—Me ha tocado la peor tripulación de todo el ejército mixto.

El capitán se dirigió hacia las escaleras mecánicas. Un mecanismo que, Alberto, no había visto antes y que le resultaba fruto de una mente brillante. Una corriente de agua que se retroalimentaba a través de un circuito cerrado forzaba el giro de una noria la cual, a su vez, ponía en marcha una serie de engranajes hasta llegar al que daba vida a las escaleras.

Después, descubrió que el mismo mecanismo usado para las escaleras estaba dispuesto en diversas cintas de carga. Lo que facilitaba en exceso el trabajo de embarque de víveres, armas y otros menesteres necesarios para las travesías.

—¿Alberto?

Alberto se giró de nuevo hacia el lugar del que provenía su nombre. El capitán que había visto en lo alto de la embarcación se dirigía hacia él animado. Enfocó toda su atención en aquel hombre que ya había tomado tierra firme para comprobar que no era otro que Alfonso Flavio.

Sintió, en ese mismo instante, una aglomeración de sentimientos que atacaron su estómago.

“No puede ser”, pensó.

Aquel mismo hombre de aspecto gallardo y semblante alegre era el mismo que había provocado en su hermana una terrible y vergonzosa reputación.

—Alberto Alcázar, tenía ganas de que llegara este momento —dijo Alfonso—. Deseaba que llegara este día —reafirmó—. No sabes lo necesario que era para mí poder hablar contigo y exponer…

—¿El qué, Alfonso? Que mancillaste el honor de mi hermana, que

la hundiste, que la dejaste embarazada. —Alberto observó el rostro asombrado de Alfonso—. ¿No lo sabías? ¿Acaso un hombre como tú no sabe las consecuencias de sus actos impuros con una dama?

—Yo…

—No, capitán. No tenemos nada de qué hablar. Al menos, no por ahora.

Alberto se marchó dejando a Alfonso tan sorprendido como angustiado. Pensó en qué hacer con aquella misiva que se le había encomendado entregar. En si era o no correcto confiar en él tras los sucesos pasados; pero lo que sí sabía, era que debía regresar a la tienda y ocupar cuanto antes su lugar.

El odio crecía en su interior sin pretenderlo. Necesitaba alejarse de él. Necesitaba olvidar que aquella campaña sería bajo su mando.

Caminó sin mirar hacia ninguna dirección. El humo comenzaba a dispersarse y la claridad de la tarde se filtraba con cautela. Olía a hollín. Necesitaba cambiarse, asearse y descansar. Las próximas jornadas serían intensas y no podía perder el tiempo con aquel golfo de alta cuna.

Capítulo 4

VIOLETA

El despacho del señor Alcázar se encontraba repleto de hombres en busca de una solución al problema planteado en la misiva recibida por el gobernador. Se había decidido reunirse en la casa de los Alcázar con clara intención de desviar la atención de dicho encuentro, el cual, dicho sea de paso, era tan peligroso como necesario.

—¿En qué situación nos encontramos en estos momentos? —preguntó el gobernador con impaciencia.

—Las comunicaciones están interrumpidas, señor. Cualquier intento de correo mediante telégrafos será imposible debido a los diferentes cortes de los cables eléctricos que pasan por los Pirineos —informó Guillermo.

—Necesitaremos, pues, un correo de especial valor y en quien podamos confiar sin temores.

—Creo contar con la persona adecuada, gobernador —intervino el señor Alcázar.

—No puede estar pensando en… —dijo Guillermo adivinando las intenciones del anfitrión.

—No hay nadie mejor —confirmó el señor Alcázar decidido—, se

lo aseguro.

—Pero, querido amigo, sé que eres más que leal con nuestra causa, pero ya tenéis a uno de vuestros hijos en el frente —comentó el gobernador.

—No, aun no, y es por ello por lo que Violeta es la mejor elección. Se unirá a la misma embarcación que mi primogénito, con una misiva que le entregará donde le expondrá la razón de su incorporación a filas.

—Señor, con todo mi respeto, no es un terreno seguro en estos momentos. La insurrección se ha propagado como la pólvora y el fuego se encuentra cada vez más cerca, la sublevación en las calles es inminente y, si alguien descubre a Violeta, será juzgada de inmediato.

—Entonces irá de incógnito, será nombrada correo oficial del gobierno bajo nombre de varón —dispuso el gobernador—. Nadie salvo su hermano sabrá jamás quien se esconde bajo el uniforme.

Así pues, se había decidido que Violeta Alcázar, quien aun poco sabía de aquella noble causa, entraría al servicio personal del gobernador del reino de Valencia como correo y cronista bajo el nombre de Miguel Giner.

La noticia por la que se le había informado que partiría en tan solo dos días, había provocado en Violeta una tormentosa inseguridad.

—Padre, ¿y si no soy capaz?

—Hija mía, no hay nadie más valeroso, inteligente y audaz que tú. Sabrás moverte entre protocolos y tienes una gran capacidad para escribir y analizar cuanto a tu alrededor sucede. —Padre e hija bajaban las escaleras principales de la casa para dirigirse hasta el salón de aseo y barbería—. Además, contarás con la compañía de tu hermano a quien nombraremos responsable de tu persona.

Abrieron la puerta del pequeño salón donde el mayordomo de la familia esperaba con los útiles preparados para el aseo personal del señor de la casa.

—Solo hay un detalle importante que debes conocer. —Violeta miró a su padre con cierto temor—. Servirás bajo el nombre de Miguel Giner y, como tal, deberás aparentar.

Violeta comprendió al instante cuando su padre el invitó a sentarse en el sillón de barbero. El mayordomo miró al señor Alcázar implorándole por la muchacha, pero fue implacable, debía parecer un joven al servicio de correos y telégrafos personales del gobierno y, para ello, su larga melena debía desaparecer.

El mayordomo cortó el cabello de la joven por encima de la cinta

que lo sujetaba en una larga cola y, después, le dio forma según se le había ordenado. No miró en ningún momento a la que, para él, seguía siendo tan solo una niña, pues sabía que las lágrimas de Violeta ya no se reprimían y resbalaban por sus mejillas.

Tan solo fueron unos instantes y la joven ya parecía un muchacho, salvo por su mirada dulce y mejillas sonrosadas.

El señor Alcázar le acercó el que sería su uniforme de entonces en adelante. Violeta lo vistió serena, asumiendo, al fin, la misión encomendada.

Se miró al espejo y ante ella el reflejo mostraba a otra persona. Un joven que se le parecía demasiado, pero que, a su vez, no reconocía. Aquél sería su aspecto y como tal debería actuar.

—Te falta esta última prenda.

Violeta se dejó vestir por su padre, quien la cubría con un distinguido dolmán. Era una prenda perfecta para disimular la anatomía femenina, nadie descubriría jamás su condición de mujer. Por una vez, Violeta dio gracias por las modas que habían traído consigo los franceses en cuyas prendas de exterior comenzaron a dominar estas formas envolventes sin estructuración, pero ricamente adornadas.

—Estás perfecta, hija mía.

—Me reconocerán.

—¿Quién? Solo tu hermano será consciente de quién eres y difícilmente coincidirás con algún conocido. —El señor Alcázar cogió la mano de su hija y la atrajo hacia sí para fundirse en un cariñoso y fraternal abrazo—. Todo irá bien. Jamás arriesgaría la vida de mis dos hijos si no estuviera absolutamente seguro de ello.

Violeta asintió sonriente.

—Vamos, debemos reunirnos con el resto del consejo.

Pocos después se abrían las puertas del despacho del señor Alcázar donde el resto de los hombres aguardaban con impaciencia.

—¿Y el correo? —preguntó el gobernador.

—Aquí lo tiene, señor —respondió el señor Alcázar antes de dar paso a su hija que, avergonzada, entraba en la habitación—. Le presento a Miguel Giner.

—Querida, ¿estás preparada? —El gobernador se acercó hasta Violeta y posó su mano sobre el hombro de ésta. Para él era un recuerdo vivo de su hija y comprendía la dificultad a la que la joven se enfrentaba—. Será mejor que repasemos, ¿quieres?

—Sí, señor.

Violeta recorrió el despacho ante las miradas de los presentes que la observaban con cierta curiosidad. Se sentó donde el gobernador le dijo.

—¿Quién eres? —Comenzó la entrevista el gobernador.

—Violeta Alcázar, señor.

—¡Mal! ¿Quién eres? —repitió con mayor énfasis en la pregunta.

—Miguel Giner, señor —respondió ahora Violeta tras comprender a qué se refería el gobernador.

—¿De dónde vienes?

—Del Cuerpo de Correos de Madrid, señor.

—¿Para qué has venido?

—Para cubrir el puesto de correos y telégrafos vacante en su gobernación, señor.

—¿Tienes algún otro cometido?

—Sí, señor. Cronista y analista bajo sus órdenes.

El gobernador asintió satisfecho.

—¿Cuál es tu misión?

—Entregar una misiva de especial relevancia a doña Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.

—¿Sabe qué dice en dicha misiva?

—No, señor. Tenemos terminantemente prohibido conocer cuanto esconden las cartas y misivas que portamos.

—¡Maravillosa, querida! —exclamó el gobernador gratamente complacido—. Mi enhorabuena, señor Alcázar, tiene usted dos hijos espléndidos.

—Gracias, gobernador.

—Si me disculpan —intervino Guillermo—, creo que sigue siendo fácilmente reconocible, como mujer al menos.

—¿Usted cree? —preguntó el gobernador sorprendido. Miró a Violeta cuyos ojos azules y largas pestañas dieron la razón al heredero de los Nigrino—. Cierto. Y, ¿qué sugiere que hagamos al respecto?

—Pues, ya que endurecer con alguna cicatriz ese delicado rostro sería poco menos que una falta imperdonable, es posible que este pequeño trozo de cuero haga su función.

Guillermo le entregó a Violeta un parche para que ésta se lo atara y tapase con él uno de sus preciosos ojos.

—Bien, creo que es hora de que todos descansemos en nuestros respectivos hogares —dijo el gobernador—. Éste será el último encuentro en el que nos veamos hasta después de superada la misión, señorita Alcázar. Por lo que le deseo la mayor de las suertes.

—Muchas gracias, señor —respondió Violeta.

—Mañana enviaré a uno de mis sirvientes con los permisos y billetes que necesitamos para tal tremenda travesía —comentó ahora al señor Alcázar—. Y, por supuesto, la misiva sellada y firmada para la

joven Luisa Fernanda, nuestra duquesa exiliada.

—Que así sea —dijo el señor Alcázar antes de despedir al resto del consejo.

—Padre, ¿cree que podría ir a ver a Azucena?

—¿A la joven vestal negra? No sé si es buena idea, hija, dicen que no es de fiar y que las propias vestales que con ella conviven, no terminan de responder por ella.

—Son habladurías de viejas, padre.

El señor Alcázar suspiró y terminó por darle permiso para que solicitara la visita al Templo.

Su papel había comenzado en el mismo instante en el que su aspecto había cambiado. De este modo, en el Templo, no esperaba Violeta, la amiga y compañera de la Vestal Máxima, sino un joven que se hacía llamar Miguel y del que nadie sabía nada.

—Sea usted bienvenido, Miguel Giner. Tiene usted la palabra —dijo Azucena como ya había acostumbrado.

—Agradecida sea hoy y por eternidad mi alma a las vestales que hoy me guían —respondió el joven que se arrodillaba frente a Azucena con la cabeza gacha y la mirada perdida—. Máxima, he aquí un siervo de la diosa Vesta que reclama su atención.

—Dígame, joven, qué le preocupa y en qué podría yo ayudarle.

Violeta se levantó y miró directamente a su amiga, buscaba en ella un reconocimiento, pero la vestal parecía no saber quién tenía frente a ella. No así Claudia, que observaba a aquel muchacho con especial atención.

—Quisiera hablar con usted en privado, si fuera posible.

—La vestal Máxima, jamás acepta privados con hombres —aseveró Claudia.

—Lo sé, señora, salvo que sea por razones de especial relevancia y con los permisos sellados del gobernador y los duques de Edetania. —Violeta extrajo un papel doblado y sella con lacre. La joven de la puerta se acercó para recibir el lacrado y entregárselo a Claudia. Ésta lo leyó en silencio y con visible disgusto, dio orden de vaciar el salón de recepciones y cerrar las puertas—. Gracias, señora. Que la diosa Vesta la proteja siempre.

—Que así sea —respondió Claudia antes de salir por la puerta trasera.

—Dígame, señor Miguel Giner, ¿cuál esa cuestión que debe tratar sin presencia de ninguna de mis vestales?

—¿De verdad no sabe quién soy, Máxima?

Azucena observó a quien tenía enfrente. Su rostro le era muy familiar, pero su constitución la despistaba por completo.

—¿Es usted familiar de los Alcázar? —preguntó al ver en sus ojos el santo y seña de esta familia tan amiga como distinguida.

—Podría decirse que así es —sonrió Violeta divertida.

—No juegue con mi paciencia, joven. Siento informarle que no es algo que agrade en demasía a mi segunda.

Violeta se acercó varios pasos más de los estrictamente permitidos, acto que puso en alerta a la joven vestal Máxima.

—Azucena, soy yo —dijo Violeta suavizando su voz para que le fuera fácilmente reconocible—. Soy Violeta.

—¿Violeta? —Ésta se quitó el parche que le cubría uno de sus ojos y Azucena sintió que mil recuerdos le golpeaban con fuerza—. ¡No puede ser!

La joven vestal se levantó de su trono y bajó con agilidad el único escalón que la separaba de su amiga. Corrió a su encuentro y fue recibida con fuerte y cálido abrazo. Las dos amigas tuvieron que reprimir las lágrimas que se agolpaban y amenazaban con salir.

—¿Qué te han hecho? ¿Por qué vistes como un hombre?

—Es una larga y tediosa historia que se resume con un correo urgente que hacer llegar a una noble española en la corte de Francia, la revuelta, tu bendición y tu sello.

—¿Mi bendición? Cualquier cosa que me pidas tendrá la bendición de la diosa, no hay persona en esta tierra en quien confíe más que en ti, Violeta. Tu fuiste quién me acogió, me trató como una amiga cuando todos dudaban de mí y quien limpió mis lágrimas cuando supo mi destino.

—Eso, querida amiga, se llama amistad —dijo Violeta sonriente—. Por cierto, ¿qué tal tu nueva vida tras los muros?

—¿Con sinceridad? Horrible. Solo puedo confiar en una vestal llamada Isabel, creo que es la más humana de todas las que aquí se encuentran o, por lo menos, de todas con las que me permiten hablar.

—Pero, ¿no eres tú la máxima autoridad en este Templo?

—Efectivamente, en el Templo y fuera de él, pero en la casa hay otras normas en las que prevalece la antigüedad, la veteranía.

—Cuánto lo siento, Azucena.

—O no, tranquila, en general vivo casi como una reina. —Hizo una pausa—. Una reina cautiva, pero reina, a fin de cuentas. Y, cuéntame, qué son esos papeles que necesitan de mi sello.

—Pues quizás sea más complicado de lo que pensábamos, si no eres la máxima autoridad en esta institución puede que te encuentres en serios problemas.

—De eso me encargaré yo.

Violeta vio en aquel instante a la vestal Máxima que su amiga

estaba destinada a ser.

—Gracias, Azu —dijo Violeta con tanta sinceridad como le fue posible—. Éstos son los registros y papeles que necesito sean sellados por la vestal Máxima, son permisos y pases que me permitirán acceder y pasar fronteras con, supuestamente, suficiente seguridad y sin levantar sospecha. —Sacó una carpeta ordinaria de cuero cerrado con hebillas, tan común que nadie pensaría que en su interior se guardaban los testigos escritos de un movimiento certero en una partida que no había hecho más que comenzar. Se la entregó a la vestal y ésta la aceptó y regresó a su sillón.

—Vuelve a guardar ese ojo horrible bajo la protección del parche —bromeó Azucena—. Recuperemos nuestros puestos antes de que haga sonar la campana. Mañana tendrás los documentos en tu casa.

—Mañana será demasiado tarde, pues iré en el primer tren hacia Valencia.

—Muy bien, pues allí recibirás la carpeta. —Violeta la miró dubitativa—. Confía en mí —susurró y llamó a las vestales que esperaban tras la puerta.

Pronto ingresaron en el salón Claudia lideraba el grupo y las otras dos seguían sus pasos.

—El joven ya ha terminado —anunció la vestal Máxima—. Isabel, por favor, lleva esta carpeta a mis aposentos sin que nadie la vea ni la toque.

—Esa es mi función, Máxima. Yo debo comprobar cuanto entra en la casa —intervino Claudia.

—No mientras yo sea la vestal Máxima. Mi correo personal nadie deberá abrirlo y así quiero que se dé constancia, de momento, bajo ninguna pena.

Claudia miró a Isabel que esperaba obedecer una u otra orden, le hizo una señal y la joven acató.

—Que la diosa Vestal os guarde, Máxima —dijo Violeta en despedida.

Se giró sin dar mayores pistas de quién pudiera ser y qué necesidad tendría de solicitar un encuentro privado con la vestal Máxima.

La joven de la puerta miró en el exterior en busca de cualquier mujer u hombre que deseara encontrar consuelo en el Templo, pero solo pudo ver al extraño joven alejarse por el camino de regreso a Edeta.

Miró al cielo, azul como pocas veces puede disfrutarse en esa época del año donde los grises y los blancos son principales colores protagonistas. Luego observó el lago y deseó bañarse en sus aguas calmadas, reparadoras y vigorizantes.

Aquella noche era perfecta, estrellada. En el lago, una bruma se comenzaba a levantar, el frío del exterior y la calidez de las aguas, ofrecían ese maravilloso espectáculo.

Una dulce voz se escuchaba a través de la niebla, no podía verse quien era la dueña de esa melodía, hasta que de las aguas se vio emerger los ojos almendrados de mis pesadillas.

Capítulo 5

MARGARITA

—Teniente, no puede pasar.

Un soldado francés había sido destinado como custodio de la joven rebelde apresada hacía quince días en tierras andaluzas. Esas eran las únicas indicaciones que se le habían confiado a dicho soldado. Esas y que nadie, salvo orden expresa, podía acercarse a la celda.

—Fue mi prisionera, soldado. Tengo derecho a comprobar su situación actual y condición de vida.

—Lo siento, mi teniente, pero las ordenes vienen dadas desde estamentos demasiado altos.

—Muy bien, si una orden escrita es lo que quiere, una orden tendrá.

El teniente Caballero viró sobre sus propios talones y se marchó tan indignado como preocupado por el cambio de guardia para con la joven edetana. Debía buscar una solución antes de que alguien tomara una decisión demasiado grave y se la juzgara con severidad.

Marga se encontraba en el interior de la celda tan sola como el primer día. Cada jornada que pasaba allí encerrada sentía que las paredes se hacían más y más pequeñas, que se cernían sobre ella como una de esas casas de los circos ambulantes que convierten a los atrevidos visitantes en pequeños insectos.

Y, lo peor, el teniente Caballero, quien iba a ser su pasaporte para escapar, hacía tres días que no la visitaba. No tenía noticia alguna de su padre, ni de su marido, ni de su tierra natal.

El teniente siempre la calmaba, le decía que su marido estaba bien. Que era cierto que ella se encontraba en mejores condiciones, pues él compartía celda con otros tantos que habían sido denunciados como rebeldes o simpatizantes de éstos.

Aquella tarde creyó escuchar su voz, se levantó con el ánimo de un perro que ve llegar a su dueño. Sentía incluso el movimiento de una cola inexistente que dejó de sacudirse cuando los pasos de quien creyó venir se alejaron.

Se sentó en el suelo. Estaba frío y húmedo, pero no le importaba. Revisó de nuevo cuanto había en su celda y todo seguía igual. Un camastro, un orinal, una fuente de agua que se rellenaba a diario para higiene personal y una bandeja con los restos de comida.

Miró por la ventana sellada con barrotes de metal y tan pequeña que solo podía ver con uno de los ojos. El sol comenzaba su descenso y pronto le traerían la cena y, con ella, los temidos fusilamientos que se daban justo bajo su celda. En la oscuridad, como los monstruos protagonistas de las historias de terror que les contaban de niñas para que no se escaparan en la noche. Así eran aquellos hombres que tapaban los ojos de sus condenados porque no eran lo suficientemente valientes como devolverle la mirada a quien tenían enfrente.

Sin embargo, los disparos que precedían a los golpes secos de los cuerpos inertes al caer, no era, ni de cerca, el peor de los tormentos. No. Ese título le correspondía al hombre que nombraba, uno por uno, a los desgraciados que esperaban a ciegas en la noche a ser ejecutados.

Cada noche, antes de dormir, escuchaba con atención y rezaba porque el nombre de su reciente esposo no estuviera entre ellos. Y, después, rezaba por su egoísmo, al darse cuenta de que respiraba y se relajaba cuando de entre los condenados no estaba su marido, importándole bien poco aquellos que en la noche habían caído.

—¡Carguen contra todo aquel que pase el muro!

Gritos, golpes y el sonido de las armas de fuego despertaron en la plenitud de la noche a Marga.

—¿Qué sucede?

Gritó pegada a la puerta de su celda, pero nadie contestó. Los fogonazos de las armas al disparar iluminaban la pequeña ventanita abierta en la puerta de madera. Un golpe sordo hizo tambalear la puerta y Marga se apartó de inmediato refugiándose en el canto de la derecha.

—Han conseguido tomar la armería.

Escuchó que alguien decía. Miró a su alrededor en busca de una salida. El sonido de unos sables al otro lado le indicaban que la lucha estaba demasiado cerca. Miró el camastro. Corrió hacia él y retiró el maloliente colchón. Comenzó a golpear con fuerza la estructura hasta que consiguió desprender de ella uno de los barrotes de hierro. Lo cogió y comenzó a golpear la puerta con toda su fuerza.

El sonido de un par de disparos demasiado cercanos hizo que cesara por un instante y agudizara el oído.

—Está en esa celda.

"¿Es posible que sea…?", pensó.

—¡Más fuerte!

Los golpes en la puerta de madera retumbaban más allá de las paredes que la rodeaban.

—¡Vamos! ¡Ya casi está! —La misma voz gritaba y daba ordenes sin descanso.

—¡Ya vienen!

Escuchó que otro decía.

—¡Rápido!

Decía otro.

Al quinto golpe el cierre cedió y la puerta se abrió dando paso a un grupo de hombres sucios y demasiado delgados que con la mirada buscaban desesperados a Marga. Ella permaneció en silencio en su rincón, temerosa de los intrusos hasta que uno la descubrió.

—Ahí está —señaló el susodicho.

—¿Dónde? —Una voz conocida se abría paso.

—¿Gabriel? —susurró Marga.

—Oh, por los dioses, Marga. ¿Qué te han hecho? —Gabriel se abalanzó sobre ella, la abrazó y alzó del suelo—. Dime, por favor, que no te han tocado. —Marga negó con la cabeza—. Tenemos que marcharnos —dijo aguantando su rostro con ambas manos para que lo mirara y comprendiera la situación—. Toma.

Gabriel le entregó un revolver robado a uno de los soldados caídos en la sublevación. Un par de fogonazos dieron el aviso involuntario de que los imperiales estaban cerca.

—¡Vámonos! —gritó otro de los hombres.

El grupo corrió por uno de los pasillos que daban al patio donde otros habían conseguido derribar los portones de madera.

Los imperiales les esperaban justo en el centro del patio con las armas cargadas y apuntaban hacia la obertura de la puerta. Marga y Gabriel corrían siguiendo los pasos de los que encabezaban la huida. De pronto escucharon el sonido de los disparos y los primeros hombres cayeron heridos o muertos. Los que les seguían aprovecharon la recarga de cañones para atacar.

El patio se había convertido en un terrible campo de batalla. Marga observó cuanto sucedía a su alrededor, con claro temor de acabar allí sus días. ¿Quiénes eran todos esos hombres? ¿Cómo había comenzado el levantamiento y quién había sido el artífice?

Entonces lo vio. Desde el flanco izquierdo se acercaban al paso hombres también uniformados, pero habían cambiado sus casacas. Ya no llevaban las imperiales. Y, a la cabeza, al mando de aquella improvisada compañía, un viejo amigo.

—¡Alto! —ordenó—. Compañía, sobre la segunda, ¡abran filas!

La primera y última línea se separaron dejando un espacio de dos pasos con respecto a la segunda. La primera fila adoptó la posición de rodilla en tierra y apuntaron con sus fusiles a los imperiales. Misma conducta adoptaron aquellos que conformaban la segunda línea, pero en pie.

—Primera línea. Apunten. —El teniente Caballero esperó unos breves segundos. Quizás para dar la oportunidad a los imperiales y afrancesados a rendir sus armas, o quizás solo como protocolo en las voces de mando. Fuera lo que fuera, el disparo de un imperial hacia los presos fue razón suficiente para cumplimentar la orden—. ¡Fuego!

Los proyectiles disparados impactaron en gran medida sobre los carceleros y compañía agregada por la alerta de fuga. Acto seguido, los imperiales respondieron a la par que la compañía amiga movía sus líneas intercambiando posición la una por la otra. Algunos de los pobres soldados que habían tomado partido por el teniente Caballero fueron heridos de gran gravedad. Los imperiales eran significativamente más numerosos y su fuego jamás cesaba.

Algunos de los presos se abalanzaron sobre los franceses y afrancesados en un intento burdo de ayudar a sus salvadores. Marga corrió junto a ellos, realizó un disparo certero matando a uno de los uniformados para después caer sobre un segundo a quien intentó arrebatar el arma. Recibió un culatazo en la espalda que la hizo perder el equilibrio. Vio un cañón apuntarle de frente, cerró los ojos y esperó su muerte. Sin embargo, la suerte pareció estar, esta vez, de su parte y otro aliado inesperado apareció en escena.

Del cielo cayeron ráfagas de fuego que por delante se llevaron a

amigos y enemigos. Gabriel agarró a Marga y la arrastró hasta llegar a uno de los muros, al refugio de las balas. Otro tanto hicieron la compañía comandada por el teniente Caballero, como si supieran que aquél dirigible haría acto de presencia antes o después.

—¿Quiénes son? —preguntó Marga.

—No tengo ni idea —respondió Gabriel—, pero, en cuanto el fuego cese, corre hasta llegar al portón y no me esperes.

—¿Por qué? —Miró preocupada y sin comprender a su esposo—. No me iré sin ti. Eso ni lo sueñes. —La voz le temblaba, no solo por la horrible idea de perderlo de nuevo, sino por cuanto acababa de vivir y el temor a no resistir.

Los imperiales y afrancesados supervivientes fueron llevados hasta las mismas celdas que aquella misma mañana habían estado custodiando. Los heridos fueron aniquilados por la recién llegada tripulación y amontonados junto al resto de cadáveres.

—Dense prisa en apilar a los caídos. —Un hombre vestido como si de un corsario se tratara, bajaba por la pasarela del dirigible con cierta cojera debida a la pierna mecánica que reemplazaba a la original. En su pechera colgaban algunas medallas de origen español anteriores a la guerra. Sin embargo, él era demasiado joven como para que fueran propias. Se quitó las gafas de aviador y se las colocó en la frente. Buscó entre los que en el patio se encontraban hasta que vio al teniente Caballero que con osadía lo miraba—. Teniente Caballero —sonrió.

—Hermano —contestó éste ante la sorpresa de cuantos le habían escuchado. Ambos se estrecharon la mano con fuerza—. Gracias por responder a mi llamada.

—¡En absoluto! Fue toda una sorpresa recibir tus peticiones. Jamás pensé que entrarías en razón. —El recién llegado estalló en una sonora carcajada—. ¡Caballeros! Si es que aun tenéis la decencia de llamaros como tal. Les presento a mi querido hermano pequeño, el teniente de artillería Caballero.

—¿Es su hermano? —Gabriel apenas podía dar crédito a cuanto escuchaba y veía.

—Eso parece —contestó Marga—. Bueno, los dos son pelirrojos.

Gabriel la miró y sonrió. Al menos su mujer volvía a recuperar su apreciado sentido del humor, solo quedaba que recobrara el valor y la iniciativa. No obstante, algo le decía que no tardaría en dar buena muestra de ellos.

En ese momento, el joven teniente que había hecho posible aquella

toma de la cárcel miró a los recién casados y convocó a su lado con tan solo un gesto.

—Querido hermano, estos son nuestros amigos Gabriel y Margarita.

—¿Nuestros amigos? —dijo el recién llegado divertido.

—Soy la hija del gobernador del reino de Valencia. —Se presentó Marga con autoridad.

—Entiendo. Mi nombre es Enrique y soy el capitán de este navío. —El oficial cogió la mano de ella y besó su dorso. Después se dirigió hacia Gabriel—. Entiendo que usted es su marido.

—Así es, señor. —Gabriel estrechó la mano que Enrique le ofrecía.

—Bien, pues será mejor que marchemos antes de que lleguen más refuerzos. —El capitán se giró sin darles más explicaciones y se dirigió hasta el centro de la plaza—. Señores, mis hombres y yo les invitamos a unirse a nuestra dotación a bordo del *Sentenciador* uno de los buques de guerra recuperado de las líneas francesas.

—¿Vamos con él? —preguntó Marga a su marido.

—Con todo el cariño que os profeso, amigos míos, no dudéis en subir a ese navío —contestó el teniente que la había escuchado—. Además, algo me dice que disfrutarán a bordo. —Sonrió y se fue camino a la pasarela que lo llevaría a bordo del *Sentenciador*.

Los recién casados imitaron sus pasos y también subieron al viejo buque de guerra.

El resto hizo lo mismo, aunque otros prefirieron seguir su suerte a través de los campos y bosques que bordeaban la cárcel convertida en el escenario de lo que se recordaría como la leyenda de los fugados. La última vez que el *Sentenciador* dejaba testigos con vida tras un ataque.

Sé que muchos de ustedes, mis queridos lectores, esperan con extrema curiosidad esta revista que algunos han insultado llamándola panfleto. Es quizás de tamaño inusual, pequeño en formato, pero grande en contenido.

Pero no hablemos de esta publicación, sino de aquello que todos, de un modo u otro, pretendéis leer de mis letras, aunque no de mi puño, sino de imprenta.

Es sabido que una sombra aparece y desaparece en los cielos de la costa como si de un fantasma se tratara. Ya dos buques de la Armada Imperial han sido destruidos por tan infernal máquina y ni piedad ha sabido mostrar quien la capitaneaba. ¿Cómo no van a tratar de animales a quienes no muestran un ápice de humanidad? ¿Cómo un hombre puede sucumbir de tal forma a la maldad que no deja más que muerte allá donde alcanza?

No es deber de quien suscribe dictaminar si se debe o no dar caza a semejante alimaña, pero sí instar a quienes el poder ostenta a que lo hagan. ¿O es acaso partidario nuestro gobernador de los horrores protagonizados por este fantasma que hace llamar *Sentenciador*? Esperemos que no. Del mismo modo que esperamos que tampoco lo sean los reyes de la seda, ni ciertos duques que debieran proteger estas tierras. Jamás osaría señalar como rebeldes, pero ser un cobarde es casi igualable.

Recientemente, he recibido noticias, rumores, sobre cierta fuga en la cárcel en la

que la hija del gobernador y su reciente esposo se encontraban apresados por, nada más y nada menos, que traición al Imperio.

Dicen, que hubo valientes soldados que sobrevivieron a la revuelta y al posterior ataque de cierto buque de guerra. Extraño caso el que nos ocupa, pues el *Sentenciador* jamás deja una vida, un testigo.

También comentan que la hija del gobernador y su esposo se han enrolado en dicho buque. Lo que, a mi parecer, es ya clara declaración de intenciones.

¿Qué hará gobernador? Tendrá que elegir entre salvar a su hija o cumplir con su deber y castigar a los rebeldes.

Atentamente,

La dama del lago.

—Señor, creo que debería leer esto.

El mayordomo de los Cabanilles le hacía entrega de la nueva publicación de quien se hacía llamar “La dama del lago”. El gobernador encendió uno de sus puros en un braserillo sostenido sobre un elegante pie de plata, sopló suavemente sobre la parte encendida para comprobar que estaba encendido. Después se lo llevó a la boca y aspiró. Dejó que el humo y su sabor dulzón llenara su boca y se permitió, después de hace mucho tiempo, éste se regodeara en sus papilas gustativas.

Cogió entonces el panfleto que su mayordomo le entregaba, desdobló el papel y leyó en voz alta cuanto allí había escrito.

—Tenorio, llame al correo —dijo levantándose y apagando el puro recién encendido en un cenicero a juego con el braserillo—. Debo enviar dos mensajes urgentes.

—Sí, señor.

Capítulo 6

VIOLETA

Violeta se encontraba ya vestida con las ropas que le habían sido adjudicadas. Estaba nerviosa y extremadamente temerosa de ser descubierta por cualquier vecino que la reconociera.

Las columnas de humo de la locomotora a vapor comenzaban a ser más y más espesas. Señal de que pronto ordenarían el cierre de vagones y la puesta en marcha.

Miró en todas direcciones en busca de quien debiera entregarle la carpeta de cuero que la noche anterior le dio a Azucena, pero nadie veía que pudiera ser la persona adecuada. El reloj del andén seguía dando paso al tiempo sin ceder ni un solo segundo. Tan solo quedaban un par de minutos para que el jefe de supervisión diera permiso al maquinista para partir hacia Valencia.

—¡Pasajeros al tren!

Escuchó que daban el primer aviso y sintió como el corazón bombeaba de un modo desmesurado, tanto que sentía que en breve se le escaparía del pecho. Miró de nuevo el reloj del andén. Un minuto. El silbido del tren provocó que pegar un pequeño saltito y que cierto

hombre lo mirara extrañado.

—Vaya susto más tonto. —Intentó disimular con una voz grave que camuflara su feminidad.

Por suerte, el hombre no tuvo mayor interés y se marchó hacia el que suponía sería su coche.

—¡Pasajeros al tren!

Segundo aviso y allí no aparecía nadie. Violeta se subió ya al pequeño rellano que hay antes de ingresar en el coche que le habían asignado. Se asomó por última vez al tiempo que vio a una joven conocida.

¡Sí! Aquella chica era la joven de la puerta del Templo de las vestales. ¡Debía ser ella! Bajó de un salto y corrió sin pudor al empujar a otro viajero que corría en contradirección para subir a tiempo al tren.

—¡Último aviso para los pasajeros! —anunció el revisor— ¡Último aviso!

Violeta vio como el revisor ya subía al tren y se preparaba para dar la señal con el banderín.

—Siento el retraso, señor —dijo Isabel entregándole la carpeta de cuero.

Violeta no respondió, solo cogió el encargo y corrió con toda su alma para llegar al tren que ya daba señales de movimiento. Saltó y se enganchó como pudo a una de las argollas que guardan las cadenas de cierre. Se encaramó y cayó al suelo de madera del rellano anterior a su vagón.

Se levantó como pudo y se sacudió el polvo. Comprobó que la carpeta no se había abierto y entró en busca de su asiento. Se sentó, abrazó el cuero que protegía los documentos y miró por la ventana.

Pronto estaría arriba del navío que la llevaría a cruzar la frontera y allí, solo estaría ella. Sola.

Dejó que los pensamientos se volatilizasen, que su mente quedara en blanco. Solo quería dejarse llevar sin ver como su casa y su gente quedaba atrás.

Esperó a bajar la última. En el coche ya no quedaba nadie, solo ella que se resistía a afrontar la misión que le había sido encomendada.

—Señor, debe bajar ya.

Un hombre que llevaba las divisas de sargento le llamó la atención. A Violeta le costó unos segundos reaccionar. Ya no era una joven, sino un correo oficial del gobierno.

“Eres un hombre. Tu nombre es Miguel Giner y debes hacer llegar

una misiva a doña Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier", se decía a sí misma una y otra vez, como si de un mantra se tratara.

—Disculpe, sargento —dijo Violeta con su recién descubierta voz grave—. ¿Sabría decirme dónde puedo encontrar al capitán al mando del navío que volará hasta el norte?

—¿Quiere decir el que desplegará en el frente?

—Efectivamente. Debo hablar con él de inmediato y entregarle algunos de los documentos que llevo en este cuero.

—Por ese camino. —Señaló con una mano el sargento—. Por donde van todos esos reclutas, le llevará hasta el campamento. Allí, más allá de la plaza de armas, se encuentran los dirigibles. Pregunte por el capitán Flavio. Él es su hombre.

—¿Capitán Flavio? —preguntó Violeta—. ¿Es, acaso, hermano de Alfonso Flavio, el teniente de artillería?

—No, señor. Él es teniente de artillería —respondió el sargento sin comprender el porqué de la expresión del correo que tenía enfrente—. Fue ascendido hace unas semanas.

—Muy bien —dijo Violeta recuperando la compostura—. Muchas gracias, sargento.

El militar saludó con marcialidad y se marchó de nuevo al tren. Violeta enfiló el camino que éste le había indicado y deseó encontrarse antes con su hermano, aunque tampoco podía forzar dicho encuentro o despertaría una atención que no le era, en absoluto, favorable.

Llegó hasta el cabo que mandaba la guardia y le entregó los permisos para subir a bordo del primer navío que volaría esa semana hacia tierra hostil. Después se dirigió hasta las tiendas que éste le había indicado y buscó una cama sin dueño para dejar su único equipaje: una bolsa pequeña de algodón que hacía las veces de maleta.

Los correos no suelen llevar equipaje más allá de cuatro útiles de aseo y alguna muda en caso de tener que visitar a algún noble o patricio.

Se quitó las botas y se tumbó en el lecho bocarriba, con las manos entrelazadas por detrás de la nuca y miró la lona con la que estaba hecha la tienda.

De pronto recordó el único objeto que calmaba su mente y corazón. Buscó en uno de los bolsillos del pantalón y ahí estaba, aguardando su momento, su querida mariposa mecánica. La tocó y esperó a que esta tomara el vuelo. La observó durante un buen rato hasta que otro oficial la sorprendió.

—Disculpe, ¿pero de dónde ha sacado esa mariposa?

Violeta se giró al escuchar aquella voz con los ojos impregnados en lágrimas. El joven que permanecía de pie en la entrada a la tienda la miró sin comprender hasta que lo supo.

—¿Violeta? —preguntó.

—No levantes la voz, hermano —contestó ella sentándose en el borde de la cama.

—¿De qué vas disfrazada? —preguntó Alberto en voz baja mientras se acercaba hasta ella.

—Tienes ante ti al nuevo correo oficial del reino de Valencia —respondió Violeta—. Me llamo Miguel Giner. Encantado.

Violeta le extendió la mano a su hermano y este la recibió con humor.

—¿Por qué vas disfrazado de hombre?

—Es una larga historia, pero creo que viene todo muy bien explicado en esta carta que padre te envía.

Violeta rebuscó en su bolsa la misiva personal de su padre y se la entregó a su hermano.

—Lo único que ahora mismo debes saber es que soy un correo con una misión muy concreta. —Suspiró—. Debo llevar un mensaje a la duquesa de Montpensier para que nos ayude a evitar que Lesseps consiga los permisos para construir su maldito canal.

—¿Y no había hombres que pudieran hacer de correo del reino que te han tenido que disfrazar a ti?

—Bueno, al parecer la idea era que partiera alguien totalmente desconocido y los hombres os conocéis todos, por suerte para vosotros y desgracia para mí. De ahí que vaya de incógnito, con este espantoso parche en el ojo y poniendo voz de macho.

Los dos hermanos rieron. Por un rato olvidaron donde estaban y qué les deparaba el futuro inmediato.

El sol comenzaba a iluminar con timidez el campamento cuando Violeta escuchó al cartógrafo que conociera el día anterior llamar a Alberto entre susurros.

—Alcázar, vamos, es la hora —decía.

Alberto se despertó y sin hacer apenas ruido, se calzó y ambos salieron a hurtadillas de la tienda. Violeta, aun a riesgo de ser descubierta, salió tras ellos abrigándose tan solo con el tres cuartos del uniforme. Se puso las botas y dio gracias por no haberse quitado los pantalones en la noche.

Su hermano y el cartógrafo se reunieron con otro soldado que les entregaba una caja de roble cerrada. Enrique la cogió y continuaron su andadura más allá del campamento. Cruzaron los escalones de mantenimiento y hasta el puerto donde tres dirigibles observaban con majestuosidad inexpresiva.

De uno de ellos escuchó el discreto sonido de unos pasos que parecían acercarse a su posición. Se escondió bajo la pasarela y sobre ella dos hombres hablaban.

—¿Está seguro, capitán? —decía uno.

—No tengo otra opción, mi estimado amigo.

—Siempre hay otra opción.

—No cuando quien reta es un hombre que moriría por el honor de su hermana —dijo, entonces, el capitán—. Ha decir verdad, amigo mío, sería un orgullo morir a manos de un caballero como él. Sus valores, su honestidad y su sentido del deber, hacen que sienta vergüenza de mí mismo.

—Pero, ¿hasta qué punto deshonró a su hermana?

El capitán no respondió y ambos dieron por sentado el punto en el cual la deshonra había sido tal.

Violeta no pudo controlar el impulso de seguir a esta pareja también. Los cuatro hombres se dirigían hacia el mismo punto.

¿Estaría el capitán hablando de Alfonso?

Entonces lo comprendió todo. En la madrugada era difícil distinguir a los hombres cuando todos visten los mismos uniformes, pero podía estar segura de que el capitán que acababa de bajar del navío era Alfonso.

Cuando los cuatro caballeros se encontraron, hubo saludos y pocas palabras. Se separaron después en parejas, tal y como habían arribado. Esperaban algo, o a alguien.

Violeta seguía observando oculta entre las sombras cuando un quinto personaje apareció en escena. Los cuatro se reunieron a su

alrededor y el cartógrafo abrió la caja para mostrarle el interior al recién llegado. Tras un par de consignas promulgadas por el quinto hombre, Alberto y Alfonso cogieron algo de la caja.

No fue hasta que ambos enfrentaron sus espaldas que Violeta fuera consciente de cuanto allí sucedía. ¡Un duelo!

No esperó si quiera a que los dos oficiales comenzaran a avanzar. Salió de su escondite sin importarle la falta de parche en el ojo, o su indumentaria de correo oficial. Corrió hasta ellos.

—¡Alto! —gritó.

Los cinco hombres se giraron para ver qué dama osaba intervenir en un duelo de caballeros. Los rostros del grupo expresaban tantas emociones distintas que describirlas sería eterno; pero sí hubo una que podría darse en todos y cada uno de dichos rostros: perplejidad.

Alberto bajó el arma y corrió hacia su hermana con intención de proteger su identidad, pero era ya demasiado tarde. Los cinco hombres habían visto a una mujer con el cabello cortado como soldado, que había ingresado en el campamento como hombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alberto indignado—. ¡Lárgate! Esto no es de tu incumbencia.

—¿No lo es? ¡Ibas a batirte en duelo! —gritó exasperada—. ¡Por mí!

—Ese hombre te deshonró. Te desmayaste delante de mis ojos y no pude siquiera despedirme de ti.

Violeta observó a su hermano. Sus ojos delataban tanta angustia como dolor y odio.

—Pero estoy aquí. —Le puso una mano sobre su rostro—. Contigo.

—¿Violeta? —Ninguno de los dos hermanos había reparado en el resto del grupo que se acercaba hasta llegar a ellos—. ¿Tú eres el correo oficial del gobernador que debía custodiar hasta los Pirineos?

—Sí —respondió altiva—. De ahora en adelante seré Miguel Giner para ti, capitán.

Alfonso deseó estar a solas con ella en aquel momento. Poder responder al claro rencor que cobijaba su corazón. Decirle que no la abandonó, que solo cumplía órdenes; pero no estaban solos, ni ella tenía intención de recibir respuestas. Solo pudo asentir.

—Caballeros, este asunto es de vital importancia para la estabilidad en el Imperio, —comenzó a hablar el capitán—. Por ello, les ruego. No. Les ordeno que guarden silencio sobre la verdadera identidad de Miguel Giner. No revelarán quién se esconde bajo los ropajes del correo oficial en ninguna circunstancia, llevándose consigo a la tumba el nombre Violeta.

—Como ordene, capitán —dijo el último en llegar y el resto siguieron su ejemplo.

—Ahora, Miguel, le ruego que vaya con celeridad a su tienda y

termine de vestir sus ropas reglamentarias —ordenó el capitán.

—A la orden, capitán —contestó Violeta.

—Y que los tenientes Alcázar y Saavedra le acompañen para salvaguardar su persona e identidad.

—A la orden, capitán —respondieron ambos.

—¡Alcázar! —llamó Alfonso antes de que se alejaran—. Su arma.

Alberto se acercó hasta el capitán que le hizo entrega del arma que iban a usar para el duelo. Francisco guardó ambas en la caja de roble y las llevó consigo.

Se encontraban el grueso de oficiales que embarcarían en el navío del capitán Flavio en el puente de cubierta cuando el joven *Tuercas* se acercó casi sin aliento tras haber recorrido todo el campamento como alma que lleva el diablo.

—Mi capitán —dijo con un hilo de voz inaudible—. ¡Mi capitán! —gritó esta vez.

—¿Qué sucede, Alférez?

—Traigo un mensaje urgente para usted, capitán.

El muchacho alzó el sobre lacrado en alto para que el capitán pudiera verlo sobre las cabezas del grupo formado.

—¿Sabe quién la envía?

—Sí, capitán. Lleva el sello del gobernador del reino de Valencia.

—Espéreme en mi camarote, alférez —ordenó el capitán antes de dirigirse de nuevo al resto de oficiales—. Preparen a sus hombres. Que todos estén listos para embarcar mañana en la madrugada.

Fue, entonces, hasta su camarote donde recibió la misiva que el muchacho le había traído con tanta diligencia. Desde luego, no esperaba cuanto allí iba leer y su semblante lo delató sin piedad.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó *Tuercas*.

—Muchacho, avisa a mi contramaestre. Nuestras órdenes han cambiado.

El alférez salió raudo y veloz en busca de quien le habían ordenado. Pronto las campanas sonaron y la plaza quedó cubierta de hombres uniformados que con presteza se organizaron en perfectas formaciones simétricas.

Alfonso paseó entre las filas de su compañía. Miraba a sus suboficiales y tropa, a los que iban para luchar y aquellos que apoyarían la lucha. Ingenieros, cartógrafos y un correo que debía proteger, pero todos ellos deberían empuñar las armas.

Los rostros de los allí formados no lo miraban, en su lugar habían elegido un punto lejano en el que posar su mirada y mantener la

postura sin distracción.

El capitán regresó a la cabeza de la formación, ordenó a la compañía que estuvieran a discreción y llamó a sus oficiales.

—Caballeros, he recibido un mensaje urgente que nos desvía de nuestra principal misión. —Los oficiales atendían a sus palabras—. Seremos los siguientes en ir en busca del *Sentenciador*.

—Mi capitán —intervino el que le acompañara al duelo en la madrugada—, es una locura. Nuestras tropas no están adiestradas, aún les quedaban un par de semanas en retaguardia para poder llevarlas al frente.

—Lo sé, pero las órdenes son órdenes y, al parecer, vienen respaldadas por nuestro general.

—Y, ¿no sería posible solicitar audiencia con él para tratar el tema?

—Y tanto que es posible —sonrió con amargura—. Tanto que ya he sido citado para mañana por la mañana en Capitanía. —Se dirigió entonces al resto de oficiales— Caballeros, rompan filas y llévense a sus secciones, denles instrucciones claras y concisas de su nuevo destino y prepárenlos para lo que nos aguarda.

Capítulo 7

AZUCENA

La vestal negra despertaba entre sudores fríos y respiración entrecortada. La noche le había traído terribles pesadillas en las que del lago provenían risas, una dulce melodía y unos ojos rasgados, almendrados, que la observaban con ira.

Miró a su alrededor y escudriñó en la oscuridad en busca de algo o alguien que la observara. Buscándome a mí. Desde que mis padres entraran en el Templo en busca de ayuda, algo en el puente entre Azucena y yo se había abierto. Era difícil para ella hablar con un alma además de percibirla, pero necesitaba forzarla porque sentía que podría estar en peligro.

Dos golpes en la puerta rompieron el puente y al abrirse la luz de la mañana se introdujo en la habitación.

—Buenos días, Máxima.

La vestal Isabel ingresaba en la estancia para descorrer las cortinas y preparar las ropas que llevaría Azucena durante la jornada.

—Isabel, ¿qué sabes del lago? Sí, sé que sus aguas son sanadores, curativas, pero hay algún ser que viva en él más allá de los peces.

La joven comenzó a ponerse especialmente nerviosa ante la pregunta que le hacía la vestal Máxima.

—¿Por qué lo pregunta, Máxima?

—Porque necesito saber qué sabes sobre el lago —inquirió Azucena ante el nerviosismo inesperado de la vestal.

Isabel la miró con preocupación patente en su expresión, sus ojos clavados en los de ella y, por un instante, Azucena creyó ver la mirada rasgada y almendrada de su sueño.

—Vestal Máxima, señora, le estamos esperando para desayunar —Claudia intervenía en aquel instante salvando a Isabel de una respuesta que no quería dar—. Por favor, vístase y haga acto de presencia a la mayor brevedad posible. Usted será la vestal Máxima del Templo, pero debe respeto a las vestales convivientes en esta casa.

Claudia miró a Isabel con desaprobación.

—¿Ha terminado ya, señorita? —le preguntó.

—Sí, señora.

—Y, ¿qué hace aquí todavía? —No esperó a que Isabel contestara —. Al comedor. ¡Andando!

—Sí, señora.

Isabel les hizo una reverencia a ambas antes de salir. Claudia observó a Azucena y ésta le devolvió la mirada. La vida en aquella casa se complicaba por aquella mujer con aires de grandeza que había decidido, por su cuenta, que Azucena no era adecuada para el cargo a pesar de su don y de su sangre.

La segunda se marchó sin mediar palabra. Sin saludar con el respeto que una vestal Máxima merece y a Azucena se le empezaba a terminar la paciencia.

Sin embargo, ahora se le abría otro frente que no esperaba. Su única amiga y aliada en la casa, Isabel, podría estar ocultándole un terrible secreto.

Tras el desayuno, Azucena cambió sus ropas por las de baño a pesar de las continuas quejas de Claudia. Pensaba bañarse en el lago, adentrarse en sus aguas y tratar de descubrir qué extraño ser vivía en ellas.

El agua estaba helada, pero no le importaba. Sumergió primero un pie, luego el otro y fue bajando las escaleras sin prisa, dejando que la temperatura de su cuerpo se adaptara a la del agua. El lago parecía en calma, como todas las mañanas.

Algunos patos y cisnes corrieron a su encuentro con la esperanza de que les diera algo de comer, pero Azucena, esta vez, no les traía

nada. Solo su compañía que pareció ser suficiente para los animales. Al fin se lanzó al agua y braceó tranquilamente dejando que el agua la cubriera, los peces se acercaran y las aves nadaran junto a ella.

Para quien viera aquella escena desde fuera podría pensar que la vestal era una ninfa del agua. Uno de esos seres que la mitología había olvidado tiempo atrás, pero cuyos recuerdos aun prevalecían entre los vecinos de Edetania.

Decían de las ninfas del agua que eran consideradas seres casi mágicos, por ello grandes autores de la antigüedad las nombraban en sus cantares y poemas. En aquel lago llegaron a decir que habitaba una de esas náyades de agua dulce cuyos poderes de sanación habían trascendido a su prole, las cuales eran ahora vestales con un don que la recordaba por eternidad: sanadoras.

—¡Máxima! —escuchó que alguien la reclamaba, pero hizo caso omiso a tal llamada y siguió nadando hasta alcanzar casi la otra orilla.

—¡Máxima! —La voz se alzó por encima de pájaros y ardillas, del viento que las ramas de los árboles azotaban sin piedad.

Azucena miró entonces a quien gritaba desde las escaleras. Se trataba de Isabel que le hacía señales con ambas manos para que le prestara atención.

Por un instante dudó si acudir a la llamada, o castigarla por ocultarle lo que fuera que le ocultaba. Al fin decidió lo primero, no fuera que algo de especial relevancia sucediera y no solo tuviera en contra al séquito de Claudia, sino que el resto de las vestales tomaran al fin partido por esa vieja loca.

Nadó con calma hasta llegar a las escaleras y sentarse en ellas lo justo para que solo su cabeza y hombros permanecieran en el exterior.

—Máxima, discúlpeme, pero creo que tengo algo que puede ser de su interés —sonrió complacida.

—¿Y es…?

—Ha llegado el correo y tiene dos cartas para usted, además del panfleto que pidió que le consiguiera el de esa dama del lago.

A veces se sorprendía al descubrir lo alejadas que llegaban a estar las vestales de la sociedad que las veneraba. La dama del lago se había convertido en la publicación de chismorreos por excelencia en las tierras de Edetania y las vestales parecían no haber oído jamás hablar de ella.

—Por cierto, señora, ¿quién es esa dama del lago? —preguntó Isabel curiosa—. ¿No será una de nosotras?

—Lo dudo bastante —contestó Azucena.

—Le he traído una toalla. —Isabel intentaba remediar, de algún modo, la decepción que sabía que había causado en el mañana. Azucena era un golpe de aire fresco en aquel lugar y temía haber perdido la oportunidad de ser su amiga—. Hace frío.

—Muchas gracias, Isabel —dijo Azucena a quien le desconcertaba la actitud de la joven vestal.

—Tiene su ropa preparada en la habitación y el correo en su despacho.

—Isabel.

—¿Sí, Máxima?

—¿Qué secreto me ocultas?

—No le oculto ningún secreto, Máxima —dijo con la mirada gacha.

—Muy bien. Te creeré —mintió con una falsa sonrisa que pareció calmar a Isabel.

Ambas mujeres ingresaron en el Templo, lo atravesaron, Azucena echó un vistazo rápido, nunca había visto el salón tan apagado. Cruzaron la estancia y entraron por la portezuela que daba a la casa de las vestales, ese lugar tan lleno de misterio para los que no son consagrados a la diosa Vesta.

Recorrieron pasillos y pasaron patios donde las vestales se reunían, hablaban, rezaban o estudiaban. Algunas arreglaban los jardines y otras preparaban ya la comida. Por suerte para ambas, no vieron a Claudia por ninguna parte.

—Muchas gracias, Isabel. Ya sigo yo sola a partir de aquí.

—Iré, entonces, a ayudar en las tareas.

—O puedes descansar, leer o pasear —le aconsejó Azucena—. Tu tarea es asistirme personalmente y, cuando yo no necesite de tus servicios, entonces, debes descansar.

—Pero, Claudia considera el descanso un síntoma de vaguería e irresponsabilidad.

—Claudia acatará lo que yo considere oportuno respecto a mis asuntos personales.

—Sí, Máxima.

Azucena vio como Isabel se marchaba y emprendía dirección a la biblioteca. Sonrió para sí, sabía que la comida, aquel día, sería entretenida.

Se secó y cambió sus ropas por otras limpias, tendió las mojadas en el patio y se encaminó hacia el despacho. Era una habitación sin muchos adornos, ni muebles. Tan solo un gran escritorio rodeado de sillas exactamente iguales, salvo la suya que tenía el respaldo unos centímetros más alto.

Tras su silla, una serie de aparadores eran la base para cuencos, jarrones con flores que se cambiaban casi a diario, el retrato de la vestal Máxima actual y varias velas e inciensos que alguien había encendido antes de su llegada.

Sobre la mesa y frente a su silla, una bandeja de plata con tres documentos. Apartó con cuidado la bandeja y dio más combustible a la llama del quinqué. Cogió el panfleto de la dama del lago. Sus ojos

se abrieron como platos al leer las pesquisas que se habían vertido sobre el gobernador y la reciente leyenda de ese *Sentenciador*.

Hizo bien en adelantar la lectura del panfleto a las cartas, pues en ellas se nombraba al buque de guerra que como una bestia mitológica arremetía contra los dirigibles franceses borrándolos por completo de la existencia.

Abrió entonces la primera:

"*Querida Azucena,*

Aun me encuentro en ese agujero en el que la asimilación de nueva situación nos impide ser lo que un día deseamos. Siendo sincero, siento tanto dolor como orgullo hacia tu persona.

He sabido por mi hermana que eres conocedora de su nueva identidad. Ahora tengo a un hombre bajo mi ala, quién me lo hubiera dicho hace apenas unas horas.

Vuelvo a ser sincero si te digo que temo por ella, que la misión encomendada es francamente difícil de llevar a cabo y más tras los últimos acontecimientos en los que nuestro cometido ha dado un giro de 180º. Tienes ante ti la misiva escrita por uno de los miembros de la tripulación que deberá dar caza al Sentenciador. Tarea realmente imposible si tenemos en cuenta cuantos otros han caído en una empresa similar a la nuestra.

Tampoco mentiría al decir que nuestra tripulación no es de las más entrenadas en combate. Es, en su mayoría, demasiado joven. ¡Hasta el capitán comanda por primera vez!

Oh, mi querida Azucena. Si el destino que me aguarda es no volverte a ver, solo deseo y espero que guardes en tu recuerdo a este pobre soldado que por tu amor desvanece. Reza por mí a la diosa Vesta, que se apiade de nuestras almas cuando ya no estemos en este mundo y nos guíe en el juicio final.

No me queda más que despedirme y mantener la esperanza de hacerte llegar noticias desde allá donde me encuentre.

Siempre tuyo,

Alberto Alcázar, oficial ingeniero".

Se llevó el papel al pecho y cerró los ojos. Aún dudaba de su decisión apresurada. "*¿He hecho bien en consagrarme al Templo? ¿Debí esperar y madurar tal decisión? Posiblemente",* pensó.

Con los ojos llorosos se levantó y se acercó hasta uno de los fuegos, sostuvo la carta sobre la llama y, cuando ésta prendió, la dejó caer en uno de los cuencos de cobre. No podía dejar que nadie descubriera sus sentimientos, ni cuanta información se relatara en su correspondencia. Ésa era la vida que había decidido tener y que la hacía tan desdichada, tan infeliz…

Regresó de nuevo hasta su silla, se sentó y cogió la última carta

que aun no había sido abierta. Era de su amiga Violeta, sonrió al ver en el remitente el nombre de un tal Miguel Giner, un supuesto joven protegido por el Templo en su viaje como portador de una paz que no existía.

"Mi querida amiga,

Siento que nuestro último encuentro fuera tan extraño, que casi tuvieras que despedirte de un joven correo en lugar de tu compañera de habitación.

Debes saber que a mi hermano se le iluminó el rostro cuando le ofrecí la oportunidad de escribirte. Carta, por cierto, espero que recibas junto a esta y que te haga sonreír en esa dura vida que ahora llevas.

Si te digo quien capitanea el buque en el que debo enrolarme, te reirás de mí o me comparecerás. No lo sé. Se trata, atención, de Alfonso Flavio. Sí. Efectivamente. Nuestro querido profesor.

Por un lado, me encantaría que fracasara y que su vergüenza fuera tal que jamás pudiera regresar a Edeta, pero, por otro lado, sus ojos siguen siendo el mismo océano que me atrapó tiempo atrás y por el que suspiro cuando me miran.

Trato, por supuesto, de aparentar altiva e inflexible, pero serán demasiadas jornadas en un mismo dirigible sin salida ni escapatoria posible.

Lo cual me lleva a un asunto que te ruego por los dioses no comentes jamás a nadie. Mi hermano a punto estuvo de batirse en duelo con Alfonso por mi honor. No llegó a suceder, puedes estar tranquila. Me costó una revelación desafortunada, pero no podía dejar que el profesor acabara con él. Las dos sabemos que Alberto pocas oportunidades ha tenido de empuñar un arma en situación similar.

Imagino que mi hermano te hablará sobre cierta misión que debemos acatar por orden del gobernador y del propio general. La caza del Sentenciador será todo un reto, pero contamos con algo que ellos no tienen, la bendición de los dioses que espero sea más fuerte que mi pesar por ser partícipe en esta cacería a unos de los nuestros. A un rebelde.

Espero poder escribirte en el próximo puerto donde hagamos escala y contarte que todo ha ido según lo previsto.

Recibe un fuerte y cordial abrazo.

Tu amiga,

Violeta Alcázar".

Azucena regresó al fuego y repitió las mismas acciones que con la misiva anterior. Ahora ya solo quedaban cenizas y nada más.

Miró al frente. El despacho vacío y en silencio. Una calma que solo se veía interrumpida por las sombras que los fuegos proyectaban y que, a su vez, la relajaban.

Capítulo 8

MARGARITA

—¿Es la primera vez que os encontráis en un dirigible, señorita Cabanilles?

El capitán se había acercado hasta la baranda donde la joven reposaba sus brazos y miraba hacia la inmensidad del cielo y a través de las nubes.

—Es una sensación casi mágica, ¿no es cierto? —comentó el capitán situándose a su lado.

—¿Quién sois en realidad, capitán?

—Directa —sonrió—, tal y como mi hermano me la había detallado.

—¿Han hablado sobre mí? —preguntó indignada Marga.

—Oh, no se alarme, señorita. Hemos hablado de todos y cada uno de los recién llegados. —El capitán la miró directamente a los ojos. Tenía una cicatriz que le atravesaba una ceja y otra que le surcaba la mejilla—. Como comprenderá, no puedo subir a cualquiera a mi buque. Todo esto que ve se vería estúpidamente en peligro si no cometiera el más mínimo error.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. La razón de mi existencia. De nuestra existencia —dijo señalando a todo el dirigible—, es la de mantenernos al margen de la ley y debo asegurarme de que todos los hombres y mujeres bajo mi mando lo respeten. ¿Cree usted, señorita Cabanilles, que será un problema para usted o para su queridísimo esposo?

Marga lo miró y, por un momento, sintió que le atravesaba el alma con la mirada a pesar de las gafas de aviador que ambos portaban. Que podía ver más allá de lo físico y leer pensamientos que los labios no pronunciaban. Él sonrió.

—Mi hermano ha dado su palabra de que son ustedes de fiar, pero no es lo mismo creer ser un rebelde que actuar como tal. —El capitán volvió a mirar hacia la inmensidad—. A veces hemos tenido que realizar acciones que estoy seguro usted castigaría o, como mínimo, reprocharía; pero debe entender, que ya no hay marcha atrás. Hay revueltas por todo el territorio y los imperiales ya han dado uso a su artillería pesada. La guerra es ya una realidad, solo falta saber en qué bando se encuentra cada uno.

Gabriel se acercó hasta el lugar en el que Marga y el capitán se encontraban. No hablaban. Ya no. Solo miraban más allá de las nubes y disfrutaban del viento.

—Buenos días, capitán —saludó Gabriel.

—¡Teniente! Es un honor tenerle en nuestras filas.

El capitán le dio un pequeño golpe en la pechera, sonrió y, sin más, se marchó desapareciendo en el interior de sus aposentos.

—No me da buena espina —susurró Gabriel.

—Quizás sus métodos no sean los más ortodoxos, pero no podemos negar que sí son efectivos.

—Insulta las normas de guerra.

—En la guerra no hay normas, ni pactos de caballeros. Cuando nos sometieron creo que quedó bastante claro.

—Marga, ¿qué sucedió en las celdas?

Ella lo miró. Sus ojos se empañaban, pero no lloró. No quería hablar y se marchó en busca de alguna tarea que le ayudara a olvidar.

—¡Marga! —gritó Gabriel sin recibir respuesta.

Se quedó allí solo y preguntándose por qué su mujer parecía tan distante y diferente.

Se encontraba Marga en el segundo puente comprobando y organizando los cañones junto al contramaestre del capitán.

—¿Son todos fugitivos? —preguntó Marga en un momento de apreciado descanso.

—Algunos, otros decidimos enrolarnos por propia voluntad.

Marga observó a la tripulación, la gran mayoría tenía algún que otro miembro amputado y sustituido por prótesis mecánicas que actuaban y trabajaban como si de una extremidad de carne y hueso se tratara.

Había oído hablar de esta maravillosa ingeniería, pero pocas veces había podido verla en su plenitud. El propio contramaestre tenía una de sus manos mecanizada. Observó el metal que cubría unos tubos de cristal repletos de un líquido azul desconocido.

—¿Le duele? —preguntó Marga señalando la mano.

—Al principio sí, duele mucho, tanto que algunos hombres han llegado a desmayarse durante el proceso de conexión. —El hombre vio la cara de preocupación de la joven—. Ahora ya no, de hecho, si a uno de los dos uno de estos patanes le dejara caer uno de esos bolaños sobre un dedo, le aseguro que le dolería más a usted que a mí.

Marga sonrió ante tan horrible situación. Era cierto que todos trabajaban e, incluso, parecían tener más fuerza con los miembros mecánicos que los propios naturales. Se imaginó un hombre completamente mecanizado y pensó en lo peligroso que podría llegar a ser. Se tranquilizó al pensar que para aquello aun quedaba mucho tiempo y ninguna garantía.

—¡Calamar!

De las bocas de cobre con forma de flor que se situaban en los extremos del puente se escuchó la voz del vigía.

—¿Calamar? —preguntó extrañada Marga.

—Es una clave. Han divisado un barco francés. —Le explicó el contramaestre—. Será mejor que se prepare.

Marga asintió.

—Atención, caballeros. Ésta es la oficial Cabanilles y será mi segunda en el mando del puente. ¿Entendido?

—Sí, contramaestre.

Respondieron los hombres sin animadversión, ni remilgos, ni dudas. Aquello le gustó a Marga, una tripulación que sabía cuál era su lugar y que respondía por una causa común. La libertad.

—Teniente, usted se hará cargo del último puente. Cuando escuche que nosotros hemos abierto fuego, espere un par de minutos, y haga lo propio con los cañones bajo su mando —ordenó el contramaestre—. ¿Lo ha entendido?

—Sí, contramaestre. Dos minutos y fuego.

Marga bajó a toda prisa hasta el puente que se le había asignado, se cruzó con su esposo que subía hacia el alcázar para ocupar su puesto junto al teniente Caballero. Ambos se miraron. Algo había cambiado, pero Marga lo besó y le sonrió. Entendía que él debía estar concentrado en exclusiva en el ataque y no en ella.

Él le devolvió el beso con pasión. Sonrió y subió sin mirar atrás.

—¡Señores! —gritó Marga para llamar la atención de los artilleros —. Carguen los cañones y esperen mi señal.

—Bajen las válvulas a seis atmósferas y comprueben que la presión disminuye.

Se escuchó al capitán a través de los altavoces de cobre.

Marga se asomó por una de las pequeñas escotillas y pudo ver a duras penas el buque de guerra que aguardaba sobre el mar ajeno a cuanto se le venía encima. Solo cuando la sombra del dirigible se cernió sobre ellos dieron muestra de un contrataque con los pocos cañones que se encontraban en cubierta.

El barco imperial encaró los cañones en un burdo intento de disuasión. De pronto, el estruendoso sonido de varios cañones al disparar les sobrecogió y zarandeó. Era la hora. Marga miró su reloj de bolsillo y esperó el tiempo que el contramaestre le había ordenado.

Un minuto.

—¡Artilleros! —gritó para que estos se preparan.

Dos minutos.

—¡Fuego!

Los cañones dispararon uno tras otro y los proyectiles caían como bombas sobre el buque imperial que nada pudo hacer.

Marga subió hasta el segundo puente en busca del contramaestre que parecía relajarse tras las dos sacudidas. Regresó a su puesto y ordenó retirar los cañones y cerrar las escotillas.

—Bien hecho, muchachos —estimuló a los hombres tras el buen trabajo realizado. Había sido simple, pero efectivo y estaba orgullosa de haber sido partícipe en este primer ataque.

—Teniente. —Una mujer se levantaba frente a ella con el rostro y las ropas repletas de hollín y con las gafas de aviador retiradas dejándole dos surcos limpios alrededor de los ojos.

—Dígame.

—Las chicas y yo queríamos invitarla esta noche a nuestro cuarto. —Marga miró a su alrededor y vio que, de entre los hombres, cuatro mujeres se alzaban sin que antes las hubiera visto—. Sería un honor para nosotras contar con su presencia.

—Está bien. —sonrió—. Acepto.

Las mujeres gritaron y vitorearon tras la respuesta de Marga que subió al puente de mando alegre y divertida.

—Enhorabuena, teniente Cabanilles. —La felicitó el contramaestre —. Aquí tiene a su oficial al mando del puente último de cañones — dijo al capitán a modo de presentación.

—No ha sido nada. Tan solo di la orden y los hombres y mujeres del puente hicieron su trabajo —contestó Marga con modestia.

—Querida niña, no es solo dar la orden, sino que quienes deban

obedecerla lo hagan.

—Gracias, contramaestre. Es un honor viniendo de usted. —Marga miró a su alrededor, no veía a su marido—. ¿Dónde está Gabriel?

—No se preocupe, teniente —intervino el capitán—. Él y mi hermano han bajado con mis saqueadores al buque imperial. Ya sabe. No hay testigos.

Marga corrió a mirar por la barandilla, buscó entre los hombres que se movían, gritaban o disparaban, a su marido, pero no lo vio por ninguna parte. Comenzaba a hiperventilar preocupada cuando vio que subía de las bodegas con un par de sacos cargados y los depositaba en la pasarela mecánica.

—Un capitán sabe qué misión otorgarles a sus oficiales.

Marga miró al capitán. Éste le sonrió y regresó junto al contramaestre y el resto de los oficiales que se reunían a su alrededor.

Suspiró relajada y se unió al grupo mientras esperaba a que su marido y el resto de su equipo subiera de nuevo a bordo del *Sentenciador*.

Aquella noche, el capitán, había invitado a todos sus oficiales a cenar con él en su espacioso camarote. Había sido un día para recordar, dos jornadas seguidas en las que la suerte los acompañaba. Primero el asalto a la cárcel imperial de Madrid donde había conseguido poner fin a la revuelta en favor de los reclusos. Y, segundo, el ataque al buque enemigo que le había reportado un buen botín.

—El cocinero se ha esmerado en esta ocasión —comentó el contramaestre.

—Sí, parece que quiera maravillar a nuestros nuevos miembros y olvidar que, a quien debe seducir es a su capitán —dijo Enrique—. Recuérdeme, teniente Del Prado, qué botín es el que hemos conseguido rescatar de ese calamar despistado.

—No llevaban grandes riquezas más allá de las barricas de vino y los salazones que bien vendrán para satisfacer el hambre de todos los hombres a bordo.

—¿No había armas?

—Todo el polvorín del barco estaba cubierto de agua, aunque hubiéramos tenido la estúpida idea de entrar en él, no habríamos podido recuperar absolutamente nada.

—Cualquiera de mis hombres se hubiera sumergido en el agua salada y comprobado, uno por uno, mosquetes, fusiles y cañones.

—Sus hombres estaban demasiado ocupados matando a soldados

inocentes —contestó Gabriel retando al capitán con la mirada.

Por unos instantes el silencio fue tan palpable que casi podía cortarse con el filo de una espada. Ningún oficial osó tocar cubierto, copa o víveres hasta que el capitán rompió a reír en una más que sonora carcajada. El resto siguieron su ejemplo y rieron también, salvo Gabriel y Marga que los observaban sin comprender.

—Tiene agallas, teniente —dijo, al fin, el capitán—. Necesito oficiales así, que no les tiemble la voz ni la mano cuando la razón les ampara. —Cogió su copa repleta de vino y la alzó. Esperó que el resto hiciera lo mismo— ¡Por el teniente Del Prado!

La mesa entera brindó por él y después juntos bebieron y siguieron con la cena como si nada hubiera pasado. Marga observaba a su marido a quien tenía sentado en frente. No estaba enfadado, de eso estaba segura, pero tampoco contento de cómo se sucedían las cosas en aquel barco de piratas.

—¿Hacia dónde iremos, capitán? —preguntó otro de los oficiales.

—Deberemos hacer escala en Valencia o Sagunto, depende de los partes que nos lleguen. Allí repostaremos y descansaremos un par de días. —Miró a los recién casados—. Quizá los tenientes Del Prado y Cabanilles deseen realizar alguna visita a sus familiares y amigos.

—Sería todo un detalle por su parte, capitán —contestó Marga.

—Aunque, debo advertirles, que cualquier dato que declaren referente a este buque será castigado con la muerte.

—Lo sabemos, capitán.

Gabriel miró a su esposa y después al capitán que parecía inmerso en sus propias locuras. Marga le devolvió la mirada al tiempo que éste hacia un casi imperceptible gesto con la cabeza desaprobando aquella conversación.

Se dirigían ya a sus respectivos camarotes cuando Marga tomó un camino bien distinto.

—¿Dónde vas? —preguntó Gabriel.

—Las mujeres de la tripulación me han invitado a tomar una última copa con ellas.

—Está bien —dijo con cierta resignación Gabriel—. Esperaba que durmiéramos juntos esta noche.

—Y lo haremos, solo es una copa.

—Pues coge uno de esos buenos vinos que hoy hemos conseguido en el ataque, seguro que te lo agradecerán.

—Buena idea —sonrió.

Se acercó hasta él y le dio un suave beso en los labios.

—No te preocupes. Esto no es tan malo como parece.

—Espero que tengas razón.

Gabriel abrió el camarote que el capitán había tenido a bien de ofrecerles como habitación marital a él y a Marga.

Ella cargó con un par de jarras repletas del vino sobrante en la cena y que le había pedido a uno de los hombres destinados en las cocinas.

Bajó con cuidado de que no se le derramara ni una sola gota de líquido hasta la cubierta interior donde se encontraban las mujeres.

—¿Ha venido? —dijo una de ellas.

—Por supuesto —respondió Marga—. Jamás rompo una promesa.

—¡Y trae vino! —gritó otra reclamando la atención del resto. Le cogió ambas jarras y pasó una de ellas a otra que estaba su lado.

—Siento informarle que aquí los vasos escasean —informó la que parecía más joven.

—Pues beberemos de la jarra —contestó Marga.

El resto de las mujeres aplaudieron la idea. Marga observó la cubierta repleta de hamacas que colgaban de los baos entre las piezas de artillería. Habían separado a los hombres con una vieja vela de algún barco caído, dejando a esto al otro lado de la tela.

—No sirve de mucho —dijo la mujer que la había invitado aquella misma tarde—, pero tras varios años a bordo de este buque, necesitábamos cierta intimidad.

—Sí, antes dormíamos sin ningún tipo de organización salvo por el rango, ya sabe —intervino la más joven.

—¿Nunca ven a sus familiares? —preguntó Marga.

—La mayoría de nosotros no tenemos a nadie —respondió la muchacha—. Murieron o fueron ejecutados por los imperiales. Ya sabe, rebeldes.

—Comprendo.

—Yo sí tengo familia —comentó la mujer de la invitación—. Dos hijos que contarán con quince y diecisiete años. El capitán me da la oportunidad de verlos una vez al año. Una noche y nada más. —La mujer perdió el brillo con el que le había sorprendido hasta aquel momento.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marga.

—¿Quién? ¿Mis hijos?

—No, usted.

—Me llamo Amalia, pero todos me llaman Mali.

—Un placer, Mali.

—Igualmente, mi teniente.

—Oh, no. Esta noche soy Marga y nada más.

Mali asintió. Estuvieron cerca de una hora hablando y riendo. Contando anécdotas de unas y de otras. Recordando tiempos mejores

aquellas que un día los tuvieron. Y Marga decidió, aquella noche, que haría cuanto estuviera en su mano para que todos esos pobres hombres y mujeres que componían la tripulación del *Sentenciador*, recuperaran sus vidas.

—Creo que es hora de que regrese junto a mi marido.

—¿Habrá fiesta esta noche en el camarote, mi teniente? —preguntó la más joven visiblemente ebria.

—Creo que mi señor esposo estará ya más que dormido —sonrió—. Siento decepcionarlas, señoras.

Todas fingieron una terrible desolación ante la noticia y terminaron con risas propias de las que han bebido más de la cuenta.

—¡A dormir, gallinas! —Se oyó desde el otro lado de la vela.

—Eso, señoras. ¡A dormir! —ordenó Marga cucándoles un ojo.

—A la orden, mi teniente —contestaron éstas.

—¡Que os durmáis ya! —gritó otro de los hombres.

Marga subió a la cubierta principal. La noche estaba estrellada y hacía demasiado frío. Cruzó la superficie de madera y llegó hasta el alcázar donde se encontraban los camarotes de los oficiales. Entró con sigilo donde su marido dormía cual niño en su cuna, se quitó las botas y la casaca, dejó a un lado las gafas de navegación y el pañuelo, el chaleco y las armas y, por último, los pantalones. Solo quedó la camisa.

Se tumbó junto a Gabriel y lo rodeó con su brazo.

Capítulo 9

VIOLETA

—Miguel, sé que, como correo del gobernador, es posible que no tenga interés para usted acompañarnos a Capitanía. —Alfonso se encontraba de pie frente a ella en el comedor donde acababan de ofrecer leche caliente y un bollo por cabeza. Violeta se levantó en cuanto éste comenzó a hablarle—. No obstante, siendo, precisamente, ese su cargo, creo que sería necesaria su presencia y sus documentos para que nuestro capitán general tenga prueba escrita de su misión como correo.

—Como ordene, capitán —respondió—. Si así lo considera, les acompañaré con gusto.

—Muy bien. Termine el desayuno, recoja sus permisos y documentos y reúnase conmigo en diez minutos.

—A la orden, capitán.

Alfonso se marchó y Violeta volvió a sentarse junto a su hermano, Francisco y el joven Tuercas al que había cogido especial cariño en apenas un par de días.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó el muchacho.

—No —respondió Violeta—. Ayer fue el primer día que lo vi, a pesar de que debiera haberlo visto en cuanto llegué al campamento.

—Pues debo decirle, señor, que el capitán se muestra muy raro en su presencia.

Alberto casi se atraganta con el bollo al escuchar al joven alférez y Violeta sonrió.

—En realidad no es mal hombre, ya se lo comenté a sus amigos cuando llegaron tan solo unos días antes que usted —seguía hablando sin importarle las reacciones de sus palabras—. Me gustaría ir con ustedes a Capitanía, pero a mí jamás me lleva a ninguna parte. ¿Usted ha ido ya a Capitanía alguna vez? Seguro que sí. —Se respondió el solo sin dejar que Violeta contestara—. A fin de cuentas, es un correo oficial del reino de Valencia. Debe ser interesante su trabajo. Viajará mucho, ¿verdad?

—Señor Muñoz. —Le cortó Violeta— ¿Querría acompañarme?

—¿Yo? —Los ojos se le iluminaron como si de su cumpleaños se tratara y le hubieran entregado el mejor de los regalos.

—Sí, usted. —Violeta miró a su hermano que asentía ante aquella improvisada invitación—. Necesitaré quien me eche una mano en caso de que deba recoger o entregar más de un mensaje si así lo desean en Capitanía.

—¡Me encantaría! Aunque debo de advertirle que quizás el capitán

no esté muy de acuerdo con esta iniciativa. Es buen hombre, pero muy suyo. Algunos dicen que es porque lleva tan solo un par de meses en el cargo y tan solo uno al mando del buque.

—Es posible —dijo Violeta. Dio un último sorbo a la leche, recogió la gabata y se levantó—. Señor Muñoz, dese prisa. Yo voy a por los documentos.

—Sí, señor.

El muchacho estaba tan ilusionado que ya no quiso mediar palabra alguna. Quería terminar el desayuno y correr junto a Miguel antes de que este se presentara al capitán sin él.

El trayecto en calesa fue bastante incómodo. Ninguno de los cuatro pasajeros habló, ni siquiera el joven Tuercas que parecía haberse quedado mudo de repente.

Por suerte, el trayecto no era demasiado largo y tras unos pocos minutos se encontraban ya a las puertas del Convento de Santo Domingo donde se ubicaba, desde hacía apenas unos años, la actual Capitanía.

Ingresaron por uno de los laterales sin bajar de la calesa donde uno de los soldados de la guardia les dio el alto y les pidió las credenciales. Tras dar aviso y recibir respuesta, levantó la barrera y la calesa ingresó al interior de un pequeño claustro. Fue entonces cuando los cuatro pasajeros bajaron y esperaron a ser convenientemente dirigidos.

—Capitán Flavio, acompáñeme. —Otro capitán aparecía por uno de los arcos que daba a una escalera abierta.

Los cuatro siguieron al comandante en silencio. Violeta observaba la planta cuadrada cuyo color rojo predominaba en columnas y arcos. Llegaron a la planta de arriba y el comandante les guio por un entramado de pasillos, rellanos y más pasillos hasta llegar a una doble puerta custodiada por sendas armaduras medievales que, a su vez, sostenían sendos banderines de los dioses sabían qué época y compañía.

—Cuando abra la puerta esperarán a ser presentados, entrarán en silencio y, solo cuando el general les preste atención, formularán su presentación del modo correcto y autorizado —informó el comandante y, sin esperar respuesta, entró en el despacho que había al otro lado.

Los cuatro hombres esperaron en silencio. Como si temieran que una palabra suya bastara para romper la tregua que se habían impuesto. Uno por temor a ser descubierto. Otro por temor a ser herido. Otro por temor a sentirse un intruso. Y, el último, por temor a

ser reprendido.

De pronto, una de las dos puertas se abrió. El capitán Flavio se posicionó bajo el marco de la puerta y esperó a que el comandante lo anunciara. Tras él se situó el teniente sin nombre que había conocido la madrugada anterior en el duelo.

—El capitán don Alfonso Flavio.

Se escuchó desde el interior. Alfonso ingresó con paso firme y esperó en silencio y posición de firmes.

—El correo oficial don Miguel Giner.

El teniente miró a Violeta sorprendido y ésta respondió con la misma mirada. El oficial le hizo una seña para que ocupara rápidamente su lugar e ingresara en el despacho sin demora.

Violeta lo miró sin saber muy bien cómo actuar.

—El correo oficial don Miguel Giner.

Repitió el comandante desde el interior.

Violeta imitó entonces el paso y posición de Alfonso y quedó de pie a su lado, mirando al frente y en silencio. Frente a ella un hombre de mediana edad escribía algo sobre un papel, derretía cera en un hornillo, lo derramaba sobre dicho documento y lo prensaba con un bronce grabado. Una vez realizado esto se dignó a mirar a los tres hombres que esperaban impasibles y en silencio frente a él.

—A la orden de vuecencia, mi general —recitó Alfonso de corrido —. Se presenta el capitán Flavio destinado en la plaza de Valencia. — Al ver que Violeta no reaccionaba, Alfonso prosiguió—. Conmigo se presenta el correo oficial don Miguel Giner.

—Excelentísimo señor, general —inventó Violeta sin saber muy bien qué debía decir.

Por suerte no vio las muecas de sus acompañantes ni escuchó las musitadas risas en el exterior. Estaba especialmente concentrada en el hombre que se sentaba frente a ella con pose y actitud de un rey.

—Acérquense —dijo al fin el general. Los dos se aproximaron hasta la ornamentada mesa de roble y retomaron su posición inicial. El general los observó, más detenidamente a Violeta, y ella también lo observaba a él, sobre todo, a su pechera, la cual portaba más medallas y emblemas que el propio emperador—. Siéntense. —Dos soldados salidos de la nada se acercaron hasta franquear la mesa del general—. Imagino, capitán, que sabrá las razones por las que le he hecho llamar.

—Sí, mi general.

—El *Sentenciador* no es más que un buque caprichoso que cree tener el control sobre los cielos, pero es solo una falsa impresión. — Abrió un cajón del escritorio y sacó tres puros habanos. Le entregó uno a Alfonso y otro a Violeta. Cortó el extremo y del mismo cajón extrajo una curiosa cajita en cuyo interior se resguardaban unos pequeños palitos de madera con uno de sus extremos impregnados en

una extraña materia. Al ver el rostro de ambos, el general sonrió—. Veo que no conocen los lucíferos.

—No, mi general —respondió Violeta que parecía haberse activado tras el curioso objeto.

—Es un maravilloso invento venido de las islas británicas. Verán. —De la cajita extrajo también una pequeña ampolla, cogió unas tenacillas y rompió el cabezal con sumo cuidado—. Este pequeño recipiente contiene una estudiada cantidad de ácido sulfúrico. En cuanto entre en contacto con esta mezcla de aquí —dijo señalando el extremo del palito impregnado en la extraña materia—, la combustión dará lugar a una llama. Observen.

El general cogió el cenicero que había sobre la mesa y lo acercó. Sobre él sujetó el palito de madera por el extremo limpio y, con la otra mano, vertió un poco de ese ácido sulfúrico. De pronto, una pequeña columna de humo se elevó seguida de una llama surgida como por arte de magia.

—Hay que procurar no inhalar el gas que se produce, sobre todo si es persona de pulmones delicados —comentó el general antes de sujetar con los dientes el habano y acercar el palito encendido al puro. Inhaló un par de veces y expulsó el humo creando formas circulares que se elevaban hasta desaparecer.

—A Alberto esto le encantaría —susurró Violeta sin darse cuenta.

—¿A quién? —preguntó el general.

—A mi hermano, señor. Él es un erudito de la mecánica y gran aficionado a la química.

—¿Quiere probar?

—Se lo agradezco, mi general, pero me temo que podría provocar un grave incendio si lo intentara —sonrió—. Todo el ingenio se lo llevó el primogénito de la familia.

—Bien, pues todo para usted, capitán. —El general le hizo entrega de la botellita y la cajita con los palitos a Alfonso que los recibió con cautela—. En fin, no les he llamado para hablar de lucíferos, sino para ponerles en antecedentes sobre el *Sentenciador*, no sé si se habrán enterado del último ataque. Fue justo ayer, cerca ya de nuestra costa.

—¿En el Mediterráneo? —preguntó angustiada Violeta.

—Así es. Por el rumbo que parece haber tomado, creemos en la posibilidad de una escala en nuestro puerto.

—¿No sería muy arriesgado por su parte? Sabrán que les esperamos.

—Es posible que tomen otra identidad, que amarren como si de un mercante se tratara o, incluso, de un buque afrancesado. Por ello tenemos que estar en especial alerta y su navío, capitán, —dijo llamando la atención de Alfonso que seguía jugando con los dichosos palitos—, será el que patrulle nuestros cielos.

—Así se hará, general —respondió Alfonso dejando la cajita y la botellita sobre la mesa y dando por sentado su inutilidad para con esos trastos.

—No se deje engañar por dirigible o barco que intente arribar hasta nuestras costas por aire o mar. Cualquier buque sin insignia o permiso podría ser el *Sentenciador*.

—Entendido, mi general.

—Bien, pues espero que sea usted ese héroe que nos libere de tal monstruo, capitán. —El general inhaló el humo de su habano una vez más, lo expulsó con las ya características formas redondeadas y se levantó.

Alfonso y Violeta lo imitaron.

—¿Ordena alguna otra cosa más, mi general? —preguntó el capitán adoptando la misma posición que al entrar.

—Puede usted marcharse, capitán. No así su correo.

Violeta, sorprendida de nuevo ante el general, esperó paciente a que Alfonso se marchara de la estancia y el general le ofreciera sentarse de nuevo.

—Tengo entendido que su paso por el campamento no es aleatorio, ¿cierto?

—No, mi general. Debo hacer entrega de una misiva a la duquesa de Montpensier de parte del Gobernador del reino de Valencia.

—¿Pasará usted por Toulouse?

—Si así lo desea, sí. Pasaré —contestó Violeta, aunque no era una probabilidad en su itinerario, consideró conveniente no entrar en mayores detalles.

—Haría usted un grato servicio a nuestro ejército. —El general cogió el papel que había lacrado en el momento en el que tanto ella como Alfonso habían entrado en el despacho. Lo dobló y lo metió en un sobre de cuero que cerró con una cuerda del mismo material—. Deberá ser entregado a doña Marta Hernández que sita en esta dirección. —Le entregó un papel escrito a mano con unas señas que Violeta creyó a bien guardarla en uno de los bolsillos del dolmán.

—Mi general, si no tuviera vuecencia contradicción a mi petición, quisiera que sellara unos documentos que me ayudarían a atravesar el Pirineo sin problemas.

—¿No tiene usted ya sellados esos pasaportes?

—Sí, mi general; pero de todos es sabido que, en ciertos círculos, pesa más el sello de vuecencia que de nuestro excelentísimo gobernador.

—Cierto. —Asintió el general— ¿Y bien?

—Debo solicitar la carpeta al alférez Muñoz que espera fuera a la espera de ser reclamado.

—Comandante, haga pasar al alférez Muñoz.

—David Muñoz, señor —puntualizó Violeta al comandante.

El comandante abrió la puerta y regresó raudo a su posición.

—El alférez don David Muñoz.

El joven alférez entró en el despacho con la carpeta sujeta entre sus manos. Desde su posición a Violeta le parecía aun más niño de lo que era.

Tras unos minutos, Violeta salía del despacho con los documentos sellados, un nuevo mensaje que entregar en Toulouse y un juego de aquellos palitos incendiarios que tanto habían llamado su atención. Un regalo para su querido hermano.

"*Querida amiga,*

Aprovecho que me encuentro totalmente sola en la tienda para escribirte. Mañana embarcaremos ya en el navío a las órdenes del capitán Flavio y tengo la terrible sensación de que no será una travesía libre de obstáculos. Solo espero que tus rezos a la diosa Vestal de sus frutos y nos proteja, que me de fuerzas para formar parte de una cacería que no me redime en absoluto.

Diles a mis padres que Alfonso y yo estamos bien. Que estamos juntos y que cuidaremos el uno del otro. Y que pronto regresaremos a casa junto a ellos.

Me tengo que despedir, querida amiga mía, ya se oyen voces que se acercan y no quisiera que nadie leyera estas palabras que yo te escribo.

Recibe un fuerte y cordial abrazo.

Tu amiga,

Violeta Alcázar".

Capítulo 10

AZUCENA

No tenemos, seguramente, motivos para quejarnos de la fecundidad de la última semana. La que fuera nuestra corona villa ha estado grandemente animada. Sucede esto cuando tienen lugar una de estas tres cosas: las verbenas, los carnavales o las crisis ministeriales. Sin embargo, otros dos acontecimientos han hecho que medio reino tambalease: la gran fuga de la Cárcel Imperial y la aparición del *Sentenciador*.

Nosotros, los edetanos, tampoco deberíamos tener motivos para lamentarnos gracias a sucesos y hechos que hacen de esta nuestra ciudad un lugar de atracción. Primero tuvimos la oportuna aparición de la que hoy es Vestal Máxima, nada más y nada menos. Después llegó el juicio divino para nuestra querida Coelia Concordia acusada de ser la mano que arrebataba las vidas a los hombres por cada vestalia. Luego vino el sorprendente arresto de la joven hija del Gobernador y posterior fuga de presos en la cárcel que, precisamente, se encontraba la joven junto a su reciente esposo. Y, ahora, nos llegan rumores…

¿Cuánto tiempo hace que no vemos por las calles de Edeta a la heredera de la seda? ¿Seguirá tan enferma como nos quiere hacer creer su madre? Y, ¿qué mal es ese que le aflige? Quizás alguno que guarde relación con su virtud, pero no seré yo quien afirme tal deshonrosa aseveración.

No obstante, quisiera poner vuestras miras de nuevo en el lago vestal. Dicen que un ser aparece en las madrugadas, cuando el bosque y el lago se encuentran en su mayor calma. Su voz es tan dulce que embriaga a cuantos la escuchan y quienes han visto sus ojos han quedado prendidos de ellos.

¿Nos encontramos ante la verdadera causa de aquellas muertes que asolaron Edeta, vestalia tras vestalia? O, quizás, sea una de esas criaturas mitológicas que seducen marineros para llevárselos consigo hasta las más profundas aguas.

Ha oídos de quien suscribe han llegado noticias de la casa de las vestales donde, al parecer, no hay consenso en aquello de respetar a la Máxima. ¿Será posible que la vestal reinante sea la que causa la caída de tan gloriosa institución divina? Temo decir, queridos lectores, que deberíamos ir poniéndonos en el peor de los casos. Incluso no ha sido invitada a los últimos eventos sociales, perdiendo así su influencia en nuestra sociedad.

Atentamente,
La dama del lago.

—No debería leer estos panfletos, Máxima. No le harán ningún bien —dijo Isabel sentándose al lado de Azucena.

—Quizás no, pero es la única ventana que tengo al exterior.

—No debería pensar en que es la única ventana, sino en que si es ese el paisaje que quiere ver por ella.

—Quizás tenga razón y no debería ser yo quien ocupara el cargo de Máxima en esta casa.

—Hasta donde yo sé, solo una vestal negra puede ser nombrada Máxima y, que yo sepa, en esta casa solo hay una.

—Y, ¿por qué nadie me ve como tal? ¿Por qué la palabra de Claudia pesa más que la mía? ¿Por qué las vestales no han vuelto a recibir invitación alguna?

—Debes comprender que los cambios siempre cuesta aceptarlos.

—No creo que eso pasara con Coelia —dijo apoyando su barbilla sobre los brazos cruzados y descansados sobre la mesa—. A ella la respetaban.

—A ella la temían —puntualizó Isabel—. ¿Cuánto tiempo hace que no usa su don, Máxima?

—No sé si lo he usado alguna vez.

—Sí que lo ha usado. —Isabel acarició el brazo de Azucena—. Quizás debería hacerlo de nuevo.

—No sabría…

—Todo cuanto sucede alrededor nuestro nos afecta de algún modo, más aun si aquello que nos rodea se multiplica con lo que no vemos.

Isabel se levantó y apagó la mitad de las velas y lámparas que había en la sala dejando ésta casi en la penumbra. Se acercó de nuevo a Azucena y le tendió la mano para que ésta la aceptara y se levantara también.

—Alguien está tratando de contactar con usted, Máxima. Claudia lo sabe y, por alguna razón, teme aquello que le pueda decir.

—¿Cómo lo sabes?

—Recuerdo la fuerza con la que el viento entró en el templo cuando unos padres heridos entraban en busca de respuestas por su hija fallecida en este mismo lago. Recuerdo el rostro de Claudia al

verlos ingresar y arrodillarse ante ti. Recuerdo tu caída y recuerdo que soñaste con ella.

—Yo no dije que había soñado con esa chica.

—Pero soñaste que te ahogabas en el lago.

"*Y que desde el fondo creí ver tus ojos*", pensó Azucena.

—Túmbate sobre la mesa y deja que tu mente sea un portal donde las almas heridas o perdidas puedan burlar sus destinos y encontrarte.

Azucena hizo cuanto Isabel le dijo. Quizás no sucediera nada, pero al menos relajaría cuerpo y mente. De pronto sintió como sus pies primero y sus piernas después, comenzaban a empaparse. Se levantó para ver qué sucedía y vio a Isabel que vaciaba jarrones y jarrones de agua sobre la mesa.

—Relájese, Máxima, recuerde cuál es mi don y qué elemento es el que lo alimenta. Todas nosotras estamos conectadas con el agua de este lago —dijo mientras seguía volcando el contenido de los jarrones a su alrededor—. El agua es un gran transmisor y le ayudará a relajar su mente. Le ayudará a cruzar hasta donde quiera que ella la llame. Solo escuche…

Azucena sintió que su alma se desprendía de su cuerpo y que éste aguardaba inerte sobre la mesa. En la sala ya no había nadie, solo unos ojos que la observaban tan asustados como seguro estaría ella.

Me acerqué hasta la vestal e intenté hablarle, mostrarle quién era, pero la oscuridad nos rodeó sin previo aviso. Azucena desapareció y yo me vi arrastrada por una fuerza que consiguió que regresara al plano del que no debía salir.

Sentí que mis manos escribían con extrema velocidad, que los recuerdos se agolpaban en mi memoria y escuché la voz de alguien que me susurraba.

De pronto, la oscuridad regresó.

Azucena despertó sola en aquella habitación, empapada y envuelta por una lobreguez inusual.

—¿Isabel? —susurró. No recibió respuesta—. Isabel —dijo escudriñando entre las sombras, pero allí no había nadie.

Se incorporó despacio y bajó de la mesa con cuidado de no caerse ni tropezar con alguna de las sillas. Tanteó la oscuridad con sus manos y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, la claridad del día la cegó y, al recuperar la vista, descubrió a un par de vestales que la saludaron y prosiguieron su camino.

Al pasar por el pequeño patio donde las Máximas se encontraban inmortalizadas en lienzos y grabados, quiso sentarse en el borde de su fuente y reposar en el interior de sus aguas, los pies. Fue entonces que reparó en sus manos. Estaban llenas de tinta, pero no recordaba haber usado color alguno, ni escrito con pluma.

—Amber, querida, ha llegado una carta para ti. —La señora Salazar entraba en el salón donde su hija charlaba animadamente con las gemelas Fontaine—. No tendrás algún pretendiente del que no nos hayas hablado, ¿verdad?

—Por supuesto que no, madre —dijo aceptando la carta que ésta le entregaba—. ¿No pone remitente?

—No. No pone absolutamente nada más que tu nombre. Ni seña, ni signa, ni nada.

Amber abrió la carta y extrajo el papel que contenía. Papel que se encontraba en un estado pésimo. Había estado mojado, de eso no cabía duda, y la tinta se había corrido en algunos puntos, aun así, cuanto contenía podía leerse al completo.

"*Brotan en los campos como el más bello adorno de la naturaleza; reciben la vida del rocío que las refresca, y del sol que las vigoriza. Viven tranquilas escondidas en sus pabellones de hojas o acariciadas por las corrientes de los arroyos.*

Las flores son el más preciado adorno de las hermosas jovencitas, más aun si nombre portan. De flores se coronaban las reinas y con ellas se cubren hoy los altares.

Nada hay que respire tanta pureza como una violeta plegada en su cáliz, tímida y perfumada con un aroma que la virtud atrae. Nada hay más hermoso que una azucena de extendidas hojas, teñida de coral y embriagando con su perfume, delicioso y divino. Nada hay más brillante que una margarita, cuando sobre sus hojas de encaje titilan las gotas del rocío. Las liliane perfuman el ambiente desde lo alto de sus arbustos, a los que vuelan lo suficientemente alto como para apreciar su aroma cautivador.

Mas si las flores son hermanas de las jóvenes hermosas de esta cándida tierra, también las hay que con su néctar las devotas alquimistas consiguieron extraer el veneno que entorpece y arrebata la vida.

La primavera hace brotar las flores en todos los campos, en todas las montañas. En la cumbre de las altas montañas del Pirineo, en las tierras que el Mediterráneo baña y en los lindes de los lagos edetanos. ¿Qué hermosa flor fue la que creyó desarrollarse en su máximo esplendor para terminar cubierta de malas hierbas que la ensombrecen y le impiden brillar?

El huracán es el más constante compañero de la olvidada planta, la envuelve a veces en torbellinos de nieve y con la bruma no le deja ver.

Querida flor olvidada, no te dejes mecer por vientos del norte ni te olvides del agua que te nutrió y vio crecer".

—¿Qué dice la carta? —preguntó Eléonore.

—Eso, nos tienes aquí en silencio observando cómo te has ido poniendo pálida por momentos —dijo la gemela.

—Es tan solo un relato sobre la primavera —contestó Amber. Dobló de nuevo la carta y la dejó a un lado como si su contenido no importara.

—¿Un relato sobre la primavera? Parece algo más que un cuento —dijo divertida Eléonore—. Quizás sea un tosco intento de algún pretendiente por ensalzar a su flor.

Las dos gemelas se rieron y Amber participó riendo también.

—No lo creo, pero quien sabe —mintió Amber aparentando estar interesada ante sus amigas, cuando la realidad era totalmente distinta.

—¿Cómo se encuentra, Máxima?

Isabel aparecía por uno de los arcos que daban al pequeño patio donde Azucena hacía rato que descansaba.

—Intento comprender qué ha pasado —respondió Azucena—. Por cierto, ¿dónde estabas?

—En momentos en los que una vestal negra pone en marcha su poder, es mejor desaparecer y alejarse de su alcance —respondió Isabel que descalzaba sus pies para sentarse cerca de la vestal Máxima —. Sobre todo, si no sabe controlar su don.

—¿Es cierto que puedo matar a una persona solo con desearlo? ¿Qué puedo capturar su alma y manejarla a mi merced?

—Posiblemente. Es esa una de las leyendas que persiguen a las vestales negras desde tiempos inmemoriales —sonrió—. También dicen que las sanadoras somos hijas de una ninfa cuya leyenda radica en la creación del lago.

—¿Y no es eso cierto?

—Puede ser —rieron—, desde luego yo me siento feliz cuando sus aguas cubren mi cuerpo.

Las dos jóvenes vestales quedaron en silencio hasta que Isabel comenzó a entonar una dulce melodía que parecía atraer a cuantos animales por allí había.

Azucena quedó maravillada al comprobar que los pájaros y ardillas se habían reunido para escuchar a Isabel cantar. Y se sorprendió, aun más, cuando algunas de las vestales asomaron desde los arcos como influenciadas por algún encantamiento.

Capítulo 11

MARGARITA

—Bienvenida al puente de mando, teniente Cabanilles.

El capitán del *Sentenciador* se encontraba de pie frente a una gran mesa repleta de mapas e informes. El resto de los oficiales estaban en similar posición bordeando la mesa de roble.

—Capitán, una de las tripulantes me ha dado cierta información que quizás sea de vuestro interés.

—¿Y qué información es esa, teniente?

—Dice que uno de los hombres que subieron a bordo cuando la fuga es buen conocedor del puerto de Valencia —comenzó a relatar Marga—. Dice que hay cierto muelle cuyo jefe es fácil de, digamos, convencer.

—¿Cómo tiene ese hombre tal información?

—No lo sé, capitán.

—Quizás debiera cotejar la información antes de ingresar en este puente.

—O quizás podría haberme ahorrado la información y ver como disfraza este buque de guerra en un mercante.

Tanto al teniente Caballero como al teniente Del Prado se les

escapó la risa y el capitán sintió como se sonrojaban sus orejas por la ira. Miró a la joven oficial para comprobar que ésta le mantenía la mirada.

—Hermano, si no tienes inconveniente, acompañaré a la teniente Cabanilles.

—Sí, será mejor que un hombre de mi entera confianza le haga comprender a la teniente el lugar que ocupa en este buque.

El teniente Caballero miró a Gabriel antes de marchar junto a Marga, quería transmitirle tranquilidad. Sabía que su hermano era difícil de tratar, pero también sabía que el capitán había sufrido y vivido continuas persecuciones que intentaban acabar con su vida y con su tripulación.

En cuanto ambos salieron del puente de mando Marga preguntó:

—¿Qué problema tiene tu hermano con nosotros? Ninguno de los que escapamos de la cárcel queríamos formar parte de su tripulación.

—Subisteis a bordo —respondió Caballero.

—¡Por supuesto! Era la única salida viable, pero en ningún momento aceptamos someternos a su voluntad.

—Es complicado.

—No veo la razón.

—Él no ha sido siempre un fugitivo, ni un prófugo de la ley —contaba Caballero según paseaban por la cubierta—. Antes era un oficial condecorado, tal y como manda nuestra tradición familiar. Somos hijos y nietos de distinguidos generales que han luchado con valentía en muy diversas guerras.

—Y, ¿qué pasó?

—Vio como el ejército imperial ejecutaba a nuestro padre por una traición que jamás cometió. Alguien lo señaló como uno de los líderes rebeldes, cuando la realidad era que había luchado junto a los imperiales en sus caprichosas campañas.

—¡Por lo dioses!

—Sí, por lo dioses; pero, lo cierto es, que ellos no hicieron nada por nuestro padre, ni por nosotros.

—Lo siento mucho.

—Entonces, decidió cambiar de bando y descubrir la realidad de un liberalismo encadenado. Se convirtió en algo peor que un fugitivo, se convirtió en un traidor al imperio y ser un traidor no es lo que él hubiera querido ser.

—¿Por qué te quedaste con los imperiales?

—Porque mi hermano me necesitaba dentro.

—Un topo.

—Si puede llamarse así. —Suspiró—. En fin, ¿dónde está ese hombre del que hablabas en el puente de mando?

—En la sala de máquinas.

—Pues bajemos —dijo tapándose media cara con un pañuelo y ensartándose las gafas de aviador.

Marga imitó al teniente y ambos se dispusieron a bajar hasta la sala de control donde varios instrumentos se disponían a lo largo de un saliente desde la pared.

—Buscamos a uno de los fugitivos de Madrid que tiene cierta información sobre el puerto de Valencia. ¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó el teniente Cabanilles al primero que pasó.

—Imagino que se refieren a Joan, es el único marinero que subiera cuando la fuga, mi teniente.

—Y, ¿dónde está ese tal Joan?

—Pues me temo, mi teniente, que está en calderas.

Marga miró a Caballero, bajar a las calderas era casi como estar en el propio infierno.

—Dígale que suba.

—A la orden, mi teniente.

El hombre bajó sin rechistar. Marga aprovechó para ver todos y cada uno de los artilugios que había estudiado en la academia, pero que jamás había visto.

—¿Los conoce?

—Algunos, no llegamos a terminar el último curso.

—Bueno, por suerte para usted, no solo terminé mis estudios en la academia, sino que soy un gran apasionado de la navegación —dijo el teniente Caballero enseñándole los diversos instrumentos suspendidos en el saliente de madera—. Ésos son casi todos los aparatos necesarios para la buena navegación de este y cualquier otro dirigible. Aquí, como en el puente de mando, están siempre a la vista e indican la situación que se tiene y la dirección exacta que hemos tomado. Algunos imagino que ya los conocerás, como el termómetro que registra la temperatura en el interior del *Sentenciador*, el barómetro que nos indica la presión del aire y predice los cambios de tiempo o la brújula que muestre un norte constante.

—¿Para qué sirve esta especie de burbuja de cristal?

—Eso es un cristal de tormenta.

—¿Un qué?

—Un cristal de tormenta —repitió—. Es un artilugio realmente curioso y efectivo. En su interior hay una mezcla de varios líquidos que reaccionan a según qué temperaturas o latitudes, provocando cambios en la solubilidad del líquido. Muy eficaz para prevenir las tormentas.

—Mi teniente, ¿me buscaban?

Un hombre extremadamente delgado, repleto de manchas negras provocadas por el humo y el carbón, se había aproximado a ellos. Trataba de limpiar su rostro con un viejo paño que casi lo ensuciaba

más que aseaba.

—¿Es usted Juan, señor? —preguntó Marga.

—Sí, mi teniente.

—¿Habló usted con Mali acerca del puerto de Valencia?

—Posiblemente.

Marga enarcó las cejas ante la respuesta ambigua que le ofrecía el hombrecillo de las calderas.

—¿Conoce usted algún muelle dentro del puerto que pueda facilitarnos el ingreso sin ser descubiertos por las autoridades?

—Así es.

—¿Puede, por favor, decirnos qué sabe del puerto de Valencia, del muelle dichoso y de cómo narices podemos atracar en él sin ser descubiertos? —intervino Caballero harto de tanta respuesta escueta.

—¡Claro!

—¡Ay, por los dioses! —exclamó Marga exasperada.

—Juan, amigo, denos todos los datos que sepa y que nos puedan interesar o le tiro ahora mismo por la borda —amenazó Caballero.

—Capitán, aquí tiene a su hombre —anunció Caballero según entraba por la puerta del puente de mando—. Se llama Juan y es todo tuyo.

El hombre palideció ante la idea de quedarse a solas con el capitán del barco. Su fama le precedía y no quería ser una nueva víctima de su ferocidad.

—Acérquese, —dijo el capitán instándole con la mano—, y tome asiento. Creo que tiene una valiosa información que darme. ¿Es cierto?

—Sí, mi capitán.

—Juan, amigo, recuerde lo que le he dicho —sonrió el teniente Caballero—, al capitán no le gusta esperar.

Y dicho esto cerró la puerta dejando a solas al pobre hombre de las calderas y al capitán del *Sentenciador*.

—¡Marga!

Gabriel llamó a su esposa desde lo alto del alcázar.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Marga mirando hacia arriba.

—Ven, verás todo esto. ¡Es espectacular!

—Creo que ha llegado el momento de abandonarle, teniente Caballero —bromeó Marga.

—Si ese abandono es para regresar a los brazos de su esposo, poca queja podría tener.

Marga se despidió con una leve reverencia y corrió escaleras arriba

para unirse a Gabriel a quien, recientemente había descubierto, echaba muchísimo de menos.

—Creo que este es el primer día que la calma nos acompaña —dijo Gabriel.

—Desde luego.

—Ven, tienes que sentir la verdadera fuerza del viento. —Gabriel cogió la mano de su esposa y la dirigió hasta el timón—. Cógelo.

—No, yo no podría…

—Solo debes mantener el rumbo y nada más. —Gabriel puso la mano de Marga sobre el timón y esperó a que ella posara la otra para soltarla y abrazarla por la cintura—. Tranquila, no estás sola —susurró.

Marga cerró los ojos y sintió el viento romper contra todo su cuerpo, sentía que en cualquier momento podría caer al vacío como una pluma desprendida de una gran ave. Sintió que Gabriel la soltaba y, entonces, abrió los ojos y lo buscó con la mirada.

—Solo voy a asegurar el timón. Sujétalo bien mientras ato el cabo.

—¿Ya?

Gabriel asintió y Marga soltó el timón.

—Creo que hoy no quiero cenar —dijo Marga—. ¿Podrías avisar al capitán de que estoy indispuesta y que tu debes cuidarme por el bien de la tripulación?

—Marga…

—Quizás sea contagioso —sonrió con picardía.

—Está bien. Espérame en nuestro camarote. —La besó en la frente —. Ahora mismo me reúno contigo.

Marga bajó por las escaleras del alcázar al tiempo de ver como Juan salía del puente de mando satisfecho.

"*Buena señal*", pensó Marga y continuó bajando hasta llegar a la entrada de las cámaras de oficiales.

Entró en el camarote y se deshizo de todas sus apestosas ropas. No había misión alguna a la vista, ni situación que pareciera alterar la paz y tranquilidad que se respiraba aquella jornada. Sobrevolaban ya cerca del Mediterráneo y el olor a salitre se respiraba en todo el buque.

Vertió gran parte de uno de los bidones de agua en una de las palanganas de porcelana con las que habían surtido la cámara y echó en ella las prendas más ligeras. Presionó para empaparlas bien y, después, uso la pastilla de jabón para limpiar las manchas y eliminar olores. Por último, escurrió las ropas y las colgó en una de las cuerdas que cruzaban la cámara. Las prendas goteaban y formaban pequeños ríos que surcaban el suelo hasta alcanzar el sumidero por el que terminaban por desaparecer.

Abrió después la ventana y dejó que el aire fresco inundara la

estancia. Abrió la cama y echó un poco del perfume que Gabriel había encontrado en el saqueo al barco imperial.

Miró a su alrededor. Le hubiera gustado algún toque floral, pero de ramos no entiende el ejército. Da igual la bandera de su uniforme.

Cogió la palangana y, antes de echar el agua por la ventana, se limpió sus pies descalzos. Por último, se tendió sobre la cama y espero desnuda la llegada de su esposo que no demoró demasiado su llegada.

Al entrar y ver a Marga completamente desnuda sobre la cama, sonrió malicioso. Trancó la puerta con el seguro y casi desgarró sus ropas.

—Parece que no ha habido problema porque tengas que cuidar a tu frágil esposa.

—El capitán estaba de muy buen humor y, querida, tú eres cualquier cosa menos frágil.

Gabriel se echó sobre Marga y la besó con toda la pasión que había retenido hasta el momento. El deseo, el anhelo y la necesidad que Marga le provocaba explotaron al mismo tiempo. Él la hizo suya y ella lo hizo suyo.

La noche cayó sobre el buque y solo los imaginarias se mantenían despiertos y alerta.

—Contramaestre, ha llegado el momento de comenzar la maniobra de descenso y atracar en el puerto —anunciaba el capitán según salían ambos del puente de mando.

—Entonces, ¿haremos escala en Valencia? —preguntó ilusionada Marga.

—Así es, pero no se haga ilusiones, teniente. Ningún oficial bajo mi mando abandona jamás el barco —contestó el capitán condescendiente—. Ese privilegio es solo para la tripulación que tiene familia a cargo, hijos…

—¿No podré ver a mis padres?

—No.

—¡Necesitan saber que sigo viva!

—Escríbales —dijo Enrique restándole importancia.

—¿Qué les escriba?

—Sí. Y, antes de mandar dicho mensaje, deberá pasarlo a mi firma para que lea la carta y le dé el visto bueno.

—¡Esto es el colmo!

—Si no le gusta su suerte, siempre podemos dar un paso atrás y terminar el trabajo que los imperiales comenzaron —sonrío con malicia—. ¿Quiere que la ejecutemos, teniente?

Marga calló. Se sentía atrapada en un buque que debía ser la esperanza para un pueblo que había sido ocupado.

—Como estaba a punto de ordenar antes de ser interrumpido —prosiguió el capitán—. En breve atracaremos en el puerto de Valencia, para ello necesitaré un voluntario que acompañe al señor Juan a hablar con el jefe del segundo muelle.

—Yo iré, capitán —dijo uno de los suboficiales.

—Gracias, Hernández. Preparen una de las lanzaderas y den aviso. En cuanto obtengan respuesta, disparen uno de los fuegos artificiales.

—A la orden, mi capitán.

El suboficial Hernández y Juan desaparecieron bajo la cubierta. Marga se asomó por la borda de estribor a la espera de ver como aquél buque expulsaba una cápsula semicerrada hacia la costa.

Escuchó al capitán que seguía dando órdenes a diestro y siniestro, cuando un portillo se elevó y el sonido de un cañonazo precedió a la expulsión de la lanzadera. Cuando tan solo había descendido unos pocos pies, de sus extremos se desplegaron dos alas de metal y lona y la pequeña hélice que asomaba por detrás comenzó a dar vueltas a gran velocidad. Pronto desaparecieron entre las nubes.

—Señores, ya saben cómo funciona esto. Retiren cualquier indicio que pueda suponer un reconocimiento del buque y de su tripulación —ordenó el contramaestre—. Todo aquel que no tenga uniforme deberá mantenerse oculto. Solo podrán desembarcar aquellos que hayan obtenido el permiso previo del capitán. ¿Alguna duda? —Nadie respondió—. Estupendo. ¡Vamos allá!

—Disminuyan la presión y bajen los fuegos de las calderas —ordenó el capitán.

—Preparen los cabos —mandó el contramaestre.

Los hombres y mujeres que habían aguardado sobre la cubierta comenzaron a desplegarse por todo el buque.

Pronto escucharon el sonido de una bengala y sus colores iluminaron el cielo. Era la señal. Durante un día, el *Sentenciador*, sería un buque logístico imperial.

Capítulo 12

VIOLETA

—Atención, compañía. ¡Firmes! —ordenó el sargento de cuartel. Se dirigió hacia el capitán Flavio que se acercaba desde el puesto de mando, se cuadró y saludó de manera marcial—. Está formada la compañía al completo, capitán.

—Muchas gracias, sargento. Mande descanso y a discreción en silencio.

El sargento regresó a la formación y cumplió con las órdenes recibidas. Mientras, los oficiales esperaban que les diera permiso para embarcar a sus respectivas secciones.

Violeta, en cambio, permanecía en un segundo plano. Cerca ya de la pasarela que la embarcaría en aquel navío de nueva generación. De pronto vio que su hermano se acercaba hasta ella.

—Violeta. Quiero decir, Miguel. El capitán ha aceptado que sea mi compañero de cámara, de ese modo estarás junto a los oficiales y será más difícil que seas descubierto.

Violeta asintió sin mediar palabra y esperó a recibir órdenes de su hermano para embarcar junto a su sección.

—¡Correo! —La llamó—. Usted a mi lado, no queremos que se nos

pierda por el camino.

Los hombres que le seguía rieron. Violeta no podía evitar mirar hacia abajo, ver como aquella pasarela la ascendía hasta casi el mismísimo cielo. Después, cuando poco quedaba para llegar a cubierta, observó el verdadero esplendor de aquel navío, la inmensidad del dirigible y quedó maravillada ante aquella muestra de poder.

—Caballeros, ya saben cuál es nuestra función a bordo de este navío. Prepárense para una larga travesía y, sobre todo, mucha suerte. Pueden ocupar sus camarotes y desplegar en la tercera cubierta.

Los hombres de la sección del teniente Alcázar obedecieron la orden y desaparecieron bajo la cubierta en cuestión de segundos.

—Nosotros vamos a nuestra cámara —le dijo a Violeta.

Al entrar ésta quedó deslumbrada. Era una habitación amplia con dos camas que nada tenían que envidiar a las que tuvieran en su hogar. Ambas custodiadas por sendas mesitas de noche de roble con dos cajones. Altos aparadores del mismo material que las mesitas de noche, se disponían en una de las paredes y, sobre dichos anaqueles, una hermosa bola del mundo, dos lámparas de aceite y un exquisito juego de cristal cuyo decantador de whisky se sostenía sobre un pie también de roble.

Al otro lado, una pequeña estancia hacía las veces de urinario y zona de aseo donde dos hermosos aguamaniles se enfrentaban. Uno decoraba su porcelana con motivos azules y turquesas, mientras que el otro lo hacía con verdes y aguamarina.

—Es increíble —dijo Violeta.

—El poder del Imperio, querida hermana. Bueno, ¿qué cama te pides?

Violeta se rio y corrió hacia la que se encontraba más alejada de la salita de aseo.

—Eso me pasa por preguntar.

—C'est la vie, mon frère.

—Vamos, tener que salir a cubierta —dijo Alberto tras mirar el reloj dispuesto sobre el marco de la puerta y del que Violeta no había reparado—. Pronto darán la orden de partir.

Al salir, varios hombres andaban de un lado para otro con cabos, madera, baúles, lonas y maderos. Iban y venían siguiendo las órdenes de los diferentes tenientes y suboficiales que dirigían las diferentes operaciones.

—Capitán, el puerto ha dado ya permiso para despegar —anunció uno de los oficiales que traía el papel consigo y se lo mostraba al interesado.

—Toma, será mejor que te las pongas. —Alberto le entregó unas nuevas gafas de aviador que protegían una mayor superficie del

contorno de los ojos.

Violeta las agarró y se las puso de inmediato.

—Ha llegado nuestro momento. —Su hermano sonrió y se dirigió al puente de mando donde se encontraban todos los aparatos de navegación.

—¡Ingeniero! —Mandó llamar el capitán. Alberto se asomó hasta ser visto por el oficial al mando— ¿Tenemos suficiente presión?

—Sí, mi capitán.

—¡Bien! —El capitán se acercó al tubo de cobre y dio la nueva orden—. ¡Alimenten los fuegos!

Las chimeneas silbaron al tiempo que expulsaban las primeras bocanadas de vapor. Violeta se cubrió el rostro con el cuello del dolmán para evitar inhalar humos innecesarios. La maquinaria rugió como si de una bestia se tratara. Las hélices comenzaron a funcionar batiendo con creciente rapidez y el navío avanzó majestuoso hacia el cielo que lo esperaba azul y despejado.

Violeta se apoyó en la borda y observó como el campamento quedaba cada vez más lejos y el puerto del que debían partir se encontraba ya a escasos metros. Un hombre les hacía señales con unos banderines y el navío modificó el rumbo, pero no la velocidad de ascenso.

Dirigibles y barcos se mezclaban en aquel lugar. Unos zarpaban o atracaban manteniéndose a flote sobre el agua. Otros, en cambio, a pesar de la similitud, atracaban en muelles de altura donde dejaban caer sus pasarelas para el desembarco de su tripulación o pasajeros.

Una nube blanca espesó su visión como si de niebla se tratara. Tan solo fueron unos instantes y, al salir de la neblina, apareció ante ella un viejo buque de guerra que comenzaba a lanza los cabos para ser amarrado a puerto.

En cubierta creyó ver a una joven de pelo ensortijado, pelirrojo que la chica despejaba de su rostro con las gafas de aviador. La joven miró un instante hacia el lugar donde Violeta se encontraba y le dio un vuelco el corazón. ¿Podría ser Marga?

Las últimas noticias que supo sobre ella y Gabriel es que la cárcel en la que estaban presos había sido objeto de un ataque, que muchos de los condenados se fugaron gracias a la gran distracción y de la lucha interna entre los propios carceleros.

Violeta agitó los brazos eufórica esperando recibir respuesta, pero la joven o no la vio, o no respondió a su llamada. Un hombre con brazo y pierna mecánicas se acercó a la posible Marga, le dijo algo y ambos desaparecieron bajo el alcázar.

Observó como el buque desaparecía bajo la nube al tiempo que ellos la sobrevolaban.

—¡Todo a barlovento! —gritó el capitán—. Aseguren rumbo.

Haremos escala en Sagunto —escuchó Violeta a pesar de que esta última frase iba dirigida a la tripulación más cercana.

—¡Miguel! —Su hermano la llamaba desde la puerta del puente de mando—. Venga un momento, por favor.

Violeta se acercaba hasta la sala al mismo tiempo que el capitán bajaba del alcázar quedando justo a su lado en el corto trayecto.

—Violeta yo… —susurró.

—Mi nombre es Miguel, capitán.

—Disculpe, Miguel. Solo quería disculparme una vez más e implorar que cene esta noche conmigo, en la cámara del capitán.

—¿Junto al resto de oficiales?

—Por supuesto —mintió, aunque la invitación se extendiera a éstos a posteriori.

—Capitán, el navío surcará los cielos sin riesgo. Su maquinaria es espectacular y los hombres grandes especialistas. Si no hay imprevistos, no notará la falta de experiencia —informó el teniente Alcázar.

—¿Y, si hay imprevistos?

—Solo podría responder por mi sección, mi capitán.

—Muy bien, Alberto, gracias. Esta noche realizaremos un punto de situación durante la cena, quiero conocer la situación real de la tripulación y adelantarnos a esos posibles imprevistos.

—A la orden, mi capitán —respondió el teniente—. Mi capitán, si no le importa, quería mostrarle a Miguel algunos de las salas del barco que quizás puedan serle de interés para que la travesía no le sea tan larga.

—Por supuesto.

Ambos hermanos se dirigieron a cubierta. Hacía frío y Alberto instó a Violeta a acelerar el paso.

—¡Vamos! Quiero enseñarte dónde se encuentran mis hombres.

—Parece mentira que tengas personas vivas a tu cargo.

—Bueno, quizás te sorprenda —sonrió.

Según bajaban, Violeta pudo ver qué escondía el navío en cada una de sus cubiertas. En todas ellas los cañones estaban preparados para asomar por las diferentes trampillas que ahora se encontraban cerradas.

—Son más pequeñas de lo que yo pensaba.

—Están divididas en dos partes, solo estás viendo la mitad de su envergadura —comentó Alberto—. Las máquinas de vapor ocupan el centro y se ha reforzado las paredes que la ocultan para que el calor no llegue a traspasar salvo en las dos últimas cubiertas donde el trabajo, además, es también más fatigoso.

—Ya hemos llegado.

La tercera cubierta era casi una extensión del pequeño taller que

Alberto tenía en casa de sus padres. Incluso parecía que se hubiera clonado a sí mismo. Una decena de hombres se encontraban inmersos en sus quehaceres mecánicos. Incluso Tuercas estaba tan enfrascado en un artilugio que ni hablaba.

—Nuestra misión principal durante la travesía es asegurarnos que todo cuanto necesita el dirigible para navegar esté en perfectas condiciones —dijo al ver la cara de su hermana—. Nadie dijo que debíamos hacer en nuestro tiempo libre.

—Ya veo.

—Acompáñame —dijo Alberto retomando la marcha y llevándola hasta un cubículo separado del resto de la cubierta por dos paneles de madera que no llegaban al techo—. Pasa. Éste es mi despacho. No es grande, pero hace su función que es mantenerme alejado del resto salvo que sea necesario que me importunen.

—Cada vez eres más sociable, ¿verdad, hermano?

—Ya me conoces, pero entra. Entra. —Alberto se sentó en su silla tras el escritorio y le ofreció a su hermana que le imitara—. Quería mostrarte un par de proyectos que tengo entre manos. Por un lado, la caja de lucíferos que me trajiste de Capitanía me ha dado una idea innovadora para un ataque desde arriba. Aun tengo que madurar la idea, pero creo que funcionaría a la perfección.

—¿Se la presentarás al capitán?

—¿A Alfonso quieres decir? —Violeta asintió—. Ni por asomo. Espero aprovechar al máximo esta oportunidad que se nos ha brindado para llevarme conmigo cuantos inventos sea capaz de crear o mejorar.

—Me parece una maravillosa idea.

Violeta seguía encontrándose fuera de lugar. Aquél no era su sitio, ella no había estudiado ni se había preparado para luchar. Solo era una joven de letras, ésa era su pasión. Escribir sobre aquello que sucediera a su alrededor, inventar historias, leer libros y oler a papel y tinta. Su hermano, sin embargo, estaba entusiasmado, no tanto por encontrarse a bordo de un dirigible de guerra imperial, sino la oportunidad que ello le suponía al tener al alcance casi cualquier material que necesitara.

—Y esto, querida hermana, es un prototipo de proyectil que, tras ser disparado por un arma de aire comprimido e impactar en el objetivo, sea capaz de estallar.

—¿Por qué de aire comprimido? ¿No es más efectivo cualquier proyectil propulsado por la pólvora?

—Querida hermana, si algo nos enseñó Napoleón, es el poder de las armas de aire comprimido —dijo Alberto adoptando una postura más didáctica—. Verás, lo bueno del aire comprimido es la velocidad de recarga. Nada es comparable. Con la pólvora puedes estar minutos

preparando el próximo disparo.

—Entiendo.

—Lo irónico de todo esto es, que el ejército imperial sigue desechando la idea de estas armas porque no supieron adaptarlas a sus nuevas naves. Arrasaron con todo aquél que portara o conociera esta tecnología. Solo quedan viejos documentos y estudios que tuvieron la suerte de sobrevivir a las quemas.

—Mi teniente, el capitán quiere hablar con el señor Giner —anunció uno de los suboficiales.

—Muy bien —respondió Alberto—. ¿Le acompaña usted, sargento?

—Sí, mi teniente.

—Estupendo. Señor Giner, un placer haber compartido con usted esta charla.

—Igualmente, teniente.

Violeta sonrió antes de darse la vuelta y seguir al sargento que la esperaba fuera del cubículo. Actuar junto a su hermano como si de nada se conocieran le resultaba tremendamente divertido.

—Espero que tu estancia aquí no sea tan desesperante como en principio pudiera parecer —comentó el capitán apoyado de espaldas a la mesa de roble que gobernaba el puente de mando.

—Acaso llevo una jornada, capitán —respondió Violeta.

—Por favor, no me llames capitán. Tu no —susurró las últimas palabras—. He pensado que, debido a tu segunda misión en esta travesía, podría interesarte cierta cámara colindante a mi camarote. —Violeta enarcó una ceja—. Oh, no. ¡Por los dioses! No quería referirme a lo que crees. Solo acompáñame. Te gustará, créeme.

Con cierto recelo, Violeta, siguió al capitán hasta llegar una de las hermosas puertas de roble. Alfonso la abrió y dejó que Violeta entrara primero. Sonrió al ver el rostro de asombro de su acompañante.

—Me alegra que te guste —dijo casi tan cerca de ella que a ambos se les erizó la piel.

Violeta cerró los ojos para sentir el aliento de Alfonso. Los recuerdos de la academia se hacinaron en su cabeza y sintió como la respiración se entrecortaba. Cuando el oxígeno parecía no llegar a los pulmones, abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire necesario para recuperar el compás de su respiración.

Alfonso se adelantó para abrir las cortinas de todas las ventanas a fin de dar una mayor claridad a la sala.

—Aquí nadie te molestará. Por desgracia para mí y fortuna para ti, estamos rodeados de hombres que prefieren mantenerse alejados de

los libros y, los que sí persisten con la lectura, suelen hacerlo en sus cámaras personales.

—Entonces, ¿para qué una biblioteca de esta envergadura?

—Por si viaja una joven patricia disfrazada de correo del reino de Valencia.

Violeta sonrió y regresó a explorar cuanto había a su alrededor.

—Será mejor que regrese al puente de mando —dijo Alfonso—. Aquí podrás dedicarte a tus crónicas.

—Muchísimas gracias, capitán. —Al ver la expresión de Alfonso rectificó—. Muchísimas gracias, Alfonso.

Se quedó allí sola, recorriendo con su mirada todos y cada uno de los ejemplares que allí estaban expuestos. Salvaguardados tras las vitrinas y perfectamente ordenados por materia y autor.

Capítulo 13

AZUCENA

Cuando el atardecer daba por terminado el día, las vestales se recogían en sus aposentos. Evitaban así tentaciones de la noche pues, cuando la luna se reflejaba en las aguas del lago desprendía una fuerte influencia en quienes se encontraran cerca.

Azucena creyó ser la última en recogerse cuando una sombra tan rápida como un relámpago en una noche de tormenta se cruzó en su camino y desapareció al instante. Una risa traviesa se escuchó a su paso.

La joven vestal no pudo evitar seguir los pasos de aquella sombra que jugaba con ella en cada estancia, en cada pasillo. La esperaba y, cuando Azucena la alcanzaba, se escapaba de nuevo entre risas. Aun así, creyó distinguir en la sombra unos ojos aguamarina y una sonrisa blanca como perlas ensartadas.

Llegaron al templo y cruzaron la antesala, después el salón de audiencias y, por último, el pórtico. Corrió Azucena en busca de la nada. Miró hacia el lago y allí estaba la luna en su esplendor. Por unos instantes temió que el influjo de las aguas le nublara la razón, pero en lugar de eso escuchó las risas de nuevo.

Se acercó con cautela hasta las escaleras que se sumergían bajo el agua. Allí no había nada. No había nadie.

—Me estoy volviendo loca —susurró.

—¿Quién la está volviendo loca? —preguntó Isabel a su espalda.

Azucena dio un respingo ante la voz inesperada y se volvió para observar a Isabel extrañada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Azucena.

—Iba ya a mi habitación cuando la vi salir como hechizada —respondió Isabel—. La llamé, pero no me contestó.

—¿Me llamaste?

—Sí, Máxima. Y, al no obtener respuesta, decidí seguirla por si… ya sabe —dijo señalando el agua—, el poder del lago.

—¿Crees de verdad que un lago puede tener esa influencia sobre nosotras? —Azucena atrajo las rodillas al pecho y abrazó sus piernas. Miró hacia el interior del lago y las aguas tranquilas le devolvieron la calma.

—Creo, Máxima, que el lago es solo un icono de pureza, de magia —respondió Isabel bajando los escalones y sentándose al lado de Azucena.

—La magia es la que me preocupa.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que ahí dentro, bajo esta superficie que poco nos muestra, hay un ser viviendo bajo las aguas.

—¿Un monstruo?

—No, es una mujer. Eso lo tengo claro.

—¿Una sirena?

—Sirena, ninfa, ondina… Tienen tantos nombres que no sabría decir cuál es el verdadero, pero sé que existen.

—Igual sí que se está volviendo loca, Máxima. —Azucena sonrió—. Será mejor que regresemos a la casa. Una mujer de entre las aguas no sé si habrá, pero alimañas con hambre le aseguro que sí.

Isabel se levantó primero y le tendió una mano para ayudarla a subir. Cuando Azucena aceptó la mano, ésta estaba fría. Helada. Miró a Isabel que la observaba divertida y sus ojos aguamarina destacaban en la oscuridad.

—¿Se encuentra bien, Máxima?

—Sí —respondió soltando su mano una vez erguida.

Isabel se dio la vuelta y encabezó el camino de regreso a la casa de las vestales. Azucena seguía sus pasos y reparó en que la joven no llevaba calzado. En su pelo castaño habían quedado atrapados los pétalos rosados de los nenúfares que flotan en el lago.

Las dos llegaron hasta la puerta del Templo que seguía abierta. Atravesaron de nuevo todas y cada una de las estancias que las habían llevado hasta el exterior, solo que, esta vez, en sentido inverso. En

algún momento, entre las sombras, Isabel debió de desviarse hacia su habitación pues, al salir al patio de las vestales Máximas donde se encontraba la estancia de Azucena, su acompañante ya no estaba.

Los timbres comenzaron a sonar en las diferentes habitaciones y las vestales daban la bienvenida a un nuevo día.

Azucena se desperezó, se levantó y corrió las cortinas para que la luz natural del sol inundara y caldeara el cuarto. Miró su túnica manchada de tierra y recordó la visita nocturna al lago. Llegó a pensar que había sido un sueño, pero la tierra en sus ropas le confirmaban la realidad.

Entonces recordó un obsequio que había olvidado casi desde el primer momento en el que Coelia se lo entregó: el cuaderno con el extraño símbolo grabado.

Rebuscó entre sus enseres de la Academia que se encontraban guardados y olvidados en un baúl al otro extremo de la habitación. Desenterró el libro y lo miró como si de una revelación se tratara. Lo guardó esta vez bajo la almohada e hizo ella misma la cama para evitar que nadie lo descubriera.

Entonces llamaron a la puerta y Azucena abrió con una estudiada sonrisa.

—Buenos días, Máxima —saludó Isabel.

—Buenos días.

Azucena observó a su compañera, era ella, sí, pero su rostro y sus ojos eran distintos. Algo había cambiado.

—Hoy el día se anuncia tranquilo, aunque debo advertirle de cierto rumor que escuché al anochecer por uno de los corredores.

—¿Al anochecer?

—Sí, —contestó como si no tuviera importancia—. Era Claudia y sus dos ayudantes. Hablaban sobre cierta visita que debería ser recibida por todas nosotras.

—¿Qué visita?

—Imperiales —susurró Isabel.

—¿Por qué no se me ha informado de esto?

—No lo sé, Máxima —se disculpó Isabel—. Es posible que escuchara mal.

—Es posible.

Las dos se dirigieron al comedor donde ya se estaba sirviendo el desayuno. Azucena observó a Claudia y sus ayudantes, pero no encontró acción que distara mucho de su habitual actitud avinagrada.

Desayunó con prisas. Quería regresar cuanto antes a su cuarto,

pues una sensación le empujaba a creer que el libro que salvaguardaba bajo las sábanas escondía en su interior más respuestas de las que ella pensaba.

Azucena se encontraba ya sentada frente al pequeño escritorio situado bajo la única ventana. El libro abierto por el apéndice.

—De los valores de la vestal Máxima —leyó en voz baja—. No, esto no me servirá de nada. —Siguió con el dedo índice cada apéndice para no perderse hasta que llegó a uno que llamó su atención—. De las damas del lago.

Abrió el libro por la página indicada.

DE LAS DAMAS DEL LAGO

Desde que el hombre es hombre, se han conocido mitos y leyendas acerca de mujeres que viven bajo las aguas. No es de extrañar que sean divinizadas pues son quienes controlan el elemento que es la esencia misma de la vida. Ellas son las que juraron lealtad a los dioses, las que lucharon por la libertad de los hombres, las que condenaron sus vidas a las profundidades de las aguas.

Son éstas que a veces se escapan y buscan la liberación en ríos, mares y océanos. Como castigo sus piernas desaparecen y con las criaturas del mar se confunden. Es a éstas que los hombres llaman sirenas, que con sus cantares sus voluntades doblegan y que con su belleza la razón nubla.

Son más que conocidas las historias de marineros del ayer y de hoy que con sus barcos desaparecieron para nunca regresar. Que éstas antiguas damas, señoras de las aguas, ahora convertidas en bestias se llevan a los hombres hasta las profundidades para que sean olvidados por sus amadas y familiares.

Sin embargo, no es ese mito del que Homero dejara constancia en sus escritos el que ocupa esta lección. Sino de aquellas que se mantuvieron firmes y con el beneplácito de la diosa Vesta crearon comunidad. Fueron ellas, las que los romanos llamaron ninfas, las que custodiaron por siempre el sagrado fuego de Roma.

Las ninfas, las damas del lago, solo buscaban un sacrificio anual, pues de todos es sabido que los dioses no pueden amar. Ellas anhelan el amor y por ello un hombre debe dar su vida para que las tierras protegidas de las bellas náyades puedan seguir viviendo en paz.

Se dio el caso de cierta dama del lago que por un hombre renunció a sus dones. Ambos se casaron completamente enamorados y el prometió amarla con cada aliento que diera mientras estaba despierto. Sin embargo, al dar a luz el primer hijo, la inmortalidad de la dama se hizo visible con al desvanecerse su juventud y belleza. El hombre la repudió y ella lo entregó al lago en ofrenda por su error.

Los dioses aplacaron su ira y, aunque la inmortalidad jamás regresó, vivió adorada y consagrada en un templo sagrado. Su hija desarrolló un don jamás conocido hasta entonces. Los muertos le hablaban y las almas le pertenecían.

Temió la dama por el mal de su hija y pidió a los dioses que la ayudaran. Éstos se apiadaron de la pobre desgraciada y decretaron que solo una podría vivir.

El tiempo consagró a las vestales. Las damas del lago tomaron muy diversos nombres, pero siempre fueron regentes en las tierras que sus aguas bañan.

Deban obediencia a la dama del lago. Ella protege y nos cuida a todas las vestales.

Azucena cerró el libro de un solo golpe, sin saber si eran solo cuentos lo que ahí se narraba o guardaba algo de verdad.

Por primera vez quiso tener el consejo de su mayor enemiga en aquella casa. Necesitaba conocer su parecer, necesitaba de su veteranía y, sin embargo, no tenía el valor de enfrentarse a ella.

Unos golpes en la puerta consiguieron que sus pensamientos regresaran al cuarto en el que se encontraba. Dio paso a quien fuera que llamaba.

—Máxima, hemos recibido invitación para el baile que dará el gobernador esta noche —anunció Isabel.

—¿Un baile?

—Así es, Máxima.

—¿No es muy precipitado?

—Posiblemente, pero por lo que tengo entendido será un evento más que selecto.

—¿A qué te refieres?

—Solo asistirán personas de su plena confianza.

—¿Y me ha invitado a mí?

—Eso parece —respondió Isabel confundida.

—¿Va alguna vestal más de la casa?

—Sí, Máxima. Claudia ha considerado oportuno dar aviso al gobernador para que ella, Adela y yo le acompañemos.

—Bien, pues que así sea —dijo Azucena resignada—. ¿A qué hora debemos estar en dicho evento?

—A las siete.

Isabel advirtió el libro que reposaba aun sobre el escritorio de Azucena. Tomó una expresión que alertó a la actual propietaria, temiendo incluso que pudiera tener algún significado que se le pasara desapercibido.

—A las siete es buena hora —dijo Azucena mirando directamente a los ojos de Isabel que pronto recuperó la compostura.

—Sí.

Isabel se marchó sin despedirse. En otra ocasión hubiera sido cruelmente reprendida, pero eso hubiera sido, como digo, en otra ocasión.

—¿Dónde está Isabel? —preguntó Azucena cuando en la calesa solo la acompañaban Claudia y Adela.

—¿Isabel? —Quiso asegurarse Adela.

—Sí. ¿Dónde está?

Adela adoptó una mueca de desconcierto que Azucena no supo cómo interpretar. Quiso repetir la pregunta a Claudia, pero esta se encontraba dando directrices al cochero para que éste diera un

pequeño volteo.

De nuevo el atardecer comenzaba a dar paso a la noche y con ella una risa pícara se escuchó desde el lago. Azucena miró hacia las aguas. No veía nada, solo el sonido de una nueva dulce melodía que parecía clamar su atención.

El silbido del vapor al ser expulsado por la chimenea advirtió a Azucena del emprendimiento de la marcha. Las dos veteranas se habían sentado en el sentido de la marcha y habían dejado el otro banco para ella. Desde la ventana pudo ver como se alejaba del lago y de entre las sombras creyó ver el torso de una mujer desnuda que emergía de entre las aguas.

—El gobernador ha expresado con extrema claridad que desea hablar con usted en privado, Máxima —habló Claudia—. Me temo que tengo el sagrado deber de recordarle que no puede estar a solas con ningún hombre u hombres. Es por ello por lo que una de nosotras la acompañará en caso de que no haya mujer alguna.

—Muy bien.

—Por otra parte, le informo que el sobre que llevo conmigo es para entrega personal de la joven señorita Salazar.

Azucena reparó entonces en el sobre que, efectivamente, llevaba Claudia en su regazo.

—¿Qué contiene el sobre?

—Me temo, Máxima, que su contenido escapa a sus competencias.

—Me temo, Claudia, que debo recordarle que nada de lo que suceda en el Templo deberá ser revelado por ningún medio —dijo parafraseando a la propia Claudia.

—No hay información alguna de las vestales, Máxima. Sé, perfectamente, cuales son mis deberes.

—Espero que así sea.

El cochero paró, tal y como Claudia le había anunciado, frente a la casa de los Salazar. Adela fue la encargada de entregar el sobre al mayordomo de la familia.

Después se dirigieron hasta el castillo sin mayor conversación que las banalidades de las que hablaban entre ellas Claudia y Adela. Ambas hacían como si Azucena ni siquiera estuviera, actitud que la vestal negra agradeció de sobremanera.

Al llegar al castillo, uno de los hombres al servicio del gobernador las esperaba.

—Excelentísima señora, el gobernador quiere verla de inmediato. —Azucena asintió y se dirigía con paso firme hasta el castillo seguida de las otras dos vestales que vieron su paso cortado cuando intentaron subir las escaleras tras Azucena—. Ustedes no pueden pasar.

—¿Qué vergüenza es esta? La vestal negra no puede estar a solas con un hombre —dijo Claudia más que indignada.

—El gobernador es plenamente consciente de ello, señora.

Claudia despreció al hombre sin contestarle y se dirigió hacia la pequeña reunión que parecía haberse formado en el jardín.

Cuando Azucena llegó al descansillo anterior al despacho del gobernador, el hombre uniformado que había junto a la puerta le dio paso casi de inmediato. No hubo presentación, ni llamamiento.

—La esperan.

Fueron las dos únicas y escuetas palabras que escuchó antes de ingresar en el despacho. Echó un vistazo rápido a quienes se encontraban allí reunidos, acertando en ver al joven heredero Nigrino, al señor Alcázar, a Monsieur Deligny, al gobernador y un quinto hombre que escondía su identidad bajo una capa con capucha.

—Buenas noches, gobernador —saludó Azucena aun perpleja—. ¿Ha solicitado mi presencia?

Fue en ese momento cuando el hombre misterioso se retiró la capucha dejando al descubierto un ensortijado cabello pelirrojo.

—¿Marga? —preguntó.

Capítulo 14

MARGARITA

Marga sonrió al ver a Azucena y ésta se abalanzó sobre ella, la atrapó entre sus brazos y creyó que jamás la soltaría.

—¡Qué delgada estás! —exclamó Azucena observándola de arriba abajo a mitad camino entre la alegría y la preocupación—. ¿Qué te han hecho? Dime que no te han puesto una mano encima o yo…

—Tranquila, estoy bien —contestó Marga con una triste sonrisa—. Ha sido un duro viaje de regreso a casa.

—Pero algo sucede, ¿verdad? —Azucena miró al resto de los allí presentes—. Por eso me habéis mandado llamar.

La vestal sintió cierta punzada en el corazón. Solo la habían reclamado porque necesitaban algo de ella. ¡Qué tonta había sido!

—Así es. —Terminó por confirmar sus sospechas el gobernador—. Excelentísima vestal Máxima, es de especial relevancia que forme parte de nuestro Consejo.

—¿Su Consejo? —Azucena se vio por un momento desubicada ante la propuesta del gobernador y la mirada ilusionada de Marga.

—Sí, Máxima. En contra de lo que sucediera con su predecesora en el cargo, vuecencia es valorada y querida por muchas de las herederas

de Valentia. —Azucena seguía escuchando al gobernador sin creer lo que sus palabras decían—. No obstante, debo reconocer cierta reticencia hacia su persona por una única consecuencia, su antigüedad en el cargo.

—Comprendo —dijo Azucena adoptando esa postura de los que deben ser adorados por gracia de los dioses y que había aprendido a usar gracias al Templo.

—Mi hija, —continuó el gobernador visiblemente mermado ante la nueva actitud de la vestal—. Ha sido quien me ha convencido de que esa no es más que un valor a nuestro favor. Una vestal Máxima que no ha sido corrompida por el Templo es lo que ahora mismo Edetania necesita.

Marga miraba a Azucena esperanzada porque ésta aceptara el ingreso en dicho Consejo.

—Debería consultar… —comenzó a decir Azucena.

—¡No! —La interrumpió el joven Nigrino—. No, querida Azucena. —La vestal se sorprendió ante el acercamiento repentino de su primo —. Yo, mejor que nadie en esta sala puedo asegurar que no hay mayor error que el de confiar en las vestales.

—No sé si tomarme esas palabras como un insulto o un halago.

—¿Cómo podría una institución mantener su posición durante tanto tiempo? —preguntó Nigrino—. Fácil, creando una falsa divinización. No hay magia en las vestales, las aguas del lago no están encantadas.

—Permítame, primo, que ponga en duda sus afirmaciones. Yo misma he visto lo que las aguas del lago son capaces de hacer, he oído el susurro de la noche y con un solo movimiento de mi mano, —Azucena comenzó a cerrar la palma de su mano con los dedos avanzando lentamente—, puedo provocar la muerte.

Guillermo sintió un vacío en su interior, como si el alma se escapara de su cuerpo y miró con verdadero temor a Azucena que abrió los dedos al instante. El joven Nigrino recuperó la compostura.

—Creo que, para solicitar el favor de una vestal, primero hay que respetarla —proclamó Azucena como si de un decreto se tratara.

—Yo sé lo que eres capaz de hacer —suplicó Marga—, y ellos también, aunque ahora los veas tan escépticos.

—Violeta siempre contó contigo, Azucena —intervino el señor Alcázar—. Y mi hijo te entregó su corazón. —Sus palabras consiguieron que la vestal reaccionara—. Si mis hijos te confiaron una vez sus vidas, yo no puedo más que avalar tu candidatura.

—Azucena, por favor, te necesitamos ahora más que nunca —volvió a suplicar Marga—. No sabes el infierno que vivimos y al que debo regresar.

—¿Debes regresa? —preguntó Azucena.

—En apenas unos minutos. Soy tripulante del *Sentenciador*, oficial para ser exactos. Y el capitán es de esos hombres que dan mal nombre a nuestra causa.

—Rebeldes.

—Hay quien nos llama libertadores —continuó Marga—. Solo necesitamos que ocupes tu lugar en la política y que nos ayudes desde dentro. El poder de las vestales es muy poderoso. Nadie le niega el paso a una Máxima. Ni siquiera los imperiales.

—¿Qué necesitáis de mi exactamente?

—Tu consentimiento y tu protección.

—Esos son palabras mayores. El Templo no puede posicionarse a favor de los rebeldes.

—Pero sí puede proteger a quienes se quedan. —Marga, por la expresión de su amiga, comprendió que no tenía toda la información —. En breve un grupo de imperiales llegarán a Edetania, quieren buscar cabezas de turco para que sirvan de ejemplo al resto de edetanos.

—¿Y qué podemos hacer las vestales?

—Irán al Templo, Azucena, y no es la primera vez —intervino de nuevo Guillermo.

Azucena asintió.

—Gracias, Azucena. Gracias.

Marga abrazó de nuevo a su amiga y la besó en la mejilla. Después se dirigió a su padre.

—Es la hora.

—Salgamos, hija mía. Tomemos juntos una última copa antes de que partas otra vez.

—No, quédense aquí. Es más seguro —aconsejó el señor Alcázar—. Nosotros nos reuniremos con el resto de los invitados.

—Máxima, sea usted la que abra el paso hasta los jardines —recomendó Guillermo con una exagerada reverencia—. Yo la acompañaré para que nadie pueda tener motivos de habladurías.

—Gracias.

Pronto quedaron solos padre e hija en el despacho del gobernador. La tristeza en ambos era palpable y el dolor del padre no podía, siquiera, ocultarse.

—Llamaremos a tu madre —dijo el gobernador tirando de uno de los cordeles para dar aviso a través de las campanillas—. Cuéntame la verdad, mi niña. ¿No hay nada que este viejo padre pueda hacer por su pequeña?

—No, padre. Debo regresar o los dioses sabrán qué será capaz de hacer el capitán Caballero. Allí sigue Gabriel, quien ha convencido a todos de que estoy con él en el camarote.

—Si algo te pasara —suspiró—. No estarías en esta situación si no

hubiera sido por mis pesquisas.

—No, padre. Si no llega a ser por sus pesquisas, jamás hubiera sobrevivido.

El gobernador abrazó a su hija en el mismo instante en el que la madre entraba.

—Mi querida niña. No puedes marcharte otra vez.

—Madre, por favor, no me lo ponga más difícil.

—No es difícil, es tan sencillo como no regresar a ese barco infernal.

—No puedo dejar a Gabriel, madre. ¿Usted no lucharía por padre? ¿No daría la vida por salvarle?

Marga abrazó de nuevo a sus padres. Se separó de ellos, volvió a ajustarse la capucha de la capa y salió del despacho sin mirar atrás. Corrió escaleras abajo y salió por la puerta de servicio hasta alcanzar la calesa que le esperaba desde hacía casi una hora. Había pagado bien sus servicios, por lo que el cochero no tuvo remilgos ante las peticiones de su pasajera.

Una suave sacudida dio comienzo al trayecto de vuelta al *Sentenciador*. Había burlado las normas del capitán gracias a Meli y el resto de las chicas que habían cargado con su peso como si de un fardo de comida se tratara. Regresar a la embarcación sí sería harina de otro costal.

La noche era cerrada. Nada podía verse más allá de las luces que venían de los candiles del propio coche. Cerró los ojos y se acurrucó en el banco de la calesa protegiéndose así del frio que entraba por las oberturas de los costados. Notaba el vaho escapar de su boca y la nariz comenzaba a congelarse, por lo que la tapó con la capa y bajó la capucha hasta casi tapar los ojos protegidos por las gafas.

Se vislumbraban ya las pocas luces que iluminaban el puerto. La diferencia entre las dos alturas de los diferentes muelles se podía apreciar mejor desde la lejanía. Los barcos que reposaban sobre el mar se mecían como si de balancines se tratara sintiéndose seguros por la flota de dirigibles que estaban amarrados a las grandes plataformas que se elevaban a gran altura.

Marga no sabía qué hora era, pero por el número de faroles encendido, no debía ser demasiado tarde. Hizo sonar la campanilla y el cochero aminoró la marcha.

—¿Está segura de apearse aquí, señorita? —Quiso asegurarse antes de echar el freno—. Las noches en el puerto son testigo de reyertas entre borrachos y servicios de ciertas señoritas.

—Sí, no se preocupe.

—A ver si vamos a tener un disgusto —insistió el cochero—. Dígame a qué muelle va y yo la llevo. No quiero leer los sucesos en la prensa y que sea usted protagonista. Vaya cargo de conciencia.

—No se preocupe —reiteró Marga—. Sabré regresar sola.

—¿Seguro? Que luego mi Manoli se entera de que fui yo el último en verla con vida y le da un soponcio.

—No se preocupe, de verdad.

—Muy bien, pues que no sea que yo no la advirtiera.

—Muchas gracias, por todo, señor.

—A usted, a usted.

Marga esperó a que la calesa se alejara con su ruido de cafetera centenaria para refugiarse entre las sombras hasta llegar al muelle en el que estaba amarrado el *Sentenciador*. Lo vio al pasar los dos primeros muelles a la derecha de donde le había dejado el cochero.

—¿Dónde estabas? —Le susurró alguien a la espalda.

—¡Por los dioses, que susto me habéis dado!

—Vamos, métase en este fardo que Mali y yo la empujamos hasta la pasarela antes de que el capitán la mande cerrar.

Marga se escondió entre los sacos y barricas que llevaban las dos mujeres sobre un carro que empujaron y dejaron caer en la pasarela para que ésta la subiera hasta el buque.

Mali y la otra muchacha se sentaron de espaldas a los bultos y se dejaron llevar hasta la cubierta, donde arrastraron los bultos con cuidado para no descubrir a Marga que intentaba deshacerse de la capa antes de ponerse en pie y dejarse ver.

—¿Aun no habéis terminado? —preguntó el contramaestre.

—Estamos en ello, señor —respondió Mali.

—Sí, esta ya es la última carga —intervino Marga de la nada.

—¿Qué hace ahí, teniente?

—Necesitaba aire fresco, salí de la cámara y, al asomarme al exterior, las vi que subían con estos sacos. Simplemente, decidí echar una mano.

—Cuando acabe quiero que venga a verme —ordenó el contramaestre.

—A la orden. —Cuando el hombre se marchó Marga se atrevió a susurrar—. ¿Nos habrá descubierto?

—No creo, pero vaya usted ya con él —sugirió Mali.

Marga fue tras el contramaestre que se había encerrado en el puente de mando con otros dos oficiales que se encontraban de guardia.

—Teniente Cabanilles, ¿debo recordarle las normas de a bordo? —El contramaestre se acercó hasta una de las ventanas y miró hacia el exterior. Su rostro se reflejaba en el cristal y Marga no advirtió enfado

alguno, más bien, el contramaestre le hablaba como un padre lo hace a un hijo—. ¿Sabe por qué los oficiales no compadrean con el resto de la tripulación, ni se rebajan a tareas de cubierta?

—Sí, señor —contestó Marga—. Por el temor a un motín.

—No, teniente. Un oficial, un capitán de un barco, de un dirigible, jamás teme a su tripulación. —Se giró y miró a Marga—. Los motines son consecuencia de la falta de mando. Cuando cualquier soldado, cabo o sargento se cree con el derecho de poder compadrear con un oficial, éste corre el riesgo de que sus órdenes caigan en saco roto. Se creen con la posibilidad de refutar una orden, posponerla o no cumplimentarla. Sería el caos en un medio en el que cada hombre y mujer es una diminuta tuerca en el enorme juego de engranajes y válvulas que hace que todo funcione a la perfección.

—Lo siento, contramaestre. —Se sinceró Marga.

—No lo sienta, muchacha. —Era la primera vez que aquel hombre le hablaba como si no fueran miembros de una misma tripulación—. No pida perdón por tener corazón. Solo obedezca las órdenes que otros de mayor rango y condición toman por usted.

—Así lo haré, señor.

—Muy bien. Ahora váyase y descanse. —Miró el reloj anclado en la pared—. En cuatro horas le llamarán para realizar el relevo en el puente de mando.

—A la orden, contramaestre.

Marga se retiró. Se asomó a la cubierta, pero allí ya no había nadie. Se dirigió después hasta su camarote donde Gabriel esperaba medio dormido.

—¿Qué tal ha ido? —susurró.

—Ha sido raro —contestó Marga sentándose en una de la silla para poder quitarse las botas—. Ver a mis padres ha sido casi más duro que no verlos, pero no puedo quejarme en tu presencia. No estaría bien.

—Puedes quejarte en mi presencia siempre que lo necesites —dijo Gabriel incorporándose y apoyando la espalda en la pared—. ¿Y tú amiga la vestal negra?

—No sé. Creo que nos ayudará, pero está cambiada. No parece la misma chica alegre y divertida que conocimos en la Academia. —Se quitó la ropa y la depositó en la silla. Buscó en la cómoda una camisola limpia y se echó al lado de su esposo—. Actuaba de un modo muy extraño. En esa casa pasa algo raro, te lo digo yo.

—Es posible que esté sufriendo las consecuencias de saberse prisionera durante la mitad de su vida. —Marga lo miró sin comprender—. Piénsalo. ¿Cómo te comportarías si, después de entrar voluntariamente en una cárcel de porcelana y mármol, comprendieras que todo cuanto conocías debe ser olvidado? Ya no os tiene a vosotras, ni a su padre, ni su libertad. Todo eso debe tener un proceso.

—¿Cómo es posible que seas tan buen analista de las actitudes humanas?

—Es un don —sonrió—. Quizás soy el primer hombre vestal de la historia.

—Espero que no.

Ambos rieron y entre conversaciones cada vez más distantes, se durmieron cogidos de la mano.

Solo quedaban tres horas para el cambio de guardia.

Capítulo 15

VIOLETA

La librería de aquel navío era espectacular. Violeta había estado casi una hora cuando el capitán se la mostró, pero ahora que sabía que aquel sería su lugar de trabajo, quiso deleitarse con cada poro de la madera, con cada volumen literario.

Las estanterías eran tan altas como la propia cámara y guardaban libro que solo podían coger si se usaba la escalera corredera. Estaban hechas, en su mayoría, de madera de roble con incrustaciones de latón. Conservaban tras las puertas de cristal cientos de volúmenes encuadernados todos siguiendo un mismo patrón y sellados con el emblema del imperio.

Seguían todo el perímetro de la habitación, creando un ambiente homogéneo y cuidado. Unos ligeros atriles de pie móvil ayudaban a acercar y trabajar con varios libros a la vez. Permitían colocar en ellos cualquier libro que se estuviera leyendo y, en el centro, una enorme mesa con un montón de diarios bien colocados.

La cantidad de lámparas, quinqués y farolillos daban una luz espectacular cuando el sol se ocultaba bajo el horizonte.

—Sabía que te encontraría aquí.

Alfonso entraba en la biblioteca acompañado de un soldado que traía consigo una bandeja de plata con servicio de porcelana. El soldado dejó la bandeja sobre la gran mesa central y se retiró sin mediar palabra.

—He pensado que, quizás, necesitaras una taza de café o té para seguir con tu inventario mental de la biblioteca.

—No hago inventario, solo disfruto buscando qué leer.

—Quizás yo sepa que puede interesarte. —Se acercó hasta una de las librerías que se encontraban justo en la pared contraria a la que Violeta estaba husmeando—. Se trata de una historia en la que un pobre hombre de aspecto singular, solitario y huérfano se enamora de una preciosa mujer cuyo pueblo es perseguido y odiado.

—¿Una historia de amor?

Violeta se acercó hasta donde se encontraba el capitán con extrema curiosidad.

—Es mucho más que una historia de amor. Es un movimiento en sí mismo, un grito a la liberación de un pueblo perseguido, a la distinción de clases, a la aceptación de quién es diferente. —Violeta lo observaba embelesada, al igual que lo hacía en clase cuando Alfonso explicaba sus lecciones de historia—. ¡Aquí está! —dijo extrayendo un libro con el lomo color púrpura y letras plateadas—. Señor Giner, tengo el placer de presentarle al caballero francés Víctor Hugo.

—Enchanté! —Bromeó Violeta aceptando el libro que Alfonso le había prestado. Acarició el terciopelo morado y leyó en voz alta—. Notre-Dame de Paris. ¿Está en francés?

—Así es. Nos perdemos muchas grandes obras por no ser éstas traducidas o comercializadas en nuestra tierra, pero el navío tiene reunidas muchas de esas joyas literarias. —Alfonso se dirigió hasta la puerta—. Disfruta del café y la lectora, mi querida Esmeralda.

—¿Esmeralda? —Violeta frunció el ceño.

—Lea libro —dijo el capitán antes de salir y dejarla tan sola como hacía apenas unos minutos.

Violeta se acercó a la mesa con el libro y lo posó con cuidado. Curioseó qué había en la bandeja y descubrió unos dulces desconocidos, como pequeños bocaditos de color y rellenos de lo que parecía ser chocolate. Se sirvió un poco de café y completó la taza con leche y dos terrones de azúcar. Cogió uno de esos curiosos pasteles, la taza de café y se sentó en uno de los divanes que completaban el mobiliario de la biblioteca.

"*Quizás no esté tan mal esto de ser un correo oficial*", pensó.

Una joven y bella gitana que por su hermosura es casi condenada por un archidiácono de la fe cristiana. Enamorados de ella, sin embargo, se encuentran también el valeroso Febo, el tímido Gringoire y hasta un deforme campanero al que llaman Quasimodo. Aquella historia se desarrollaba hacía más de trescientos años en la ciudad de París, la ciudad que debería pisar en un futuro próximo Violeta. En esa historia estaba tan absortamente sumergida que no escuchó las voces y carreras que se dieron en el navío hasta que se sucedieron casi en la propia biblioteca.

Violeta anotó en su memoria la página por la que dejaba la lectura. Cerró el libro y lo depositó en la mesa para salir de la cámara después.

Aunque la tripulación parecía estar, más o menos, en calma. El ambiente se percibía más tenso de lo habitual. Caminó hasta llegar al puente de mando donde varios oficiales, incluido su hermano, discutían acerca de un ataque próximo.

Violeta quiso llamar la atención de Alberto para que le despejara las dudas que comenzaban a formarse en su cabeza, pero éste se encontraba demasiado atareado para poderla ayudar.

Decidió así permanecer en un segundo plano, escuchando cuanto tuvieran que decir.

—¿Distancia aproximada? —preguntaba el capitán.

—No lo aseguran, mi capitán, pero dicen que sucedió cerca de las inmediaciones del puerto de Valencia.

—¿No sabemos tampoco qué rumbo tomaron?

—No, mi capitán, aunque creen que es probable que se dirijan hacia el norte.

—Siguen nuestra misma ruta —intervino Francisco— Si les esperamos, serán nuestros.

Alfonso se sentó de pronto, apoyó los codos sobre la mesa y sujetó con las manos la frente mientras escondía su rostro de los allí presentes y cerraba los ojos. Necesitaba pensar cuál sería la mejor maniobra.

—¿Qué sucede? —Acertó en preguntar Violeta a su hermano cuando la actividad pareció tener un pequeño descanso.

—El sentenciador ha vuelto a atacar en aguas cercanas a nuestra posición —respondió este en voz baja.

Violeta palideció al escuchar semejante noticia. Conocía bien cómo actuaba aquel buque y cuáles eran sus premisas en cuanto a los testigos.

—No te preocupes. Nosotros nos encargaremos de ellos —susurró Alberto con clara intención de calmar a su hermana—. No te pasará nada. Te lo prometo.

Violeta lo miró. Sabía que su hermano no podía comprometerse a cumplir tales promesas, pero, aun así, le creyó.

—Ahora vete. Los correos no pueden estar en el puente de mando en momentos de crisis.

Violeta asintió y se marchó. Cerró la puerta y miró hacia la cubierta donde el resto de la tripulación trabajaba, ajena o no, a cuanto se estaba discutiendo en la habitación que dejaba atrás.

Se encaminó hacia su camarote. No sabía si podría volver a sumergirse en aquella historia de la bella Esmeralda y se tumbó, sin desvestirse, sobre la cama. Cruzó sus brazos tras la nuca y, acostada bocarriba, miraba el techo con el único ojo libre que le quedaba.

La puerta se abrió de golpe y Violeta se incorporó asustada. En algún momento es había dormido y la aparición repentina de su hermano en la cámara la descolocó.

—¿Qué sucede?

—Debo bajar con mis hombres —respondió—. Debemos recoger todo cuanto no sea ni armas, pólvora, proyectiles…

—¿El *Sentenciador*?

—Sí, el capitán ha decidido hacerle frente. —Alberto frenó su búsqueda y miró a Violeta—. Cuando llegue el momento quiero que te alejes del alcázar. Escóndete en la primera cubierta.

—¡Pero tú estarás abajo!

—No importa. Me reuniré contigo cuando todo acabe.

—¡No!

—¡Violeta, mírame! —gritó Alberto cogiéndola de los hombros—. Mi posición no será segura y tu debes salvarte.

Alberto la abrazó con fuerza, le dio un beso en la frente y salió del camarote dejándola sola. Violeta no pudo reprimir las lágrimas ante el temor de perder a su hermano. Se odiaba a sí misma por no ser como Marga, o Amber, o, incluso, Azucena. Ellas eran fuertes, habían sido elegidas para las grandes facciones. Sin embargo, ella, Violeta, solo sabía de letras.

Pronto el sol comenzaría su descenso y, según decían, era el momento predilecto del *Sentenciador* para atacar.

El navío se mantenía a poco vapor, sin movimientos bruscos ni razones que pudieran llamar la atención. La tripulación casi al completo se encaramaba a los obenques o se apoyaba en la borda del dirigible observando en todas direcciones.

—Buscamos un navío pequeño, un buque de guerra español, seguramente —decía el capitán paseándose de un lado a otro de la cubierta—. No sabemos nada más sobre ese fantasma al que todos temen, pero no nosotros. Nosotros seremos su sentencia. Nosotros

acabaremos con esa tripulación animal que no conoce el perdón ni la benevolencia. Nosotros seremos jueces y testigos del hundimiento del *Sentenciador*.

Violeta se encontraba en aquel momento en proa, apoyada en sobre la batayola de estribor. Estaba nerviosa y, a la vez, impaciente. Temía lo venidero y, a la vez, deseaba que llegara el momento en el que ambos dirigibles se enfrentaran. Le espantaba la idea de morir esa misma tarde, pero si ese fatídico final debía llegar, que no se alargara en el tiempo.

—¡Capitán! —gritó alguien—. Ahí está. Allí, a sotavento, por el través.

Al escuchar el grito toda la tripulación corrió en aquella dirección para comprobar que, efectivamente, un buque de guerra español se escondía y mostraba entre las nubes.

El corazón de Violeta latía con violencia. Se había dado la orden de parar y el navío ya solo se movía por la inercia adquirida. El silencio se hizo dueño de la cubierta, solo se escuchaban la respiración de los hombres, el crujir de las maderas y chocar de los metales bajo sus pies.

Violeta buscó a su hermano que se encontraba junto al capitán y otros oficiales. Alfonso dijo algo y los tenientes se dispersaron a ocupar sus respectivos puestos.

—¡Capitán! —gritó Tuercas—. ¡Cambia de sentido!

—Nos han visto —susurró Alfonso—. ¡Ocupen posiciones!

Toda la tripulación obedecía. Hombres de todas las escalas y facciones corrían de un lado para otro. Todos sabían qué debían hacer, todos menos Violeta que se quedó quieta, apoyada en su batayola.

—¡Muévase! —Le gritó alguien haciéndola reaccionar.

Recordó las palabras de su hermano y bajó como pudo hasta la primera cubierta donde los artilleros preparaban los cañones.

—¡Esperen a mi señal! —gritó el teniente al mando.

—¡Caña a barlovento, toda! ¡Máquina atrás! —gritaba el capitán desde el alcázar. Su voz se retransmitía al resto de cubiertas por los altavoces de cobre.

Una fuerte sacudida agitó el navío, pero solo Violeta se vio afectada al caerse al suelo. El teniente la miró preguntándose qué narices hacía el correo en su zona de mando.

—Escóndase bajo la escalera y no moleste. —Le ordenó.

Violeta obedeció.

El navío viró a babor, desde la lejanía se vería describiendo un semicírculo cortando las nubes a su paso.

—¡Timón recto!¡Máquina para avante! —ordenaba el capitán—. Prepárense para el impacto.

Un estruendoso sonido se escuchó no demasiado lejos y pronto

recibieron la primera colisión de los proyectiles enemigos. Violeta vio como algunos de los hombres caían de espaldas y otros aguantaban cual jabatos agarrados a los cañones.

—Caballeros, preparen las mechas —gritó el teniente—. ¡Fuego!

Los proyectiles salieron disparados y Violeta, escondida bajo las escaleras, se acurrucaba y tapaba los oídos con fuerza.

Otra ráfaga de cañonazos se escuchó casi de inmediato desde la cubierta continua y una tercera después. Los hombres corrían para cargar a tiempo los cañones que había sido retirados de las escotillas para dar paso a los de la segunda línea.

—¡Fuego! —gritó de nuevo el teniente—. ¡No les dejéis tiempo de carga!

Su voz quedaba apagada por los cañonazos posteriores.

Una nueva colisión hizo que el navío se tambaleara.

—¡Es demasiado rápido!

Escuchó que alguien gritaba.

—No nos da tiempo para virar —decía otro.

—¡Forzad los fuegos! ¡A todo vapor! —ordenaba el capitán.

Las chimeneas del navío derramaban torrentes de humo y el puente se estremecía con la vibración de las calderas.

Un nuevo impacto y un sonido estremecedor vino desde abajo. Violeta temió lo peor y bajó por las escaleras hasta la cubierta en la que su hermano debía estar al mando.

La colisión había atravesado los maderos y los hombres se encontraban heridos unos y muertos otros.

—¡Alberto! —gritó desesperada.

Los que quedaban en pie intentaban recuperar la posición de los cañones, cargarlos y disparar.

—¡Alberto!

De pronto escuchó un gemido de dolor casi inaudible. Miró en su dirección y encontró al joven Tuercas atrapado bajo unos escombros.

—¡Por los dioses, muchacho! ¿Estás bien?

Tuercas asintió con esfuerzo. Violeta intentó levantar con todas sus fuerzas el travesero que mantenía atrapado al joven oficial. Una mano amiga le echó una mano y el muchacho pudo salir a duras penas. Casi no podía caminar.

—Llévatelo de aquí —ordenó Alberto.

—No pienso dejarte —respondió Violeta.

—Es una orden —dijo su hermano antes de darse la vuelta.

Una serie de explosiones se escucharon cerca del alcázar. El buque se había elevado y echado cargas incendiarias sobre la cubierta. El navío imperial perdía altura y el control de la nave parecía haberse perdido.

—Caemos —susurró Violeta atrayendo contra su pecho al pequeño

Tuercas y abrazándolo con fuerza. El muchacho gimoteaba asustado —. Tranquilo, no nos pasará nada —mintió.

Capítulo 16

AZUCENA

El comedor de las vestales se vistió de gala para recibir al cuadro de mando de la compañía de imperiales que aquellos días deambularían por Edetania.

—¿Por qué se le abren las puertas de nuestra casa a estos hombres? —preguntó Azucena a Claudia en voz baja y reteniéndola por el brazo.

—Son nuestro seguro de supervivencia, niña —respondió esta intentado zafarse.

—Está prohibido que cualquier persona ajena al Templo pise el suelo de esta sagrada casa.

—Tienes mucho que aprender. —Claudia consiguió soltarse y comenzó a representar su papel—. Sean bienvenidos a esta nuestra humilde morada —dijo con una sonrisa exagerada—. Es un honor y un placer hospedarles durante su estancia.

—Es muy amable, Máxima —respondió uno de ellos.

—Oh, no, yo no soy más que una modesta y sencilla vestal. —Señaló entonces a Azucena—. Ella es nuestra excelentísima vestal Máxima, la señorita Azucena.

Claudia la miró como si pudiera doblegarla y hacer que tuviera una

actitud más complaciente.

—Es muy joven. —El hombre la miró con descaro y sonrió al ver incomodidad que le producía a la vestal negra.

Las campanillas sonaron señalando que la cena pronto estaría servida y que los comensales debían ocupar su lugar. Azucena se sentó su silla y descubrió, para su asombro, que el resto de las sillas las ocupaban los imperiales dejando a sus vestales de pie. Solo Claudia la acompañaba.

Las jóvenes consagradas se retiraron y aparecieron de nuevo con platos sobre sus manos que fueron sirviendo a los hombres como si de criadas se tratara.

—Debo reconocer, señora, que es un deleite para todos nuestros sentidos el estar aquí esta noche —confesó el que parecía de mayor rango—. Mis hombres y yo mismo estamos más que agradecidos, aunque me temo que el gobernador ha ofrecido su castillo para darnos alojo.

—No es, me temo, una noticia que nos aflija —respondió Azucena. Miró a Claudia y sonrió con una estudiada teatralidad.

Azucena observaba a los soldados y éstos, a su vez, lo hacían con las vestales. Reían y miraban de manera lasciva a pesar de los rubores de las mujeres. La vestal negra sentía que el fuego se avivaba en su interior. Se levantó ante la atenta mirada de todos los comensales. Le echó una terrible mirada fugaz a Claudia y salió del comedor.

—¡Máxima!

Escuchó que alguien la llamaba.

—¡Máxima!

Azucena se giró y vio a Isabel que trataba de alcanzarla.

—¿Tu sabías todo esto? —Le preguntó enfadada—. ¿Era yo la única que no estaba enterada de esta afrenta?

—Claudia nos advirtió esta mañana que quizás tuviéramos que sacrificar nuestra virtud por el bien de Edetania.

—¿Cómo? —Isabel se encogió de hombros—. ¿Vais a dejar que esos hombres os posean esta noche? ¿Por qué?

—Nosotras nos debemos a la diosa, Máxima. No podemos ir en contra de su voluntad.

—¿Quién dice que esa sea su voluntad? —Azucena cada vez estaba más y más alterada.

—¡Máxima! —Claudia se acercaba con presteza—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo tú, Claudia? —Se encaró la vestal negra—. ¿Crees que no he visto como os mirabais ese hombre canoso y tú?

—No entiendes nada.

—No, no lo entiendo. Somos vestales. ¡Nuestra pureza es sagrada! —gritó.

Claudia estalló en una insultante carcajada.

—¿Cómo crees, Máxima, que podemos pagar los lujos de tu vida en esta casa? ¿Cómo crees, Máxima, que siguen naciendo niñas con esos dones que nos representan?

Azucena la miraba sin querer dar veracidad a la realidad que le estaba siendo rebelada.

—Así es, niña. Ahora ya entiendes por qué no debías ser tu la máxima autoridad en este Templo, porque no sabes nada.

—No formaré parte de este engaño.

—Sí lo harás.

Dos vestales aparecieron de la nada y la cogieron por los brazos. Claudia extrajo un pequeño recipiente de su túnica y vació el contenido en la boca de Azucena. Le tapó los labios y la obligó a tragarlo.

La noche era cerrada. Azucena se encontraba flotando bocabajo en el lago, sentía que le faltaba el aire y abrió los ojos y un rostro se apareció ante ella. Aquella mirada aguamarina la observaba, su tez era pálida y, al verla, ésta le sonrió.

Despertó con la respiración entrecortada en su habitación. Estaba oscuro, buscó a tientas el quinqué que estaba en el suelo, cerca de la cama, lo encendió y avivó la llama. La casa estaba en silencio, no se oída nada.

Se levantó y se dirigió hasta la puerta. La abrió con cautela y se asomó. Nada. De pronto escuchó aquella dulce melodía y sintió el deseo de ir hasta el lugar del que provenía. Por el camino escuchaba los ronquidos de los hombres que hacían noche en la casa. Salió al pórtico y miró hacia el lago. La luna volvía a reflejarse en sus aguas y las risas se escondían entre los arbustos.

Azucena no quiso hacer ruido alguno y se acercó con paso cauteloso hasta llegar al lugar del que provenía. Pisó sin querer una rama que crujió bajo sus pies y escuchó como algo caía en el agua. Corrió presta para descubrir de qué o de quien se trataba, pero solo vio los círculos que se expandían, señal de que sí había alguien, o algo, en ese lugar.

Escuchó como alguien se acercaba a las escaleras desde el propio lago. Era una mujer de pelo castaño. Una vestal, de eso estaba segura por las ropas que llevaba. Se arrimó hasta dichas escaleras y espero de pie.

La joven se dispuso a salir del agua, se puso en pie y subió las escaleras hasta estar a la altura de Azucena.

—¿Qué haces aquí a estas horas de la noche? —preguntó Azucena.

—Disfrutar de la soledad, como usted, supongo —respondió Isabel con una sonrisa tan blanca como la luna.

—¿Qué ha pasado en la noche? Siguen aquí esos hombres, ¿por qué?

—No se preocupe, por suerte para nosotras, muchos de ellos tenían más respeto por la institución que la propia Claudia.

—¿Dónde has estado? Últimamente tengo la sensación de que por el día nunca estás y por la noche es el lago el que te retiene.

—El lago siempre será mi fuente de vida, Máxima. Yo soy a sus aguas lo que un hijo a su madre. Las necesito.

Sus ojos aguamarina se clavaron en los de Azucena. Brillaban, como la última noche en las que los vio a la luz de la luna.

El sonido de unos arbustos quebró el encanto y Azucena se giró para ver de dónde provenía el ruido.

—Será mejor que entremos en casa, Máxima —dijo Isabel mirando en la misma dirección que Azucena con temor en sus ojos—. ¡Vámonos!

—¿Qué es? —preguntó asustada.

—No lo sé, por eso es mejor que entremos rápido.

Los arbustos volvieron a sacudirse y las dos vestales corrieron hacia el templo sin mirar atrás. Por lo menos Azucena no lo hizo.

—¿Qué crees que era? —preguntó de nuevo Azucena una vez cobijadas tras los muros del Templo.

—No podría decirle, Máxima. No debimos salir a esas horas, el lago nunca perdona.

Azucena la miró confundida. Veía verdadero terror en el rostro de Isabel. ¿A qué podría temer una ninfa?

Es el número de hoy de los más jugosos que haya podido escribir nunca. Vivimos en un siglo, mis queridos lectores, en que parece que por los adelantos de la civilización nos creemos relevados de practicar ciertos deberes que fueron el cimiento de la buena educación y, serán siempre, la base del bienestar de las familias.

El amor respetuoso hacia la familia, hacia los padres y hermanos, hacia los vecinos, los maestros y, por supuesto, nuestras queridísimas vestales.

No obstante, he tenido el disgusto de conocer ciertos acontecimientos dados tras los muros de la casa sagrada donde las vírgenes de la diosa Vesta se retiran y viven una vida de servidumbre a cambio de sus maravillosos dones.

No es ya un secreto que los imperiales durmieran, sino yacieran en las camas de las jóvenes consagradas al Templo con el beneplácito de su vestal Máxima. ¿No debiera ésta ser la madre que con cariño cuida de sus hijos? ¿No debiera la poderosa vestal negra respetar y ser respetada como representante máxima de la diosa Vesta?

Me temo, mis queridos lectores, que es en este punto donde la pesadumbre me invade y me siento en la obligación, no solo de hacer pública tal afrenta sino de exponer con ejemplos la decadencia de una institución que es el pilar de nuestra salvación.

Quien suscribe ha tenido noticias de una más que grave acusación hacia una de las más jóvenes vestales de la casa.

Ya saben que fue mi pluma la que puso de manifiesto un suceso que, noche tras noche, se daba en las aguas del lago.

Cierta sirena alzaba su encantadora voz y embrujaba a quienes la escucharan. Sus ojos del color de las aguas brillaban con la luna y el encantamiento se cumplía cuando el desdichado enamorado tocaba las aguas.

Así he sabido que esta sirena, esta ninfa de aguas dulces que se esconde bajo el abrigo de la diosa Vesta, mantiene en secreto una romántica relación con un caballero, con un joven patricio que ha sucumbido a los encantamientos de las aguas.

Y quien suscribe se pregunta, ¿no debieran ser, entonces, las aguas las que tomaran la difícil tarea de ser testigos y jueces?

Quizás el misterioso hombre encapuchado que escapara sin pretender ser visto de la fiesta privada del gobernador arroje algo de luz a esta sierva de la verdad.

Atentamente,

La dama del lago.

Las declaraciones que la publicación de *La dama del lago* había osado escribir cual punzada venenosa no había tardado en hacer efecto en Edetania.

Azucena caminaba de un lado a otro al ser informada de las consecuencias que tendrían los actos de Isabel. No pudo evitar visitarla en su habitación, un cuarto convertido en cárcel donde había quedado recluida hasta el juicio. Nadie, salvo la vestal Máxima, podía verla.

Al entrar la vio más menuda de lo que la recordaba. Sus precioso y almendrados ojos aguamarina se encontraban ahora apagados y amoratados por las lágrimas vertidas. Azucena se preguntó a qué clase de encantamiento había estado sometida para creer que aquella joven vestal no era otra cosa que una doncella enamorada.

—Isabel —susurró.

La joven se arrodilló de inmediato a los pies de Azucena implorándole que la dejara libre. Que renunciaría a su don, a su dote, pero que le dejara amar porque era lo único que la mantenía viva.

De pronto, todas aquellas imágenes que creyó haber visto cobraron un sentido tan real como la vida. Cuando ella salía de las aguas del lago tan llena de vida, con sus ojos brillante bajo la luz de la luna, su sonrisa contagiosa, su canto, todo era fruto de un amor prohibido.

—Anoche, cuando escuchamos a los arbustos sacudirse, —comenzó a hablar Azucena con la voz entrecortada—, era él, ¿verdad? —Isabel asintió—. Por eso tu rostro se encogía de terror ante la sola idea de que yo lo descubriera.

—Por favor, Máxima, ayúdeme —sollozó Isabel—. Solo quiero ir junto al hombre que amo y formar una hermosa familia.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde que ambos teníamos quince años.

—¿Lo amabas entonces?

—Sí, señora.

—Y, ¿por qué te consagraste al Templo si le amabas?

—Porque, a veces, los acontecimientos se suceden tan deprisa que cometemos el error de priorizar la opción equivocada. —Isabel se incorporó—. ¿No deberíamos también nosotras tener el derecho de redención para poder elegir la alternativa correcta?

La puerta de la celda se abrió dando paso a una rígida y adusta Claudia que las miraba con desprecio.

—Máxima, debería prepararse.

—¿A dónde vamos?

—A la Plaza Central.

—¿Para qué?

—Un evento que debes honrar con tu presencia.

Azucena se volvió hacia Isabel, le sonrió y le dijo que tuviera paciencia y que esa misma tarde iría a verla.

—Aquí tiene, —Claudia ordenó que otra vestal le hiciera entrega de una capa blanca—. Póngasela.

Al salir, un ómnibus tirado por caballos esperaba a que las vestales subieran. Al parecer era un acto tan solemne que ni el vapor podía hacer acto de presencia.

Llegaron a la plaza donde cientos de hombres y mujeres se agolpaban alrededor, dejando el interior libre para familias patricias, vestales y, por supuesto, los soldados imperiales que ya se encontraban en perfecta formación.

Al bajar, Azucena observó el rostro de algunos de los vecinos menos adinerados. Su expresión no era de festividad, su aspecto era desaliñado y sus expresiones transmitían dolor.

Su mirada se encontró con la de una mujer cuyos ojos rojos mostraban el desconsuelo propio de una esposa, de una madre.

—Máxima, diríjase a su puesto, no nos avergüence más —Claudia tiró con disimulo de la capa de Azucena y la obligó a seguirla.

Ella era la única cuyo color era el blanco, el resto llevaban colores de duelo. Miró al gobernador que le devolvió la mirada con pesar.

Unos tambores comenzaron a sonar tras la formación imperial y ésta se abrió dejando un paso central por el que un soldado afrancesado dirigía una línea de hombres y mujeres maniatados. Azucena se tapó la boca al darse cuenta de que todos eran vecinos de Edetania.

El soldado los dirigió hasta el mismo centro de la plaza y los encaró a las vestales. Todos ellos mantenían la cabeza alta y miraba a Azucena directamente a los ojos.

Una segunda línea avanzó, pero, en esta ocasión, eran soldados

uniformados al paso de uno de los oficiales que la noche anterior durmieron en la casa sagrada. El oficial se giró a la altura de Azucena y le saludó marcialmente, después continuó hasta situarse frente a los condenados.

Dio una voz y los soldados adoptaron la posición de firmes. Se acercó hasta donde se encontraba el alto cargo de la formación imperial y le dio novedades. Después, regresó a su puesto. Un toque de corneta. Otra voz. La línea de soldados apuntando a los maniatados.

—Feu!

Los rifles sonaron como uno solo y los hombres y mujeres condenados cayeron al suelo entre gritos y abucheos. Solo los patricios y las vestales se mantuvieron en silencio.

—¡Ve! —Hostigó Claudia a Azucena.

—¿Yo?

—Tienes que ir y ofrecer tu apoyo a la ejecución.

—De eso nada.

—Levántate ahora mismo —susurró Claudia—, nos están mirando.

—Pues que miren.

Claudia se levantó y ocupó el lugar de la vestal Máxima en la conclusión del acto. Algunos vieron esta acción como un insulto, otros como un desprecio, pero otros vieron una señal de rebeldía.

Cuando la línea de fuego se retiró, abrieron paso de nuevo a las vestales para que regresaran al ómnibus que les llevaría de vuelta al Templo. A su paso hombres y mujeres trataban de tocar la capa blanca de la vestal Máxima ofreciéndole su favor. Por unos instantes, Azucena se sintió reconfortada y fuerte ante el resto de las gentes.

Echó un vistazo atrás para ver a Claudia entregar, una vez más, un sobre cerrado a los Salazar. Amber le dirigió una furtiva, pero mortificadora mirada. Azucena se giró y creyó distinguir una atrevida sonrisa en los labios de la que un día fuera su compañera en la academia.

Capítulo 17

MARGARITA

El navío imperial había caído ante el *Sentenciador* y los supervivientes ejecutados en el propio dirigible. Todos salvo los oficiales que se encontraban a bordo del buque comandado por el capitán Caballero, arrodillados sobre la cubierta, con sus cabezas cubiertas por sacos y con las manos atadas a la espalda.

—¿Quién de vosotros es el capitán al mando? —preguntó Enrique con cierta autoridad.

Ninguno respondió. El capitán del *Sentenciador* disparó a uno de los oficiales al azar y éste cayó al suelo. Uno de los retenidos se estremeció y otro, el que parecía más menudo, sollozaba.

—Preguntaré otra vez, —advirtió con el arma en alto—. ¿Quién de vosotros es el oficial al mando?

Marga observaba aterrorizada ante la brutal crueldad de aquel inhumano capitán. Gabriel había tenido razón desde el principio. No era más que una bestia salvaje que ponía en tela de juicio la verdadera razón de la existencia rebelde.

Enrique apuntó al que sollozaba, puso el dedo en el gatillo.

—¡No! —gritó Marga que corrió hacia el muchacho y, sin pensarlo

dos veces, le retiró el capuchón. Lo miró a los ojos y después desvió la mirada hacia su capitán—. ¡No es más que un crío!

—¡Es un oficial!

—¡No!

—¿Tuercas? —preguntó en un susurro uno de los prisioneros—. ¡Déjenlo ir! ¡Por favor! Solo tiene quince años. No puede haceros daño alguno.

Marga escuchó con atención, aquella voz la conocía. Se acercó hasta el prisionero que había hablado.

—Ni se te ocurra. —Le amenazó el capitán.

Marga retiró la siguiente capucha y miró el rostro que había bajo ella. Esos ojos, los conocía.

—Estese quieta, teniente —ordenó el capitán que ya comenzaba a perder la paciencia.

Marga apartó el parche falso y miró de nuevo.

—Soy yo, Marga —susurró quien tenía enfrente—. Soy yo —repitió.

—No puede ser. —Marga acarició el pelo de Violeta, ya no ondeaba al viento, ya no brillaba como antes.

—¿Qué está haciendo?

El temple del capitán era ya una ilusión, pero Marga ya no podía parar. Destapó uno tras otro descubriendo sus rostros. Allí estaban también Alfonso y Alberto y un tercero que desconocía.

—Son aliados, capitán —dijo Marga. Se acercó hasta Enrique y repitió—. Son aliados, capitán.

—Es cierto —corroboró Gabriel—. Los conocemos.

—¿Aliados? —preguntó el capitán—. Corríjanme si me equivoco, pero ¿no acabamos de sufrir un ataque de sus cañones? ¿Acaso sus balas han rebotado involuntariamente sobre el casco de nuestra dirigible?

—Pensarían que éramos enemigos, señor, pero puedo asegurarle que no son imperiales.

—Visten uniformes imperiales, pilotan un dirigible de la flota imperial y sus proyectiles portan el escudo del ejército imperial. Teniente Cabanilles, siento informarle de que sus amigos son nuestros enemigos. —El capitán apuntó a Marga a la sien—. Entonces, dígame, teniente, ¿es usted amiga o enemiga?

—¡Por favor, señor! ¡Capitán! —Violeta clamaba la atención de Enrique—. No la conozco, no sé quién es.

—¡Mientes!

El cañón del arma cambió de dirección y un proyectil salió disparado en dirección a Violeta. Una figura se interpuso entre ambos recibiendo el impacto en un costado.

—¡Alfonso! —gritó Marga que corrió a su lado.

La sangre manaba de la herida, Marga desgarró parte de su camisa y presionó en la herida. Otro disparo sonó al aire. Un grito se escuchó tras ella.

—Baje el arma, teniente.

Marga se giró para ver qué sucedía y encontró a Gabriel apuntando al capitán con su propia arma. El contramaestre se preparaba para desenfundar, pero Marga fue más rápida y le disparó con una mano en la pierna que aun le quedaba mientras que con la otra seguía presionando.

Miró a Mali implorándole ayuda. La mujer no reaccionaba, evitaba las complicaciones y Marga lo entendió, pero la más joven se agachó a su lado.

—¿Qué debo hacer? —preguntó con aquella agradable sonrisa.

—Solo presiona con todas tus fuerzas.

Marga se incorporó, le lanzó una navaja a Violeta y apuntó con su arma también al capitán. Violeta consiguió coger el cuchillo y cortó las cuerdas de su hermano quien, a su vez, hizo lo mismo con ella y con el resto de los prisioneros.

—Caballeros, hombres y mujeres que formáis la tripulación de este gran buque que lleva por nombre *Sentenciador* —comenzó a hablar Marga—, decidid. ¿Qué queréis de verdad? Ahora es vuestro momento, el momento de una lucha real por la libertad, de redimiros por tantas muertes inocentes, de elegir formar parte real del cuerpo de rebeldes. Decidme. ¿Cuál es vuestra respuesta?

—¡Cobardes! —gritó Enrique—. Yo he sido quien os ha llevado a la gloria, quien os salvó de la ejecución, de galeras, de la prisión.

El teniente Caballero desenfundó su arma, Gabriel lo encañonó y el teniente apuntó a su propio hermano.

—El cuerpo de oficiales a bordo de este buque hemos hablado —sentenció el teniente Caballero.

—Sabía que no eras más que otro cobarde, por eso no renegaste del ejército cuando nuestro padre fue ejecutado. Tu eres tan culpable como ellos. —Escupió las palabras como si de una serpiente venenosa se tratara.

—Atadlo y encerrarlo en mi camarote hasta que decidamos qué hacer con él —ordenó el teniente Caballero.

Dos hombres de la tripulación ejecutaron la orden.

—¡Está perdiendo mucha sangre, teniente! —gritó la joven que presionaba la herida de Alfonso.

—¿No hay médicos a bordo? —preguntó angustiada Violeta.

Marga asintió.

—Lleven a los heridos a la enfermería. ¡Rápido! —ordenó—. Aquellos que no quieran seguir en el *Sentenciador* que hablen ahora, serán libres en la próxima escala. El resto, prestará juramento.

Gabriel y el teniente Caballero franquearon a Marga mostrando su conformidad.

—Todo aquel que tenga conocimientos de medicina que ayude en la enfermería. El resto organicen lo saqueado. Quiero todos los documentos encima de la mesa del puente de mando a la mayor brevedad posible.

La gran mayoría de la tripulación aceptó de buen grado el nuevo Mando, realizando de inmediato las tareas asignadas.

Alberto y Francisco siguieron a los oficiales del *Sentenciador* al interior de la cámara del capitán. Violeta bajó junto a Alfonso y Tuercas.

—Alberto, siento mucho lo ocurrido. —Marga se acercó hasta él y lo abrazó.

—¿Cómo habéis terminado bajo las órdenes de ese hombre? —preguntó intrigado Alberto.

—Es una larga historia, amigo mío —respondió Gabriel estrechándole la mano—. Quizás tengamos un rato en la cena si nuestra capitán nos da permiso.

—¿Nuestra capitán? ¿Quién? ¿Yo? ¡Pero si no sé ni la presión que deben tener las calderas para elevarnos sin explotar! —dijo Marga.

—De eso me encargo yo. Se presenta el teniente ingeniero Alcázar, capitán. —Alberto se cuadró y dramatizó la presentación. Señaló después a Francisco— Y aquí le presento a su especialista en cartografía, el teniente Saavedra.

—A sus órdenes, capitán —dijo Francisco con una agradable sonrisa.

—Sí, sí. Muy divertido todo, pero yo no soy ni pienso ser la capitán de este buque. —Los cuatro hombres se rieron—. Lo digo en serio. Que sea él —dijo señalando al teniente Caballero—, es el relevo generacional perfecto.

—Creo que eso deberíamos discutirlo en otro momento, cuando sepamos, mínimo, qué rumbo tomar —comentó el teniente Caballero.

—Bien, pues amarraremos en Sagunto, ya que no podemos llegar hasta Valencia a estas horas —propuso Marga.

—Para no querer ser capitán se te da muy bien dirigir a la gente —manifestó Alberto—. Voy a bajar a la enfermería a ver como van los heridos, aunque reconozco que el tiro en el costado me hubiera gustado dárselo yo.

—¡Alberto! —Le reprendió Marga.

—Es la verdad —sonrió.

Francisco y él se marcharon dejando solos a Marga, Gabriel y el teniente Caballero.

—Bueno, Caballero, dime la verdad. ¿Qué opinión te merece todo esto? —preguntó Marga—. ¿Crees que deberíamos crear un nuevo

Consejo?

—Sería una opción, sí. Debemos mantener informado a tu padre y unificar los procedimientos.

—Cuando amarremos en Sagunto mandaré un correo.

—¿Tu amigo no es un correo oficial?

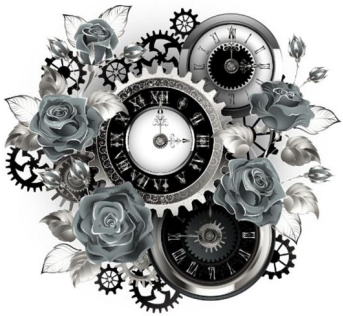
—¿Violeta?

—¿Tu amigo se llama Violeta?

—Es una mujer —indicó Marga.

—Ahora comprendo por qué su compañero recibió el impacto en su lugar.

—Esta noche, en la cena, discutiremos todo esto. Ahora tu diriges la navegación y nosotros vamos a comprobar el botín y organizar los bultos.



Capítulo 18

AZUCENA

Salió del templo vestida con un traje beige de encaje y mangas cortas y anchas que tenía guardado en el baúl de su antigua vida como persona antes de consagrarse en al Templo. Un corsé rojo con filigranas en negro y hebillas en los lados y corchetes en la parte delantera cubrían su torso. Y unas botas de piel con cordones y cremallera lateral a juego con su sombrero con rejilla ponían en el broche final a la indumentaria con la que pensaba llegar hasta la presencia del gobernador.

Esperaba que, vestida de aquel modo, nadie la relacionara, al menos de primeras, con las vestales.

Tan solo la separaban unos metros de la ciudad cuando escuchó disparos y gritos. Corrió para ver qué sucedía. La gente corría en todas direcciones y una compañía de imperiales avanzaba con paso uniforme hacia la plaza.

En el suelo vio un papel en el que se llamaba a filas a todo aquel

que quisiera luchar contra el Imperio. Se hablaba de vejaciones, de afrentas, de abusos.

Atravesó el pueblo por calles secundarias donde parecía que las revueltas no eran tan virulentas. Por un momento, pensó en ir a su casa, donde esperaba encontrar a su padre a quien tanto echaba de menos, pero temía que, si algún ojo acusador la veía entrar, podría suponer su ejecución o algo peor.

Cruzó un par de calles hasta llegar a la gran avenida donde las casas más pudientes se encontraban. Pasó por delante de la casa de los Alcázar, pero no quiso tentar a la suerte y que los relacionaran con ella. Siguió adelante hasta alcanzar el hogar de los Salazar. Algo la impulsó a llamar a su puerta.

—¿A quién tengo el gusto de anunciar? —preguntó el mayordomo al verla.

—A su excelentísima vestal Máxima. —El mayordomo la miró de arriba abajo y enarcó una ceja—. No quiero que nadie me relacione con la casa, puede imaginarse la razón. Claudia —susurró.

Aquel argumento pareció satisfacer al mayordomo que la dejó entrar hasta el vestíbulo donde esperó tan solo unos segundos. Se quitó el sombrero y lo sostuvo en sus manos.

—Excelentísima Máxima, es todo un honor que visite nuestro hogar. —La señora Salazar aceptó de inmediato la visita de la vestal como buena mecenas y devota de la diosa Vesta—. Por favor, acompáñeme al saloncito rosa, estaremos allí más tranquilas. Nadie nos molestará.

—Estupendo.

Azucena siguió a la señora Salazar hasta el saloncito donde, efectivamente, el rosa era el color protagonista. Ambas se sentaron en sendos sillones tapizados que se enfrentaban entre sí y se separaban por una ornamentada esa de té.

—Y, dígame, ¿a qué debemos su honorable visita? ¿Por qué tanto misterio?

—Es por Claudia.

—¿Por Claudia? ¿Mi hermana?

Azucena se sorprendió ante aquella revelación. Nadie le había comentado el parentesco.

—Así es —fingió—. Por razones que se están viendo en las calles de Edeta…

—Es vergonzoso, ¿verdad? —La señora Salazar parecía especialmente preocupada—. La gente no es consciente del mal que hace enfrentándose a los imperiales. Y, después, se sorprenden de ser ajusticiados. Por cierto, lo que me recuerda al mal que le atormentaba la otra tarde en la plaza. ¿Se encuentra mejor?

—Sí. —Le sorprendió que la señora Salazar no supiera las razones

reales por las que no se había levantado en la ejecución—. Retomando la razón de mi visita. Es posible que deba hacerle entrega del sobre la semana que viene yo misma por razones que solo al Templo compete.

—¿Sobre? ¿Qué sobre?

—¿Qué relación tiene Claudia con su sobrina Amber?

—Oh, se llevan de maravilla. Fue un palo terrible para Claudia saber que en la niña no se había despertado ningún don.

—¿Por qué?

—Bueno, siempre se ha dicho que las hijas de vestales heredan los dones de las madres.

—Pero Amber no es su hija, ¿o sí?

—Bueno, ya sabe cómo funciona esto.

—Sí, su hermana se ha encargado de enseñarme muy bien el funcionamiento en la casa de las vestales. Y, disculpe que le haga esta última pregunta, ¿cómo es que usted, siendo la hermana de Claudia, no desarrolló el don?

—Somos hermanas solo de padre.

—Entiendo. —Azucena sonrió a la mujer. Se había dado cuenta que la devoción de la señora Salazar casi le obligaba a contarle todo cuanto le había dicho—. No es nada nuevo, ¿verdad? Bueno, creo que debo ya marcharme.

—¿No quiere tomar un café o un té? Amber no tardará en regresar. Ha ido un momento a casa de los Fontaine.

—No se preocupe. Salúdela de mi parte. ¿Me haría ese favor?

—Por supuesto, Máxima.

—Muchísimas gracias por su hospitalidad.

—Un honor.

Azucena se puso el sombrero y tapó con la rejilla su rostro antes de salir. Los ánimos parecían haber amainado, pero el deseo de ver al gobernador quedó entonces disuelto al conocer cuanto había averiguado.

Emprendió el camino de regreso al Templo. Deseaba cambiar sus ropas y reunirse con Isabel, juntas idearían un plan para acabar con toda aquella farsa que doblegaba a las vestales por temor a sus dones.

En el sendero que llevaba al lado, un carruaje pasó a toda velocidad a su lado haciéndola caer al suelo. Se levantó con dolor en el tobillo y maldijo al cretino que lo condujera sin pensar que su maldición se cumpliría.

Cuando ya vislumbraba el Templo descubrió que éste se encontraba abierto y con todas las vestales vestidas de negro a orillas

del lago.

Aun con la cojera, corrió todo lo rápido que pudo. Según avanzaba distinguía los rostros de los presentes. No solo había vestales, sino que otros también se habían dado cita en este lugar.

—¿Qué sucede? —preguntó a la primera vestal que dio alcance.

—Se ha convocado al tribunal de las aguas.

—¿Para qué?

—Para juzgar la falta confesa de una vestal.

—Isabel —dijo más para sí que para quien tenía enfrente.

Corrió en busca de la joven, pero esta ya era conducida por dos vestales que la llevaban en volandas al lago.

—¡Dejadla! —ordenó Azucena.

—Es voluntad del tribunal de las aguas que la vestal sanadora comparezca ante él.

—¿Quién forma ese tribunal?

Las vestales no respondieron. Azucena vio como Isabel, quien parecía drogada, se dejaba llevar por las vestales.

Un sonido de corneta, dos toques de campana y las vestales entonaron su canto. El mismo que en la noche en la que casi matan a Alberto.

—¡Parad! —gritó Azucena, pero ninguna parecía reparar en ella.

—Ya era hora de que nos honraras con tu presencia.

Claudia salía del Templo en aquel momento, también de negro, pero con una medalla atada al cuello.

—Tú eres el tribunal.

—No soy yo sola, querida. El tribunal de las aguas se forma por tres miembros: la vestal más veterana de la casa, una heredera patricia y un miembro de la familia Nigrino, es decir, tu.

Claudia siguió su camino hasta llegar a orillas del lago, a su lado se encontraba Amber, quien había sido nombrada aquella misma semana por la propia Claudia. Azucena siguió los pasos de la veterana, vio como las vestales sujetaban a Isabel y la mantenían a flote como si de una divinidad se tratara. La habían adornado los cabellos con guirnaldas de flores. Sus ojos estaban cerrados. Azucena intentó sentir el alma de la ninfa, pero no encontró nada.

—Reunido este tribunal de las aguas para juzgar la falta cometida por nuestra compañera vestal que ha sucumbido a los placeres carnales.

—Como tu —dijo Azucena en voz baja a sabiendas que Claudia la escucharía y, con suerte, también Amber.

—Las deliberaciones llevadas a cabo nos hacen declarar a Isabel, culpable. La sentencia para esta falta es la muerte, por ello se le ofreció a la vestal que hoy es juzgada, elegir su sacrificio. —Hizo una pausa—. Su voluntad es regresar a las aguas del lago y así es como su

vida sucumbirá en la noche.

Las vestales que la estaban aguantando la soltaron en aquel momento.

—Un sueño profundo que se convertirá en eterno.

—La siguiente serás tú.

Azucena bajó las escaleras hasta llegar al lago lanzándose a sus aguas para rescatar a Isabel. Las vestales que permanecían en el agua intentaron sujetarla con tremendo esfuerzo.

De pronto, un joven, se arrojó también al lago y nadó con brío para alcanzar a su amada. Consiguió llegar a ella y trató de reanimarla sin éxito. Alguien disparó un tiro al aire.

—Nadie puede liberar a quien con su poder a juzgado el tribunal —advirtió Amber con un revolver en la mano—. La pena por ello es también la muerte, solo que el sentenciado no tiene el honor de elegir como morir.

El joven hizo caso omiso a tales advertencias. Azucena observó la escena como si en otro plano se encontrara, en un plano desde el que no podía hacer nada. Intentó enfocar su don en Amber, pero no podía. Sintió como perdía el conocimiento y, de pronto, todo se tornó negro.

Unos ojos aguamarina se vislumbraron en la oscuridad, el rostro de Isabel era ahora más pálido que nunca, pero su sonrisa seguía siendo tan dulce como la primera vez que la vio.

"*Yo no la maté, Máxima. No fui yo",* escuchó que le decía.

Su imagen comenzó a desaparecer y en su lugar otros ojos, unos en los que jamás había reparado, unos que se repetían. Cuándo éstos se cerraron, un pliego caía planeando como una hoja cae del árbol en otoño. La cogió en el aire y la abrió, estaba escrita a mano con una caligrafía exquisita y una firma que conocía bien: *La dama del lago*.

Azucena despertó en su habitación. Estaba oscuro. Buscó el quinqué que había a su lado, pero no lo encontró. Se levantó con cuidado y, a tientas, llegó hasta la puerta. Intentó abrir, pero ésta estaba cerrada. Aporreó con fuerza la madera, gritó tanto como pudo. Nada. Nadie parecía oírla.

Ha sido una gran consternación para muchos la celebración de ese tribunal de las aguas que ya se creía obsoleto. El castigo impuesto a la joven vestal es, para la mayoría de mis lectores, excesivo. Sin embargo, no depende de nosotros tal condena, sino de las normas y leyes que rigen la vida y obra de las vestales. Su consagración al Templo conlleva, no solo derechos, sino también deberes.

Y lo mismo sucede con los cargos públicos que ostentan algunos vecinos de nuestra querida Edetania. A veces, los derechos y deberes hacen que algunos elijan caminos equivocados y, ¿no es nuestro deber el traerlos de vuelta? Yo creo que sí. Nuestro deber, nuestro derecho a mantener en la buena dirección a esos ministros del pueblo.

Hoy he sabido de cierto mecenazgo hacia el movimiento rebelde del que no voy a

mentir, ya creía conocer desde hace tiempo. Sin embargo, no ha sido hasta recibir pruebas fehacientes que he querido dar, al fin, un merecido escarmiento a ciertos patricios que se creen intocables.

He aquí los grandes mercaderes de la seda, el señor Alcázar y Monsieur Deligny, quienes con sus fortunas han dado rienda suelta a una revuelta que casi nos cuesta una guerra.

Atentamente,
La dama del lago.

Capítulo 19

VIOLETA

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Violeta al ver que Alfonso abría al fin los ojos.

—Duele un poco —susurró.

—Por suerte la bala no llegó a penetrar del todo y el médico pudo extraerla con mucha facilidad. —Sonrió.

—Y, Tuercas, ¿dónde está?

Alfonso intentó incorporarse para buscar al muchacho.

—Se recuperará. Marga ha redactado un informe para que regrese a casa con honores.

—Es buen chico.

—Lo sé.

—Violeta, yo llevo todo este tiempo intentando buscar el momento idóneo para hablar contigo.

—No te preocupes.

—Sí lo hago. Necesito que sepas que no me fui por voluntad propia, que mi intención jamás fue abandonarte y, por supuesto, mancillarte sin una clara razón.

—No, Alfonso. Me ha costado mucho asumir que ya no ibas a estar

a mi lado y no quiero sufrir otra vez.

—Pero yo…

—Hombre, ya ha despertado nuestro héroe de guerra —bromeó el sanitario—. Vamos a echarle un vistazo a esa herida. ¿Preparado?

—Sí —dijo en voz baja al ver como Violeta salía de la habitación sin mirar atrás.

Al subir hasta el puente de mando vio a su hermano que hablaba animadamente con Gabriel.

—¿Qué es eso que os mantiene tan alegres?

—Mira quién da señales de vida, —dijo Alberto—. ¿Cómo está el capitán Flavio?

—Pues mucho mejor, si de verdad quieres saberlo. Ha despertado.

—¡Estupendo! —exclamó Gabriel—. Voy a informar a Marga y a Caballero que están todavía discutiendo cuál será nuestro siguiente paso.

Hacía unas horas que habían tomado amarras en el puerto de Sagunto. Marga se había reunido con el jefe de uno de los muelles para que les dejaran permanecer un par de días hasta recibir instrucciones.

Era uno de los contactos que el gobernador le había nombrado a Violeta antes de partir. Él los respaldaría y cubriría como si de un buque imperial se tratara.

—Mi queridísima amiga, Violeta —Marga aparecía en el puente de mando. Se acercó hasta su amiga y la abrazó—. Te juro que por más tiempo que pase, no me cansaré de hacer esto.

—No puedo ni imaginar lo duro que debe haber sido.

—Uf, no hablemos de ello.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Gabriel que entraba en ese instante.

—Buen cambio de tema —bromeó Violeta.

—Por eso lo quiero —dijo Marga.

—¿Qué?

Las chicas rieron. Por primera vez en muchísimos días, reían de verdad.

—Siento aguar la fiesta, señoritas, —Caballero entraba tras Gabriel —, pero la señorita Alcázar debe de volver a esconder su identidad e ir a la oficina de telégrafos.

—He perdido toda mi documentación.

—Tranquila, sigues al servicio del reino de Valencia, yo bajaré contigo y corroboraré tu testimonio.

—Muy bien. —Violeta se sentó en una de las sillas, buscó un papel y robó un juego de caligrafía que debió pertenecer al anterior capitán —. ¿Qué mensajes debo enviar y a quién?

—En primer lugar, daremos aviso al gobernador de nuestra

situación. Le pediremos consejo para el siguiente movimiento —dijo Marga.

—También hay que escribir un correo urgente a la policía para que se lleven a mi hermano, por más que me duela.

—Lo siento, teniente.

—Forma parte de nuestro deber —dijo Caballero resignado.

—Estupendo. Lo tengo todo aquí escrito. —Violeta se levantó—. Deme unos minutos para cambiar mis ropas y nos vamos a la oficina de telégrafos.

—Disculpen. —Mali asomaba por la puerta—. Siento la interrupción, pero la tripulación aun no sabe a quién dirigirse.

—¿Qué sucede, Mali? —preguntó Marga adelantándose.

—Algunos hombres preguntan si pueden tomar tierra.

—Y, ¿por qué viene usted a preguntar directamente? —cuestionó Caballero.

—Me temó que la tripulación no sabe a qué atenerse.

—Ya veo. Siento comunicarle que no es posible aun —informó Caballero—. No me malinterprete, pero antes de premiar hay que conocer las lealtades de la tripulación.

—A la orden, mi teniente.

—Mali, no es nada personal. Seguro que, la próxima vez, podremos organizar turnos para que la tripulación pueda disfrutar de los puertos en los que hagamos escala.

—Muchas gracias, mi teniente.

Mali se marchó con la sensación de que todo iba a cambiar y que pronto podría regresar a casa con su hijo.

—Ya estoy listo, mi teniente.

Violeta relevaba a Mali en el marco de la puerta.

—Su nombre era Miguel, ¿verdad?

—Así es, señor.

El puerto de Sagunto era mucho más pequeño que el de Valencia, pero sus servicios se encontraban con muchísima más facilidad. Gracias también, a la poca afluencia de gentes.

Un joven de pantalones cortos, tirantes y camisola se ajustaba bien la gorra antes de colocarse la bolsa repleta de periódicos.

—Muchacho. —Le llamó Caballero—. ¿Cuánto cuesta el diario?

—Una moneda, señor.

Caballero rebuscó en sus bolsillos y extrajo una, se la lanzó al crío y éste le entregó un diario enrollado donde, en primera plana, aparecía la noticia del navío derrotado por el *Sentenciador*.

—¿Cómo han podido saberlo? —preguntó Violeta con verdadera curiosidad.

—Mi hermano tenía sus contactos. La mejor manera de crear una

leyenda es alimentarla uno mismo.

Anduvieron unos metros pasando los muelles principales hasta llegar al que parecía un edificio civil. Ambos se acercaron y, efectivamente, en una de las pequeñas puertas que se encontraban en la fachada era de correos y telégrafos.

El hombre que se encontraba sentado tras el mostrador leía uno de esos diarios que el muchacho de antes iba vendiendo a quienes se lo solicitasen.

—Disculpe —dijo Caballero intentando llamar su atención—. ¡Disculpe!

El hombre se giró. Llevaba unas gafas diminutas y un lapicero en la oreja. Mascaba una raíz de la que ya poco quedaba. Se la quitó de la boca y la dejó sobre la mesa. Violeta hizo una mueca ante la desagradable escena.

—¿Qué desean, señores?

—Éste hombre es un correo oficial del reino de Valencia y quería mandar dos mensajes urgentes, si no hay molestia.

—En absoluto —contestó el hombre—. Necesitaré sus credenciales, señor…

—Miguel. Miguel Giner —dijo Violeta—. Verá, buen hombre, el navío en el que iba fue atacado y perdí en él toda la documentación.

—¿Atacado? ¿Por quién?

Violeta miró a Caballero sin saber qué responder.

—Yo respondo de él, soy el teniente Caballero destinado en Madrid y comisionado en el buque que tiene usted a la vista en el tercer muelle.

El hombre se asomó, bajó las gafas para ver mejor y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Dígame destino y si es directo o indirecto.

—¿Tiene directo para la notificación de un hombre buscado por todo el territorio?

—Por supuesto. Tenga —El hombre le entregó un papel oficial para que rellenara los diferentes campos—. Tardará una hora, más o menos, en recibir respuesta.

—Estupendo. Y a Edeta, ¿cuánto costaría? Necesitamos una línea segura a casa del gobernador.

—Alrededor de ocho o diez horas.

Violeta rellenó los dos papeles oficiales y se los entregó a aquel hombre que esperaba paciente. Cogió el primero y se marchó hasta la mesa en la que había estado sentado al llegar, rebuscó entre los trastos que allí había hasta encontrar un sello que también cogió. Después se encerró en la cabina y no lo volvieron a ver hasta unos minutos después.

—Éste ya lo tienen. —Dejó el primer telegrama sobre el mostrador.

Cogió el siguiente y repitió la operación—. Si quieren esperar respuesta de la policía les aconsejo que vayan a ese bar. Allí pueden tomar lo que deseen mientras esperan.

—Muchas gracias, pero esperaremos en el banco de aquí afuera —informó Caballero.

El teniente se sentó en el banco y abrió el diario en busca de alguna noticia que llamara su atención más allá del dichoso *Sentenciador*. Anuncios de transporte, ungüentos milagrosos, modistas y otras lindezas ocupaban los pies de cada página.

Violeta miraba a la gente ir y venir. Le sorprendió ver que no había casi imperiales en aquel puerto. Había sido un acierto por parte del gobernador recomendar la escala en Sagunto, según sus palabras, "*Es lo más parecido a un puerto franco"*.

—¿De qué conoce a Marga y a Gabriel? —preguntó de pronto Violeta.

—El gobernador era amigo de mi padre.

—¿Le ayudaste a salir de la cárcel imperial?

—Algo así.

—¿Cómo es que tu hermano terminó comandando el *Sentenciador*?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Disculpe, teniente. —El hombre de correos y telégrafos se asomaba desde la puerta—. Han recibido ya respuesta de la policía.

—Salvado —dijo divertido antes de levantarse.

Violeta lo siguió.

—Aquí tiene. No, usted no —Le dijo a Caballero cuando este tuvo intención de hacerse con el telegrama—Solo puede recogerlo él.

Violeta le hizo una mueca

—¿Dónde debo firmar?

—Aquí. —Señaló una cuadrícula en el papel y la miró extrañado—. ¿Seguro que es usted correo oficial?

—Así es, pero este es mi primer viaje.

—Qué mala suerte ha tenido, compañero.

—Y que lo diga. —Violeta cogió el telegrama—. Muchas gracias. Mañana regresaré a estas horas a ver si hubiéramos obtenido respuesta.

Al salir, Violeta le entregó el telegrama a Caballero quien lo leyó detenidamente.

—Se dirigen al dirigible. ¡Vamos!

Aligeraron el paso para evitar que la policía llegara antes que ellos. Deberían seguir la coartada inventada por Marga, la misma que el jefe del muelle corroboraría.

La policía tardó apenas unos minutos más que ellos. Tampoco hicieron preguntas. Solo querían al capitán del *Sentenciador*. Lo demás

parecía no importarles en absoluto.

La noche había resulta reparadora para toda la tripulación. Alfonso subió a camarotes, compartiendo cámara con el teniente Saavedra. Marga y Gabriel tuvieron la gracia del resto de oficiales y ocuparon el camarote del capitán. Violeta siguió compartiendo habitación con su hermano. Y, Caballero, disfrutó de la soledad.

Nadie montó guardia. Se consideró que no era necesario tras los acontecimientos vividos. Una noche, solo una para reparar cuanto había sucedido.

La mañana amaneció nublosa como un mal augurio que se cernía sobre la cubierta. Un correo urgente solicitaba subir a bordo en la madrugada.

Uno de los suboficiales dio el aviso a Marga y Gabriel solo porque habían ocupado el camarote del capitán. Éstos llamaron al resto de oficiales en cuanto dieron permiso al correo para subir.

Estaban todos en el puente de mando cuando anunciaron al correo. Era un chico joven, no vestía como Violeta, sino como el cuerpo de correos del ejército imperial.

—A sus ordenes —saludó el joven antes de entrar en el puente de mando—. Traigo correo urgente para el teniente Alcázar y otro para el teniente Cabanilles.

—Yo soy el teniente Alcázar —dijo Alberto dando un paso al frente y aceptando el sobre lacrado que se le entregaba.

—Y yo la teniente Cabanilles. —Se presentó Marga.

El correo también le entregó su carta.

—Tengo orden de esperar respuesta si así lo desean.

Violeta observaba a Alberto, su rostro palidecía según avanzaba en la lectura.

—¿Qué pasa? —preguntó Violeta preocupada.

—¿Con qué medios has venido? —Le preguntó Alberto al recién llegado correo.

—En tren, señor.

—¿Cuánto has tardado?

—Unas cuatro horas, señor.

—Tenga. —Alberto le entregó un sobre—. Aquí tiene dinero suficiente para comprar dos billetes más. Vaya. Nos reuniremos con usted en la estación.

—¿Qué sucede, Alberto? —instó de nuevo— ¡Dímelo!

—Padre ha sido acusado de traición.

—¿Cómo? ¿Quién lo ha hecho?

—Al parecer ha sido totalmente anónimo.

—No del todo —intervino Marga entregándoles la última publicación de *La dama del lago* que venía junto con la misiva del gobernador.

Violeta la cogió con furia. El alma le ardía, el corazón se le encogía y los ojos se anegaban de lágrimas repletas de dolor y venganza.

—¡Vamos! Tenemos que llegar a tiempo. —Apremió Alberto—. Coge solo lo necesario.

—Nosotros partiremos en una hora a más tardar —prometió Marga.

—Nos vemos en casa —se despidió Violeta.

—Nos vemos en casa —repitió Marga.

Los dos hermanos desembarcaban para coger una calesa que los llevaría hasta la estación de tren. Bajaban por la pasarela cuando Violeta escuchó las ordenes desde el alcázar del buque.

—¡Prepare las calderas! —gritaba Marga.

—¡Rumbo a Edetania! —anunciaba Caballero.

Cuando Alberto y Violeta bajaron del carruaje que les acercó hasta Edeta desde la estación se encontraron con una situación más que insólita para ellos.

Las calles estaban vacías. Todos parecían aglomerarse en la plaza Central. Corrieron para ver a qué se debía al tiempo que un pelotón de fusileros desfilaba hasta el centro mismo de la multitud.

Violeta intentaba ver a través de la gente, pero era casi imposible. Alberto no tuvo reparo en abrirse camino a base de golpes, Violeta le seguía. En el interior del círculo algunos patricios se encontraban de pie mirando al frente, así como las vestales. Violeta imitó a todos ellos y miró hacia el mismo lugar al tiempo que el oficial al mando daba la orden de fuego.

Allí, entre los ajusticiados, su padre caía abatido por las balas imperiales. Violeta gritó con toda su fuerza. Nada pudo impedir que corriera a abrazar a su padre ante la atenta mirada de todo el pueblo. Buscó entre la multitud alguien que le ayudara a comprender.

—¿Quién ha sido? —gritó entre lágrimas— ¿Quién le señaló?

Alberto corrió para coger a su hermana en vista que los imperiales se preparaban para solventar aquél espectáculo de otro modo.

—Vamos, Violeta, aquí no podemos hacer nada.

—Sí, podemos sí.

—Violeta no hagas ninguna tontería, por favor.

—¿Cómo era? —dijo mientras buscaba en sus bolsillos. Sacó el panfleto que Marga le había dado aquella misma mañana y leyó en

voz alta—. Quienes con sus fortunas han dado rienda suelta a una revuelta que casi nos cuesta una guerra. ¿No es así querida dama? ¿Eso es lo que quieres? ¡Pues que así sea!

La formación imperial se preparó cambiando de posición el arma y sujetándola con ambas manos.

—¡Vámonos! —instó Alberto.

—Si es guerra lo que quieren, guerra tendrán.

AGRADECIMIENTOS

Es de recibo que en esta segunda entrega de la Saga Edetania, mencione a todos cuantos me han apoyado de un modo abrumador. Al ser esta una saga que dista tanto de mi habitual, temí no estar a la altura, y quizás no lo esté, pero la acogida ha sido tan maravillosa, que no puedo más que agradecer a todos y cada, con nombre y apellidos, que hayan leído y recomendado esta historia.

A las chicas de **Históricas, que no viejas**: **Begoña Valero, Conchi Afonso, Silvia Sanfederico Roca** y **Elvira Lopez.**

A mis amigos y compañeros de viaje en este loco camino de letras: **David Lorén Bielsa, Salvador Alba, Miguel Salvador, Montse Roca Buj, Ester FG, Miquel Sanchís, Vic Echegoyen, Jose Manuel Aparicio, Javier Pellicer, Nieves Muñoz, Cristin Ferro, Lizzie Quintas, Luis Gonzalvo, Mercedes Saiz, Maribel Yuste, Olga Luján, Sandra Aza, Amalia Rodríguez, Dani Huertas, Isabel Trujillo, Raquel Moreno, Lucía Muñoz, Antonio Aguilera Muñoz, Sandra Farias, Angy del Toro, Julia Martin, Maria Carmen Hinojal, Victoria Fernandez, Macarena Muñoz, José Zoilo, Gema Tacón, Maricarmen Gonzalez Llora, Lara Fuentes, Silvia P. Martín, Verónica Valenzuela, Marisa Gálvez, Ada K. Soler, Maore P. Bautista, Francine JC, Irene Anguas, Miriam Erlan, Sara Babi Shutt, Beatriz M. Carnota, Antonio Orozco Guerrero, Araceli Luque, Mónica Moro, Óscar Zorío, Vicente Augusto, @laurelleyescribe, María Romero, Eva MN, Araceli, Isabel (Bruji) y Patricia** (seguro que se me ha olvidado alguien)

A los administradores de **Clave de Letras**: **Pilar González, Mónica Gómez, Carlos Naza, Raquel G. Osende, Alejandra de San Cristóbal, Lara Beli, Rosa María Blanch, Gonzalo Fernández, Manuel Torres** y **Pepa Freile.**

A las **amigas en el tiempo**: **Tere, Amparo, Encarna y Concha**

Y, muy en especial porque sin ellos jamás hubiera podido terminar esta gran empresa, a mi marido **Jonatan** que confió en mí desde el primer momento que quise escribir, quien me apoya y me anima a seguir; a mis hijos **Arturo y Alexia Isabel** quienes son ángeles que con sus alas y alegría me dan la vida; a mi madre, **Presen**, que siempre está a una llamada de distancia (“Para lo que necesites, Mire”, esa es su frase). Y a toda mi familia, porque sin ellos yo no estaría aquí ahora.

Y, por último, a ti, lector, que me has dado esta nueva oportunidad.

Puedes contactar con la autora a través de sus redes sociales, en www.mireiagimenez.com o a enviando un correo a mireiagimenezhigon.autora@gmail.com

[1] Tardes